



## **Universidad Nacional Autónoma de México**

---

Facultad de Filosofía y Letras

El arte y su papel en la construcción de sentido y valoración de la vida, desde una perspectiva nietzscheana.

### **T E S I S**

Que para obtener el Título de:  
Licenciada en Filosofía  
Presenta:

**Talía Elizabeth Morales Hernández**

**Asesora: Dra. Sonia Torres Ornelas**

**2013**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Agradecimientos.

Agradezco a la Dra. Sonia Torres Ornelas por todas sus enseñanzas, tiempo y trabajo invertidos en la presente tesis; a la Dra. Sonia Rangel Espinosa por sus comentarios y explicaciones, al Lic. Rafael Gómez Choreño por sus observaciones, a la Mtra. María Estela García y a la Dra. Elsa Torres por su ayuda para la realización del presente trabajo.

A David Enríquez por el apoyo para la culminación de la presente tesis.

A mi familia por todo su apoyo

# **El arte y su papel en la construcción de sentido y valoración de la vida, desde una perspectiva nietzscheana.**

Introducción . . . . .	5
<b>Capítulo 1. Mito y tragedia griega . . . . .</b>	<b>10</b>
1.1 Retórica, sentido y verdad.	
1.2 La tragedia.	
1.2.1 El socratismo y la muerte de la tragedia.	
<b>Capítulo 2. La inversión platónica. Dialéctica y metafísica . . . . .</b>	<b>20</b>
2.1 Dualismo: lo bueno y lo malo	
2.2 La inversión de los valores.	
2.2.1 Desvalorización del arte	
2.2.2 El abandono del cuerpo	
2.3 Nacimiento de la metafísica tradicional	
<b>Capítulo 3. El cristianismo y el ideal ascético . . . . .</b>	<b>33</b>
3.1 La mala conciencia y el triunfo del resentimiento	
3.1.1. Sufrimiento y culpa	
3.1.2 Venganza y resentimiento	
3.2 Valores del resentimiento	
3.2.1 La verdad divina	
3.2.2 Negación del cuerpo y de la vida	
3.3. Fuerza del esclavo	
3.3.1 Nihilismo e ideal ascético	
<b>Capítulo 4. Lenguaje, Ciencia y Verdad . . . . .</b>	<b>51</b>
4.1 El desarrollo del lenguaje	
4.1.1 El desarrollo de la verdad	
4.1.2 Lógica y retórica.	
4.2. La educación y sus implicaciones en el conocimiento y la valoración.	
4.2.1 Los valores.	
4.2.2 Cuerpo e instinto.	
4.3 El desarrollo de la ciencia	
4.3.1 Historia y cultura.	
4.4 Arte	
4.4.1. Relación entre arte y ciencia.	
<b>Capítulo 5. Pensar desde el cuerpo . . . . .</b>	<b>75</b>
5.1 El <i>eterno retorno</i> y la transvaloración de todos los valores.	
5.1.1 Afirmación y voluntad de poder.	
5.2 El cuerpo: potencias y pulsiones.	
5.3 Crear desde el cuerpo.	
5.3.1 Potencias artísticas de la vida	
Conclusiones . . . . .	100
Bibliografía . . . . .	103

## Introducción

A lo largo de la historia de la filosofía occidental, vida y pensamiento se han venido desarrollando como si se tratara de entidades separadas. El triunfo de las ciencias sobre otras formas de conocimiento ha contribuido al estudio sistemático de ambos términos, fragmentariamente, excluyendo algunos de sus matices y expresiones. Durante los últimos siglos tanto las ciencias como la filosofía, han abordado sus estudios como si efectivamente las conexiones entre vida-pensamiento y cuerpo-razón no tuvieran la fuerza suficiente para provocar relaciones dignas de observarse.

Friedrich Nietzsche, al igual que algunos otros filósofos excepcionales como Baruch Spinoza, se detuvieron en el estudio del cuerpo y en sus impactos sobre el pensamiento; este movimiento les permitió trasladarse a nuevos campos y abordar los problemas desde nuevas perspectivas, abriendo de esa manera una fisura en el gran pergamino histórico del conocimiento. Fisura que fue apenas un roce que, si bien no ha desaparecido, tampoco ha sido tan importante como para modificar a gran escala la visión científica pues, a pesar de los cambios, los métodos han permanecido muy similares. Desde la época clásica griega la historia del conocimiento humano resultaba, en la mayoría de los casos, metafísica, puesto que sus desplazamientos implicaban jerarquías a partir de un mismo fundamento: la creencia en la existencia de una Verdad más allá de nuestra realidad que, por ende, implica la búsqueda de un conocimiento puro y positivo, dispuesto únicamente al alcance de la razón humana. Motivo por el cual el cuerpo y los instintos se vieron denigrados de valor y censurados hasta los niveles más bajos, perdiendo por completo, en algunos momentos, toda importancia para el desarrollo de las ciencias y el conocimiento.

A pesar de que la tradición filosófica occidental condujo a la razón, la vida y todo pensamiento a un mismo sitio llamado Verdad, tomado como suprema referencia,

Nietzsche permite mostrar que el pensamiento no se produce por medio de una sola vía, y por tanto no se dirige hacia un único sentido. La Verdad desprestigió y desvalorizó a todas las demás rutas del pensamiento, por lo que la configuración del mundo y el sentido de la vida dependieron absolutamente de lo considerado verdadero. La perspectiva nietzscheana propuso una forma de pensar afirmativa y vital, que dio paso a la posibilidad de cambiar los criterios de valoración y, con ello, permitió la construcción de nuevos valores y la reorganización de los ya existentes. Pero, ¿cuáles son los medios para el desarrollo de una nueva forma de pensar que potencialice activamente las capacidades artísticas?, ¿cuál es el papel del arte en la construcción de sentido y valoración de la vida?

Friedrich Nietzsche se interesó en reorientar la filosofía a fuerza de incluir sustancialmente al cuerpo, y enseñar que la razón no lo preside, sino que forma parte de él; el pensamiento es al mismo tiempo tránsito y resultado, porque procede artísticamente, surge de los instintos vitales, no de la razón, como la historia había postulado. Antes de construir conceptos, somos creadores de formas que no podrían surgir sin ayuda de las energías fisiológicas, pues es en el cuerpo donde se sitúan los procesos figurativos, prelingüísticos, antecedentes del acto de producir conceptos. La actividad estética a la vez que inventa nuevas formas crea valores e interpreta, crea el mundo al mismo tiempo que le da sentido. El pensamiento artístico nietzscheano se desvía del horizonte epistémico para surgir de actualizaciones individuales del mundo.

Esta nueva orientación encara los preceptos de la metafísica tradicional, poniéndolos en duda al trocar todos sus sentidos y considerar los problemas filosóficos desde las profundidades de la sensación, el impulso y el desarrollo del arte. Ya en sus primeros textos, Nietzsche muestra el rasgo de una sospecha, una incertidumbre que le obliga a interponerse a la filosofía por senderos provocativos e inseguros. Su principal inquietud es la adquisición de una salud que define como la afirmación de la vida en todas sus expresiones y consecuencias. En *El nacimiento de la tragedia*, afirmó que la filosofía era el resultado de la decadencia

de la tragedia griega y de su actividad artística; la negación del sufrimiento y con él, de la vida. No obstante, este primer intento por superar la metafísica continúa por el mismo sendero, ya que propone un meta-arte, a partir del cual la vida es justificada.<sup>1</sup> Es hasta sus trabajos posteriores que comienza realmente a mostrar los caminos para superar la metafísica y hacer una verdadera transvaloración, sin por ello dejar completamente de lado sus inquietudes mostradas desde su primera gran obra, en la que apela al arte como forma vital de afirmar la existencia.

La filosofía nietzscheana permite la aproximación a nuevas formas de sentir, pensar, valorar y crear, las cuales aún no han sido desarrolladas hasta su máxima potencia. Su filosofía vitalista presenta una realidad inacabada que va constituyéndose artísticamente y que restaura las potencialidades corporales, la multiplicidad de sentidos, la figuración y las digresiones retóricas. Sus figuras filosóficas han sido abordadas de diversos modos sin que ello las agote, porque aún no se sabe lo que puede un cuerpo desbordante de *salud*, un cuerpo considerado fuera de los sitios de comodidad, lejos de su interpretación histórica.

También muestra que todo es artificio; sin embargo, el artificio no es para Nietzsche contrario a la naturaleza, más bien es parte de ella y de sus procesos. El pensamiento, la valoración o cualquier acto son irreducibles a una sola forma. Toda actividad humana es el desarrollo estético de las fuerzas corporales, ya sea en forma activa o negativa<sup>2</sup>. Nietzsche destaca las formas vitales que permiten la glorificación de la vida a través del cuerpo y la justificación de la existencia por sí misma.

El presente trabajo se desarrolla en cinco fragmentos que pretenden mostrar la evolución del pensamiento nietzscheano a partir de la organización de sus principales temas de estudio, los cuales, a su vez, se organizan en sub-

---

<sup>1</sup> Por este motivo, Nietzsche se vio obligado a escribir un ensayo de autocrítica, donde corrige algunos excesos metafísicos y matiza nociones.

<sup>2</sup>Lo activo es pura afirmación potencial, voluntad de arte; lo pasivo indica la concentración de las fuerzas en la conservación de formas débiles y destructivas que se manifiestan en odio, enfermedad y resentimiento.

fragmentos ocupados del mito y la tragedia griegos como plétoras de vitalidad y fuerza. La inversión platónica, momento de debilidad, bajo el cual surge el dualismo dialéctico y se da el auge de la metafísica, tras lo cual el arte y el cuerpo pierden su valor, puesto que la tradición proveniente de Sócrates y Platón destituyó las formas 'naturales' de la filosofía, alejó a los artistas y suprimió el cuerpo del mundo racional y del conocimiento; ubicó a la verdad en un sitio más allá de la vida, desprestigiando y desvalorizando lo vital y con ello lo corpóreo y lo mutable, al llevarlos al grado de la copia, del engaño y la mentira. Gracias a la inversión platónica es posible transitar hacia el cristianismo y el ideal ascético, ambas formas nihilistas, refinadas y enfermas de la inversión de los valores, tras las cuales surgen sentimientos de odio, culpa y venganza.

El lenguaje se encuentra en este punto como eje dentro del pensamiento nietzscheano, sin el cual no podría entenderse el desarrollo 'enfermo' tanto de las ciencias lógicas como de la propia cultura, ni tampoco la vía bajo la cual se vislumbran formas más sanas de pensar, ya que el autor concibe al lenguaje como un medio artístico bajo el cual únicamente se expresa nuestra relación con las cosas y no la realidad; en otras palabras, ofrece "[...] un enfrentamiento crítico respecto a todas aquellas filosofías que se han dejado llevar por la sustantivación de las abstracciones del lenguaje para configurar las estructuras de la realidad".<sup>3</sup>

Finalmente se da paso al estudio del cuerpo, modelo bajo el cual se desarrolla la respuesta nietzscheana ante la enfermedad de la humanidad y gracias al cual es posible restablecer las potencias inconscientes y artísticas de la vida. Este recorrido por la filosofía nietzscheana sirve como pretexto para plantear la tesis de que el acto de filosofar viene en las explosiones vitales a través de un movimiento complejo de re-interpretación de los valores y significados establecidos. Este esfuerzo exige revisar las nociones de cuerpo y de verdad fuera de las interpretaciones históricas; con Nietzsche, hay que considerarlos a partir de un razonamiento que provenga de la fuerza, de una tensión de fuerzas definidas

---

<sup>3</sup> Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*, p. 18.

como potencias; también se requiere abandonar el paradigma científico que se ha impuesto a la noción de vida, para trasladarla, como deseaba el filósofo alemán, hacia una consideración estética, que interminablemente se reescribe, a manera poética, en múltiples historias. Finalmente, todo concepto, toda imagen y todo pensamiento son máscaras, porque embozan esas fuerzas palpitantes.

## 1. Mito y tragedia griega

“¡Oh estos griegos! Ellos sí que sabían cómo vivir: ¡para ello se necesita detenerse con valentía en la superficie, en los pliegues, en la piel, admirar la apariencia, creer en las formas, en los tonos, en las palabras, creer en el Olimpo entero de la apariencia! ¡Estos griegos eran superficiales – por su profundidad!”

Friedrich Nietzsche.

Parece que todas las civilizaciones antiguas descansaban sobre un pasado mítico, fantástico e imaginario, surgido de un inmenso mar abismal en el que la razón y el recuerdo parecían no haber tenido importancia; un pasado en el que la existencia podía reposar sobre sí. El hombre que sintió los horrores de la existencia y el espanto de la muerte se creó, para poder vivir, el mundo mítico. Sin embargo, con el tiempo el mito dejó de ser suficiente para la existencia y apareció una nueva clase de hombre, a la que le resultaba como lo mejor –tal como decía el viejo Sileno<sup>4</sup>– no haber nacido nunca y lo segundo mejor morir pronto.

El hombre griego, primitivo y fuerte, se creó las figuras divinas para poder vivir frente a la espantosa existencia. La creencia en las divinidades le permitió morar tranquilamente, gracias al hechizo y el ensueño al que le transportaban, ya que las imágenes olímpicas desvanecían la enorme desconfianza que sentía de la naturaleza y el destino. Según Friedrich Nietzsche, la creación de los dioses míticos se debió a una profunda necesidad humana: “[...] esto hemos de imaginarlo como un proceso en el que aquel instinto apolíneo<sup>5</sup> de belleza fue

---

<sup>4</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, pp. 54-55.

<sup>5</sup> Apolo y Dioniso son las dos divinidades elegidas por Nietzsche como doble fuente del arte. Apolo representa el principio de individuación y es el responsable del arte figurativo, poético y conceptual. Su fuerza es onírica, ya que en el sueño es donde el hombre se convierte en un artista completo, todo lo que sueña es una creación suya, por lo que todas las figuras le dicen algo. Apolo es el resplandeciente, el que hace visible formas e imágenes; es creador de ficciones, el dios de la verdad: una verdad que parte de una realidad imperfecta, pues el mundo sólo es una imagen, una apariencia... sólo existe en el sueño. Dioniso, por su parte, refleja lo instintivo, el retorno a la unidad, lo múltiple. Es una divinidad jovial y pulsionante que juega

desarrollando en lentas transiciones, a partir de aquel originario orden divino titánico del horror, el orden divino de la alegría [...]”.<sup>6</sup> El terror era el reflejo de la fealdad, causada por la falta de imágenes organizativas. Esta carencia propició la creación artística, a través de la que se generaron imágenes bellas y armoniosas que acrecentaban el sentimiento de poder sobre la naturaleza, debido a que el hombre se percató de su capacidad para transformar lo más horrible en algo bello.

A través de la configuración de ilusiones, la humanidad fue capaz de superar el peligro y afirmarse en tanto tal. El espíritu artístico, la capacidad creativa y la persuasión fueron las cualidades que dotaron de fuerza y valor a los presocráticos; características exaltadas por Nietzsche como símbolo de salud, pues si hubiesen permanecido bajo la sombra de la fugacidad, del sinsentido y de un destino inevitable, habrían tomado el camino más rápido al derrumbamiento y desgaste de la existencia que, sin embargo, bajo la luminosidad de los grandes dioses se sentía apetecible y agradable. La valentía de los griegos se tradujo en una inevitable producción de belleza, en la necesidad de crear formas que representaran su potencia, imágenes divinas que les llenaban de fuerza y placer. Dichos hombres no querían engañarse para liberarse de la angustia provocada por una vida efímera, más bien deseaban convencerse de que podían disfrutar de la misma. Los dioses no fueron un pretexto para alejarse de la vida y lograr morir pronto como señalaba Sileno, sino que, por el contrario, aparecieron como figuras exuberantes que acrecentaban el deseo de continuar en esta existencia y afirmar su destino incluso frente a la inevitable muerte. La sentencia del viejo de los bosques se transformó, resultando entonces lo peor morir pronto o llegar a morir alguna vez.<sup>7</sup>

---

con la embriaguez, la inconsciencia y el olvido. Dioniso desaparece todos los límites. Bajo su fuerza el hombre se convierte en arte y artista al mismo tiempo; el impulso y el cuerpo se ven exaltados y acrecentados; la vida se expresa desde su forma más primordial. Es un dios creador y destructor, cruel y sublime, todo a la vez.

<sup>6</sup> Nietzsche, Friedrich. *Op. cit.*, p. 55.

<sup>7</sup> Cf. *Ibidem*.

Los dioses griegos, con la perfección con que se nos aparecen ya en Homero, no pueden ser concebidos como frutos de la indigencia y de la necesidad: tales seres nos los ideó el ánimo estremecido por la angustia: no para apartarse de la vida proyectó una fantasía genial sus imágenes en azul. En éstas habla una religión de la vida, no del deber, o de la ascética, o de la espiritualidad. Todas estas figuras respiran el triunfo de la existencia, un exuberante sentimiento de vida acompaña su culto.<sup>8</sup>

La religión griega fue la expresión afirmativa de la vida; el arte y la belleza creados a partir de ella, permitieron disipar lo terrible y hacer de lo incierto algo sencillo de entender. El griego superó el abismo mortal gracias a que su valor le ayudó a elevarse por encima de su terror e impregnar de encanto el mundo que le rodeaba. “[...] no le ha sido regalada la belleza, como tampoco la lógica, ni la naturalidad de las costumbres; ha sido conquistada, querida, ganada en la lucha, es su victoria...”.<sup>9</sup> El triunfo griego consistió en que se hicieron dueños de su propio movimiento y de su acción; crearon y ordenaron su universo sin dejarse arrastrar por la corriente del destino inevitable y cruel. Estos hombres –convertidos en artistas de la palabra y del lenguaje, en maestros de la persuasión– se convencieron a sí mismos de su valor y lo expresaron a través de una cultura de pensamiento fuerte, hermoso, sublime y sobre todo vital.

Las divinidades griegas –a diferencia del Dios cristiano–, propiciaban el disfrute de la existencia, aumentaban el poder y la fuerza, celebraban y afirmaban al hombre en la tierra. Su presencia enmascaraba la horrorosa naturaleza, no negándola pero sí embelleciéndola, potencializando toda su fuerza a través de sus figuras; convirtiendo el gran peso de la realidad mortal en una figura ligera y soportable. La religión griega enalteció los impulsos y las pasiones humanas, al grado de divinizarlas y con ellas, al cuerpo y la vida misma.<sup>10</sup> Gracias a la belleza, al arte, al mito y la tragedia, el hombre griego se rescata de la miseria, del absurdo y de la muerte. Del mito surgen posibilidades de ser, respuestas verosímiles que bastan al hombre para poder vivir ya que, en el fondo, él no quiere la realidad, no quiere

---

<sup>8</sup> Nietzsche, Friedrich. *La visión dionisiaca del mundo*, en *El nacimiento de la tragedia*, p. 251.

<sup>9</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 114.

<sup>10</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 230.

la verdad, lo que más desea es ser persuadido a vivir y no instruido en la vida.<sup>11</sup> Su valor supremo no era entonces vivir por vivir, ni conservarse a cualquier costo –ya que sus experiencias le habían mostrado que la muerte llega sin remedio–, sino disfrutar la vida a la que otorgaban sentido y valor viviéndola.

### 1.1 Retórica, sentido y verdad

Los griegos no iban tras la Verdad, más bien querían *belleza* que les permitiera gozar la existencia. Por lo tanto, enmascararon la realidad no sólo para hacerla soportable, sino para gozarla a través de formas que les permitieran la acción y les alejarán de realidades que sofocaban y destruían la vida. La fuerza y valentía de los griegos se vio reflejada en su arte, enfocado en la creación de imágenes bellas a través de las cuales se alcanzó una sensación de placer por la vida. La belleza fue apoderándose –a través del arte– de los órdenes de los discursos, de las funciones y propósitos humanos, y del caos de la existencia, al que fue transformando en orden, al dotarlo de formas lógicas y geométricas. El griego conquistó y ganó el poder sobre sí mismo y su poder se incrementó junto a la dicha de la existencia.

¿Qué es la belleza? Una sensación de placer que nos oculta las auténticas intenciones de la voluntad en un fenómeno [...] Objetivamente, la belleza es una sonrisa de la naturaleza, una sobreabundancia de fuerza y de sentimiento de placer de la existencia [...]. La meta de la belleza es la seducción a existir. [...] Negativamente: la ocultación de la miseria [...].<sup>12</sup>

Con el triunfo del arte y la belleza, que persuadían al hombre a querer la vida, surge el arte poético y retórico, y con ellos diversas figuras lingüísticas como la metáfora. La finalidad del lenguaje poético y metafórico sigue siendo la misma que la de cualquier arte: embellecer el mundo y darle sentido. El lenguaje se convierte, por tanto, en un medio de creación muy importante, expresa impulsos y

---

<sup>11</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*, p. 27.

<sup>12</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 54.

reacciones instantáneas, pues organiza los cuerpos externos inmediatamente a través de figuras lógicas surgidas de la impresión causada por el objeto. El lenguaje es entonces el intento de expresar sensaciones, un arte de persuasión y seducción, embellecimiento y ordenamiento del mundo; una gran máscara a través de la cual se observa una nueva realidad, un cosmos seguro y estable, apacible y apetecible para el hombre; mitos sobre los que descansa nuestra existencia y de los que se nutre nuestra fuerza, en los que se adquiere valentía y delectación.

El lenguaje es el resultado consciente de procesos inconscientes a través de los cuales se conquista el mundo y se gana la vida; él mismo es ya resultado de una metáfora,<sup>13</sup> un acto creativo capaz de producir un mundo nuevo a través de nuevas perspectivas, revalorizaciones y ordenamientos. “El instinto fundamental en el hombre es la fabulación, el instinto de crear metáforas. El hombre es fundamentalmente un creador de ficciones [...]”,<sup>14</sup> a través de las cuales inventa, sostiene y dota de sentido a su mundo, en el que tiene fe gracias a la ilusión de la cual él mismo se convence para creer.

## 1.2 La tragedia

El triunfo griego sobre lo terrible se expresa en la tragedia, narración que usa elementos míticos y metafóricos, en la que se dice con ímpetu sí a la vida. La tragedia descubre en sus narraciones un espectáculo vigoroso y lleno de valor. El artista trágico se muestra a sí mismo en acción frente a lo problemático; lo terrible no le produce miedo ni le detiene, más bien le da energía y le permite afirmarse dentro de la existencia. La tragedia consiste en la afirmación de la multiplicidad y la alegría por lo múltiple, es de carácter dionisíaco-afirmativo. Es alegre porque no apela a la moral –al bien o al mal, al miedo o a la culpa–, es la pura afirmación de

---

<sup>13</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*, p. 39.

<sup>14</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p.18.

lo que aparece, alegría por lo que llega, porque la vida es tal como resulta ser: sin juicio, sin queja –a pesar del dolor y del sufrimiento, a pesar de su aspecto duro y cruel.<sup>15</sup>

La religión griega surge como un arte vivificador, como una habilidad artística que cubre el destino mortal, la vida cruel y terrible; funciona como inversión, como *tropo*, como máscara, pero nunca como negación. La tragedia retoma las historias y personajes míticos, sus episodios crueles y fatídicos desde una perspectiva jubilosa, causada por el poder de dotar de belleza incluso el destino más irremediable. Proporcionar imágenes bellas a las cosas más terribles únicamente puede ser producto de una sobreabundancia de fuerzas, de una salud y una plenitud desbordante.<sup>16</sup> Lo trágico sólo pudo ser resultado de un pueblo fuerte, reflejo de personalidades regias y afirmativas; por lo que su fin designa el debilitamiento y ablandamiento del carácter, un advenimiento de fatiga y practicidad. Nietzsche menciona en el *Crepúsculo de los ídolos* que los instintos rebasaron a los sujetos –situación observada y aprovechada por Sócrates–, ya nadie era dueño de sí mismo y sólo el instinto gobernaba, al grado de tiranizar a los hombres que intentaban luchar contra ellos.

La razón, la moral y la dialéctica ofrecieron la posibilidad de liberarse de los instintos tiranos. Sócrates, junto a su dialéctica,<sup>17</sup> logró conquistar a la juventud y pronto los efectos de dicho cambio se hicieron notar en la cultura griega. Se incluyeron elementos morales, racionales y educativos a la tragedia, componentes que la transformaron en drama y poesía racionalista. En *El Nacimiento de la*

---

<sup>15</sup> Cf. Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, p. 29.

<sup>16</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, p. 30.

<sup>17</sup> Comúnmente el método socrático es conocido como mayéutica, método basado en el diálogo entre maestro y alumno, que funcionaba a partir de una serie de preguntas que realizaba el maestro a su discípulo con la intención de que éste último descubriera el conocimiento. Sin embargo, Nietzsche señala a Sócrates como dialéctico porque considera que su interrogación es la proyección de un discurso que se mueve a partir de dos grandes rubros: la causa y el efecto, de los que surgen una serie de dualismos morales a través de los cuales logra la unificación de un concepto, dando paso a una posible conclusión –deseada y prediseñada por el dialéctico– que nos transporta hacia un nuevo estado de “claridad” y “conocimiento” del que se vuelve a partir.

V. *Infra* pp. 19-21.

*tragedia* se señala a Sócrates y a Eurípides como los asesinos de esta forma literaria; a éste último porque cambia su estructura y la convierte en un discurso lógico. “Eurípides llegó poco a poco a una forma poética cuya ley capital decía: «todo tiene que ser comprensible, para que todo pueda ser comprendido»”.<sup>18</sup> Las nuevas formas euripídeas introducen en su composición a la crítica, a la verdad y a la bondad, elementos que contradicen la jovialidad e instinto alegre de la afirmación trágica, ya que, al introducirse el bien y el mal en el discurso, éstos atraviesan y destruyen la capacidad de afirmar la vida. La trama es el resultado de un plan consciente y no el flujo de la fuerza creativa.<sup>19</sup>

La excesiva moral socrática transformó a la cultura griega al punto que la persuasión y el instinto dejaron de bastar y fue necesario encontrar argumentos, razones y verdades que justificaran la vida. La moralización de la tragedia y del discurso, condujeron a la crítica de los fundamentos y motivos de las acciones. Sócrates logró que los hombres se liberaran de los instintos haciendo que dejaran de creer y de crear, incitándolos a que exigiesen pruebas tanto a los otros como a sí mismos; a que fueran capaces de argumentar sus acciones y sobre todo de demostrar y comprobar sus conocimientos. Ya no se podía sólo actuar, había que hacerlo correctamente, lo que implicaba –según las nuevas formas–, conciencia y razonamiento.

### 1.2.1 El socratismo y la muerte de la tragedia

A partir de Sócrates el instinto se aletarga y en su lugar aparecen la crítica y la reflexión; el arte pierde valor y la creación necesita el respaldo de la conciencia para justificarse. Junto al instinto se desprecia al cuerpo y al arte, al mismo tiempo que se enaltece el pensamiento y la razón. Desde entonces se pretende alcanzar el ‘verdadero conocimiento’ a través de la conciencia y la causalidad. La nueva

---

<sup>18</sup> Nietzsche, F. Sócrates y la tragedia, en *El nacimiento de la tragedia*, p. 230.

<sup>19</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 38.

pretensión es descubrir el origen de las cosas y del ser; conocer al mundo y al hombre de tal manera que no sólo se les pueda explicar sino también controlar, modificar y corregir. El socratismo invierte lentamente todos los valores y la vida deja de importar por sí misma, pues no encuentra razón que la enaltezca. El arte es cambiado por la ciencia, la fe por la razón, el instinto por la mente, el cuerpo por el pensamiento y la alegría trágica por la preocupación moral del drama.

[...] se hace manifiesto que Sócrates pertenece en realidad a un mundo al revés y puesto de cabeza abajo. En todas las naturalezas productivas lo inconsciente produce cabalmente un efecto creador y afirmativo, mientras que la consciencia se comporta de un modo crítico y disuasivo. En él, el instinto se convierte en un crítico, la consciencia, en un creador.<sup>20</sup>

Tras la inversión socrática de los valores, la vida sufrió un profundo cambio y una tremenda depreciación. Sócrates –tal como señala Platón en sus diálogos *Critón* y *Fedón*– enseñó a sus amigos que el conocimiento, la verdad y el respeto son lo más importante, y que ninguna vida que se viva sin seguir estos principios es valiosa ni digna. Por primera vez en la historia del hombre, el conocimiento se antepone a la vida, se vive para saber. “Sócrates es el primer genio de la decadencia: opone la idea a la vida, juzga la idea por la vida, presenta la vida como si debiera ser juzgada, justificada, redimida por la idea.”<sup>21</sup>

Durante ese despliegue de razones y búsquedas de la Verdad, los griegos se alejaron no sólo de la tragedia, sino también de todo arte antiguo, de toda energía creadora y de todo instinto corporal<sup>22</sup>. La ciencia y el arte se excluyen, por lo que, en un mundo juicioso, el arte no tuvo más remedio que desaparecer de la manera en que se le conoció y transformarse en un monstruo que partía de la conciencia para la realización de toda obra. En su lugar florecieron ciencias lógicas que formaron nuevos discursos y desplazaron las antiguas formas retóricas, debido a

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 235.

<sup>21</sup> Deleuze, Gilles. *op. cit.*, p. 24.

<sup>22</sup> Nietzsche no se concentra en la historia de Grecia; sin embargo, basta con revisarla para observar que las múltiples guerras y conquistas que se dieron en este territorio son también fuertes motivos, que obligan a los griegos a cambiar sus formas de vida. El arte no cabe en la mente de un pueblo en crisis, en el cual el espíritu disminuye su potencia.

que la persuasión se convirtió en un elemento peligroso para el hombre deseoso de verdad y no de verosimilitud. El hombre debilitado necesitó de una nueva mentira para vivir, su fragilidad le condujo al intelecto como un nuevo medio de conservación, uno a través del cual fuera posible la sobrevivencia del hombre enfermo sin medios naturales de defensa, carente de valentía y rudeza; al que no le queda más remedio que pensar para defenderse de la crueldad, de las inclemencias y de las bestias. El hombre racional necesita justificaciones porque su ser no le basta para afirmarse, porque su fuerza es incapaz de gobernar su instinto.

Quando se tiene necesidad de hacer de la razón un tirano, como hizo Sócrates, por fuerza se da un peligro no pequeño de que otra cosa distinta haga de tirano. Entonces se adivinó que la racionalidad era la salvadora, ni Sócrates ni sus «enfermos» eran libres de ser racionales; era *de rigueur* [de rigor], era su último remedio. El fanatismo con que la reflexión griega entera se lanza a la racionalidad delata una situación apurada: se estaba en peligro, se tenía una sola elección: o bien perecer, o bien ser absurdamente racionales.<sup>23</sup>

Tras el declive del arte y la tragedia, todos los elementos de la existencia quedaron subordinados al pensamiento y la razón, incluso la sensación de felicidad quedó condicionada al intelecto –ya que, según sus partidarios, sólo eran felices aquellos hombres que, gracias al desarrollo del pensamiento, se habían liberado de la tristeza y el dolor que provoca el cuerpo, y todo lo mutable y falso que hay en la tierra–. Tanto la felicidad como el respeto debían ser ganados a través de la virtud. Sócrates creó una nueva premisa que señalaba que la razón era igual que la virtud y que la virtud es la que trae la felicidad porque nos conduce hacia lo más alto, bueno y verdadero; y por lo tanto, todo vicio, exceso e instinto conduce hacia el mal, hacia lo más vil y falso.

“Razón = virtud = felicidad significa simplemente: hay que imitar a Sócrates e implantar de manera permanente, contra los apetitos oscuros, una luz diurna –la luz diurna de la razón.

---

<sup>23</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 48.

Hay que ser inteligentes, claros, lúcidos a cualquier precio: toda concesión a los instintos, a lo inconsciente, conduce *hacia abajo* [...]”<sup>24</sup>

A pesar de la nueva significación que adquiere la vida, el desarrollo del pensamiento lógico y la transformación de las personalidades ocurren de manera lenta y gradual. El hombre robusto no entiende de argumentos y mucho menos los necesita, es el hombre débil el que anda buscando siempre razones para poder conservarse, ya que por sí mismo no es nada. ¿Por qué tender hacia la razón, si refleja debilidad? La única respuesta que encuentra Nietzsche es que el hombre se convirtió en una raza enferma y endeble, una especie contaminada y mermada en su poder, hastiada, conquistada por sus elementos más bajos, que sólo lograron superar cubriéndolos con los velos de la razón y con argumentos que les ayudaron a disimular su sufrimiento con la justificación, pues sólo quien sufre necesita saber por qué. “[...] el dolor siempre pregunta por la causa, mientras que el placer se inclina a reposar en sí mismo y a no mirar hacia atrás.”<sup>25</sup>

El resultado del socratismo fue la concientización del arte y del mundo; el hombre se transformó en un ser lógico y moral que tenía como aspiración general la exhaustiva búsqueda por el ‘verdadero’ origen de sí mismo, de la vida, de todo lo existente y su correspondiente justificación para existir. El instinto fue reprimido por la razón. El valor y la jovialidad dejaron de pertenecer a los hombres y se situaron fuera de la vida, lejos de este mundo instintivo y corporal.

---

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>25</sup> Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 104.

## 2. La inversión platónica. Dialéctica y metafísica.

El coraje frente a la realidad es lo que en última instancia diferencia a naturalezas tales como Tucídides y Platón: Platón es un cobarde frente a la realidad, – por consiguiente, huye al ideal; Tucídides tiene dominio de sí, – por consiguiente, tiene también dominio de las cosas.

Friedrich Nietzsche.

Sócrates planteó por primera vez la tesis que dice que, a través del pensamiento, la conciencia y la razón, el hombre puede alcanzar la virtud, la felicidad y el conocimiento. Este pseudogriego –como le llamó Nietzsche–, intentó rastrear el origen del ser, por medio del hilo conductor de la causalidad.<sup>26</sup> Afirmó que no sólo es posible llegar a conocer al Ser por sus verdaderas causas, sino que además, con ayuda del conocimiento y la educación podemos llegar a ser mejores personas.<sup>27</sup> Mediante el arte dialéctico convenció e instruyó a los jóvenes en su doctrina, motivo por el que es condenado y considerado un sofista, pues tiene el poder de seducir aun sin poseer grandes conocimientos –como él mismo señalaba–, de la misma manera que lo hacían los grandes oradores que, valiéndose del diálogo eran capaces de engrandecer cualquier causa, incluso la más débil. “Esta dialéctica debía hacer superfluas todas las otras artes y ciencias [...]”,<sup>28</sup> de esa forma Sócrates podía vencer a cualquier especialista sin saber nada de su ciencia.

Sócrates era un personaje desagradable para la sociedad, lo mismo que la dialéctica era despreciada entre la aristocracia. Este arte caracterizado por su negatividad,<sup>29</sup> sólo se usaba como último recurso y generaba sospecha entre los

---

<sup>26</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 167.

<sup>27</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, p. 133.

<sup>28</sup> Nietzsche, Friedrich. *Los escritos sobre retórica*, p. 182.

<sup>29</sup> Cf. Deleuze, Gilles. *op. cit.*, p. 17.

presentes, pues podía invertir el sentido de las cosas; hacía irrefutable una sentencia y podía poner en duda cualquier orden o tradición. Sócrates enalteció la dialéctica al proponerla como el método de la razón encargado de exhibir pruebas y dar argumentos. Este estilo ofrecía la posibilidad de reorganizar los elementos de tal forma que el valor podía invertirse –este caso resultaba favorable a la razón, porque logra colocarse por encima de los instintos. La dialéctica es capaz no sólo de invertir los sentidos, sino de justificarlos; ésta es la causa por la que molestaba a los hombres fuertes que no necesitaban más que el impulso –al que se le había denigrado–, para poder actuar. Toda justificación denota dentro de sí la necesidad de un motivo, de un permiso, de una responsabilidad; limita y condena a la ‘ciencia’ que se hace sólo por instinto,<sup>30</sup> configura una atmósfera en la que la moral se torna poderosa frente a impulsos débiles e incapaces de imponerse por sí mismos, de afirmarse con su propia fuerza.

Poco valioso es lo que necesita ser probado. En todo lugar donde la autoridad sigue formando parte de la buena costumbre y lo que se da no son «razones», sino órdenes, el dialéctico es una especie de payaso: la gente se ríe de él, no lo toma en serio. – Sócrates fue el primer payaso que se hizo tomar en serio [...]»<sup>31</sup>

Sócrates es una nueva especie de maestro retórico, versado en las técnicas usadas por los grandes oradores; se vale de metonimias, metáforas y transvaloraciones para la estructuración de argumentos, que no usa para embellecer el mundo y persuadir al hombre a disfrutar la vida, como se hacía en los tiempos homéricos –en ello radica su diferencia con los demás sofistas– sino para ‘clarificar el mundo’ e inducir a los hombres hacia la razón, con ayuda de interrogatorios y la configuración de conceptos. Su lucha contra el instinto es a la vez una lucha contra la aristocracia y las costumbres de su tiempo. Una lucha en la que, para ganar, introduce, por medio del diálogo, la seducción de la palabra

---

<sup>30</sup> Cf. Nietzsche, F. Sócrates y la tragedia, en *El nacimiento de la tragedia*. p. 234. El instinto se opone a la conciencia y por lo tanto al conocimiento lógico del mundo, propuesto por Sócrates como verdadera sabiduría que podría ser poseída y no dependía de la inspiración para hacerse presente, como en el caso de los artistas y poetas.

<sup>31</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 46.

como mayor arma. Cada uno de sus argumentos era una estocada más contra el cuerpo, contra el instinto, contra su sociedad, una refutación contra todo aquello que hasta entonces había sido valorado.

Si uno es un dialéctico tiene en la mano un instrumento implacable; con él puede hacer el papel de tirano; compromete a los demás al vencerlos. El dialéctico deja a su adversario la tarea de probar que no es un idiota: hace rabiar a los demás y al mismo tiempo los deja desamparados. El dialéctico vuelve impotente el intelecto de su adversario.<sup>32</sup>

Platón, el discípulo más sobresaliente e importante de Sócrates, adopta en gran parte los principios de su maestro, sobre todo aquellos referentes a la verdad y el conocimiento; a partir de ellos crea su propia doctrina filosófica, a través de la que divide y separa el mundo jerárquicamente. Este filósofo, sin embargo, no es un buen orador, tiene en mal concepto a la retórica, le desagrada, prefiere concentrarse en la escritura de diálogos que, no obstante, se valen de recursos retóricos como el mito para estimular una particular perspectiva en el lector. Platón tiene muy en claro que la retórica es capaz de persuadir a las multitudes, de hecho, ese es el motivo por el que incorpora algunos de sus elementos a sus diálogos que intentan enseñar de un modo más científico y lógico, pero desde un estilo retórico-popular.<sup>33</sup>

El mito y la retórica son desvalorizados como medios para llegar a conocer verdades, pero no son suprimidos del todo por Platón, pues defiende que cuando son usados con fines didácticos conservan cierto valor justo por apelar al descubrimiento de la verdad; además resultaba evidente que los griegos tenían muy desarrollado el sentido del ritmo, por lo que los textos retóricos eran perfectos para seducir el fino oído de aquellos hombres. El objetivo de los diálogos platónicos era alcanzar el máximo y verdadero conocimiento posible sobre alguna cosa pero, finalmente, sólo llegaron a definir y clarificar conceptos, con los cuales la humanidad alcanzó un mayor entendimiento del mundo, no por el aumento 'real'

---

<sup>32</sup> *Ibid.* p. 47.

<sup>33</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Los escritos sobre retórica*, p. 84.

del conocimiento sino por el ordenamiento común de los elementos que lo conforman, resultando ser a final de cuentas simplemente literatura.<sup>34</sup>

## 2.1 Dualismo: lo bueno y lo malo

Del diálogo introducido en la escena trágica y en la vida, a través de la imposición de los nuevos discursos, surge una oposición negativa en el mundo, reflejo del estilo dialéctico que para sostenerse debe suprimir toda potencia distinta a sí misma: el dualismo. Esta forma introdujo el mal y pervirtió la inocencia del devenir. Durante la época trágica no había ninguna clase de expresiones dialógicas, más bien hablaba la multitud, el pueblo, el cuerpo, el coro... y el mal no era responsabilidad humana; sin embargo, con el surgimiento de la moral se comenzó a juzgar a la humanidad y a la vida, propiciando la generación de sensaciones 'enfermas' como el odio, el resentimiento y la venganza, elementos contrarios y mitigadores de la vida.

[...] tan pronto como se encontraron frente a frente dos actores principales, dotados de iguales derechos, surgió, de acuerdo con un instinto profundamente helénico, la rivalidad, y, en verdad, la rivalidad expresada con palabras y argumentos [...] cuando el remedo de la querrela verbal se hubo infiltrado también en la tragedia desde la sala del juzgado, entonces surgió por vez primera un dualismo [...].<sup>35</sup>

El dualismo absorbió poco a poco todas las concepciones y actividades humanas, dando fuerza al legado socrático de la moral. El intento de mejorar al hombre se convirtió en una realidad, en una tarea cotidiana y común. La conciencia, que se hizo desde entonces parte fundamental de las nuevas virtudes, al menos para los hombres de la decadencia, junto a los conceptos de bien y mal, modificaron radicalmente las acciones humanas. El hombre que deseaba hacer algo no sólo debía justificar su actuar, como ya pretendía Sócrates, sino también cargar con el

---

<sup>34</sup> Cf. Colli, Giorgio, *El nacimiento de la filosofía*, cap. IX, Filosofía como literatura.

<sup>35</sup> Cf. Nietzsche, F. Sócrates y la tragedia, en *El nacimiento de la tragedia*. pp. 238-239.

peso del error causado por su falta de virtud. Esta modificación cambia para siempre el transcurso de la vida, ya que el hombre nunca antes había sido responsable de sus hechos y su propio acontecer, pues el destino y las divinidades justificaban y cargaban con todo el peso de los actos humanos.

«Un dios, sin duda, tiene que haberlo trastornado», decía finalmente, moviendo la cabeza. Esta salida es típica de los griegos. Y así los dioses servían entonces para justificar hasta cierto punto al hombre incluso en el mal, servían como causas del mal – entonces los dioses no asumían la pena, sino, como es más noble, la culpa.<sup>36</sup>

Los hombres consideraron haber alcanzado la fórmula del conocimiento cuando descubrieron la causalidad, que implica la existencia de una causa para todo efecto, o sea, una relación consecuente entre los actos. La causalidad reveló una nueva realidad: existen antecedentes y consecuentes. Todo fenómeno, cosa, ser viviente, es resultado y causa; por consiguiente, también todo acto tiene una correspondiente consecuencia. La moral se aferra a esta nueva verdad para justificarse y con ella la necesidad de la razón para no caer en actitudes inapropiadas, injustas y dañinas. La medida para evitar toda ‘falta’ hizo posible explorar otras formas de comportamiento: los hombres se convirtieron en jueces y verdugos. La personalidad del juez les permitió tener control, por primera vez, de sus actos y sus efectos. Ante esa situación, nace un sentimiento de poder hasta entonces desconocido, el de satisfacer sus deseos de imponer castigos, por lo que, finalmente, los descubrimientos sobre el ‘origen’ de las cosas resultaron en el hecho de querer encontrar culpables, mucho más que conocimiento.<sup>37</sup>

La culpa es el primer gran efecto de la conciencia liberadora de los instintos, pero, a su vez, tirana con las responsabilidades. El cambio producido representa la vía hacia la libertad y emancipación de la humanidad sobre los instintos, al mismo tiempo que es su condena, su declive y signo de enfermedad. Los griegos ya nunca volvieron a ser los mismos, fueron incapaces de recobrar su inocencia física

---

<sup>36</sup> Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 121.

<sup>37</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, pp. 74-75.

y corporal, se convirtieron en seres reprimidos, alejados de su fuerza y su potencial, hombres contenidos en un ideal. La inversión platónica de los valores es el primer paso hacia la gran vorágine del mal, hacia el surgimiento de la cristiandad, de la ley y de todo lo prohibido. El devenir fue despojado de todo su candor, se le enjuició y se le encontró culpable, falso, equivoco.

## 2.2 La inversión de los valores

Platón invirtió totalmente el sentido de la vida: en su doctrina el cuerpo no sirve, estorba, distrae y confunde; las sensaciones, al pertenecer al cuerpo, conllevan dentro de sí las mismas cualidades negativas para el perfeccionamiento de la razón, alejan del conocimiento. Durante el desarrollo de su filosofía ordenó por pares todo lo existente: alma y cuerpo, bueno y malo, acierto y error, y dotó de diferentes grados de realidad a lo ya dividido, otorgándole mayor realidad y Ser a la Idea. Enunció la existencia de una vida pura y superior lejos del cuerpo y de la tierra, disminuyendo de valor a todo lo mutable y situado en esta vida terrenal.<sup>38</sup> Al dejar totalmente fuera a los instintos, definió su mundo ideal como El Mundo Real, en el que se encuentra La Verdad y La Felicidad. Consideró que ese mundo ultraterreno era el hogar de los conceptos fijos y de las Ideas, a las que otorgó eternidad inmutable; dicho de otra manera, les concedió la cualidad parmenídea<sup>39</sup> y les atribuyó el grado de 'pureza' y 'verdad', lo que implicaba que no podían ser destruidas, cambiadas, cuestionadas, negadas o falsas. De esta interpretación dedujo que todo lo que existe en la tierra es una copia de la Idea verdadera, o sea, de aquello que posee realidad y Ser. Debido a que todo lo que se encuentra en la tierra es efímero, cualquier verdad proveniente de los cuerpos y las sensaciones es un error, cualquier definición o regla que se le otorgue a una cosa resultará

---

<sup>38</sup> “[...] son dos los que reinan, uno sobre el género y la región inteligible, y el otro, a su vez de la visible [...]” (Platón *La República*, 511b [libro VI]).

<sup>39</sup> Parménides (s. VI a.C.), filósofo de Elea, antecesor de Platón. De su obra se conoce únicamente un poema en el que presenta al Ser verdadero como inmutable, imperecedero, eterno, uno e indestructible, alejado de toda corrupción...

falsa tras un breve tiempo, porque en este mundo todo cambia y por lo tanto ningún atributo puede considerarse verdadero.

Esto es platonismo, que, sin embargo, aún tuvo una osadía más en la inversión: adaptaba el grado de realidad al grado de valor y dijo: cuanto más «idea», más ser. Invirtió el concepto de «realidad» y dijo: «lo que tenéis por real es un error y cuanto más nos acercamos a la idea «más nos acercamos» a la verdad».<sup>40</sup>

Por lo tanto, resulta comprensible que el valor más alto para Platón sea alcanzar el conocimiento verdadero. La manera de realizar este nuevo objetivo consistía en entrenar y controlar el cuerpo, con el fin de limpiar nuestro espíritu y convertirnos en un 'alma pura' capaz de tener acceso a los 'conceptos puros' situados fuera del movimiento. Al mundo ideal sólo podían ingresar las almas que habían conquistado una perfección por haber permanecido alejadas de lo mutable, corpóreo y por consiguiente falso. Dicho propósito resultaba asequible a través de la dialéctica, una especie de método-escalera que permite dirigirse hacia lo verdadero.<sup>41</sup> Sin embargo, este ascenso implicaba también el descenso hacia lo más profundo, hacia el mal.

La composición platónica de un mundo ulterior impone una reestructuración al universo griego, y con él, a toda la civilización posterior, debido a que deja de lado las sensaciones y censura todos los impulsos. El surgimiento de esta nueva ciencia trae consigo tranquilidad y satisfacción no sólo para Platón, sino también para todos los hombres que creían en su pensamiento, o que sufrían a causa de la corrupción del cuerpo. La clarificación de los conceptos<sup>42</sup> otorgó a los griegos una

---

<sup>40</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 163.

<sup>41</sup> “[...] la razón toma contacto por sí misma y por virtud de la dialéctica, tomando a las hipótesis no por principios, sino por lo que en efecto son: hipótesis, es decir, peldaños y trampolines que le permitan lanzarse hasta lo no hipotético, hasta el principio de todo.” (Platón. *La República*, 511b [libro VI]).

<sup>42</sup> Los conceptos son la petrificación del lenguaje, es decir, un lenguaje muerto, símbolos endurecidos en la memoria, extractos del mundo empírico que intentan conservarse (expresarse) a través de una representación lógica. El lenguaje se ha convertido en una masa de conceptos, en un inmenso *columbarium*, *necrópolis de las instituciones* –como menciona Nietzsche en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*–. *Columbarium* que se extiende y aumenta pero siempre sobre las mismas bases en las que pretende concentrar y ordenar el mundo entero.

nueva sensación de poder, similar a la obtenida a través de la belleza. Lo desconocido les resultó igual de desagradable que lo feo, pues altera, atemoriza, preocupa. La conformación de aquel reciente orden conceptual platónico basado en la fe de la verdad y la razón, no implicaba necesariamente un progreso sobre los instintos, pero sí una salida frente al abismo aterrador hacia el cual se habían precipitado con ellos, mediante proposiciones:

Primer axioma: una aclaración cualquiera es mejor que ninguna. Como en el fondo se trata tan sólo de un querer-desembarazarse de representaciones opresivas, no se es precisamente riguroso con los medios de conseguirlo: la primera representación con la que se aclara que lo desconocido es conocido hace tanto bien que se la «tiene por verdadera».<sup>43</sup>

A raíz de esta inversión, el mundo se modifica y reorganiza situando en el lugar más bajo al cuerpo, los instintos, las sensaciones y todo aquello que cambia de acuerdo al movimiento; mientras que la razón, el intelecto y lo inmutable se colocaron del lado de lo mejor y más verdadero, en lo más alto de la escala. Este cambio condujo a los hombres a vivir una “[...] vida lúcida, fría, previsora, consciente, sin instinto, opuesta a los instintos [...]”<sup>44</sup> Una vida contraria a su naturaleza, enferma, decadente que, sin embargo, afirmaba ser el camino más recto hacia la felicidad y la plenitud del ser, lo que significó un cambio de ruta hacia la nada,<sup>45</sup> un cambio sin retorno.

### 2.2.1 Desvalorización del arte<sup>46</sup>

Tras esta inversión de los valores, varios componentes que eran primordiales para los griegos se convirtieron en elementos prohibidos, en situaciones graves y

---

“*El concepto*, en primer momento de la formación, un fenómeno artístico: la simbolización de una plétora de fenómenos, originalmente una imagen, un jeroglífico. Por tanto, una *imagen* en el lugar de una cosa.” (Nietzsche, *Estética y teoría de las artes*, p.192).

<sup>43</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 72.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>45</sup> V. *Infra.*, p.46.

<sup>46</sup> Entiéndase arte como *poiesis*, es decir, como creación o producción creativa.

perjudiciales. La nueva fe en el conocimiento, la devaluación del cuerpo y el desdén por el devenir afectaron el impulso creador y artístico de los griegos, señalado por Platón como un reflejo de lo falso, una imitación del mundo, que era ya de por sí un simulacro de la Idea, una broma junto al ser real e inmutable. En resumen, el arte no se consideraba digno ni valioso porque era más bien una actividad propia de los hombres viles. Esta degradación de lo artístico contrasta con el pensamiento de Nietzsche, quien comprende al arte como una actividad que supone un estado vigoroso y fuerte, propio del creador, un estado de exceso de vitalidad corporal que emerge a través de imágenes y deseos, intensifica la vida y el sentimiento, y estimula los instintos animales.<sup>47</sup> Esta incitación de la animalidad impide la aceptación y ejercicio del arte a quienes se encontraban en la huida del cuerpo y los instintos en provecho de las Ideas y aspiraban a mantenerse lejos del sufrimiento, la demasía y la corrupción. La búsqueda de estos seres mermados de fuerza y poder se dirige hacia la paz, pues lo único que quieren es ponerse a salvo del ímpetu pujante de los estados artísticos. La debilidad implica no sólo rechazo hacia la potencia creativa por considerarla como un estado de exuberancia, sino porque esta potencia es también radicalmente opuesta a la conciencia, en el sentido de que ésta se sitúa por encima de todos los valores y al hacerlo suprime el arte.

Quien quiere disfrutar y gozar la vida es ingenioso y por lo tanto artístico, tiene que serlo para procurarse placer; no obstante, cuando se inclina a seguir los principios morales, más bien busca lo provechoso, en otras palabras, algo que no necesariamente le produce placer,<sup>48</sup> pero que le asegura su estabilidad, su subsistencia y la ausencia de sufrimiento.<sup>49</sup> El enemigo más temible de la creación es la debilidad advenida por la gran fatiga del cuerpo, el deseo de vivir seguro aun a costa de alejarse de la vida misma, con tal de resguardarse bajo la tranquilidad

---

<sup>47</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 106.

<sup>48</sup> Hay que hacer una clara distinción entre ética y moral, pues Nietzsche no está en contra de la ética, entendida como la adquisición de los propios valores y de la autorrealización, de ser nuestros propios jueces; sin embargo, sí se opone a las reglas morales, a los valores de decadencia –que son los que menciona, sólo buscan beneficios– enseñados por la sociedad enferma.

<sup>49</sup> Cf. *Ibid.*, p. 85.

de lo predecible otorgada por el conocimiento y la moral. “El mayor peligro es la fe en el saber y lo conocido, es decir, en el fin de la creación. Éste es el gran cansancio.”<sup>50</sup> El débil está inhabilitado para organizar artísticamente los elementos del mundo; es incapaz de dotar de belleza a lo más horrible, de soportar el dolor causado por lo desconocido. Y, como es inepto para abandonar la fealdad por sí mismo, reemplaza el instinto creativo con la ciencia, con el juicio que castiga y destierra el arte; en una palabra, le resulta imposible vivir a través del arte, pues no logra encontrar la fuerza suficiente para crear y mantener la belleza, para poder abrir los ojos y mirar con deleite el mundo tal como es.

Crear es la redención del sufrimiento. Pero el sufrimiento es necesario para los creadores. El sufrimiento es transformarse, en cada nacimiento hay una muerte. No basta con ser el niño, sino también la parturienta: como el creador.<sup>51</sup>

El arte conocido como arte se deprecia, se rechaza y se transforma, y adquiere nuevos medios racionales. Sin embargo, la creación de apariencia ‘bella’ y ordenadora nos es inherente; no se esfuma, simplemente se denomina de otra manera. Las palabras ‘apariencia’, ‘arte’ e ‘imagen’ son desprestigiadas y atacadas por reflejar, dentro del nuevo discurso, lo mutable, corpóreo, físico y mundano; no obstante, Platón santificó<sup>52</sup> el arte entendido como creación de ficciones, al elevar a la mentira al grado de realidad. Igual que los hombres antiguos crearon a las divinidades olímpicas para sobrevivir, Platón inventó los conceptos, colocándolos, gracias a la inversión de los valores, del lado de la verdad absoluta como valor supremo que excluye a la vida misma. Así atiende solamente a su mundo de la ilusión.

Platón como artista que era, prefirió en el fondo la apariencia al ser: por tanto, la mentira y la ficción a la verdad, lo irreal a lo existente, pero tan convencido estaba del valor de la

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 175.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp. 142-143.

<sup>52</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 195.

apariencia, que le concedió los atributos «ser», «causalidad» y «bondad», verdad, en resumen, es todo aquello a lo que se le atribuye valor.<sup>53</sup>

### 2.2.2 El abandono del cuerpo

Al mismo tiempo que la doctrina platónica rechaza la poesía y todas las expresiones creativas, la moral se va apoderando de un territorio cada vez más grande. Una de las mayores victorias de la moral se logró a partir de una de las injusticias más grandes: el hombre condenó por primera vez al cuerpo como símbolo del mal, del engaño, de todo lo falso y corruptible, sin darle la oportunidad de una defensa justa. Los filósofos de entonces, separados de los hombres de arte como poetas, retóricos y sofistas, se caracterizaron por una falta de sensibilidad y profundidad; al ser radicalmente partidarios de la razón, solamente fueron capaces de considerar a los sentidos como elementos engañosos, como inicio de las pulsiones, las cuales, según ellos, significan la semilla de los males, los vicios y la confusión. Se declaran enemigos del cuerpo, de Homero y su mitología, de todos los poetas y sus falsas rimas, de los oradores y sus discursos embusteros. Los filósofos se pronuncian contra todo aquello que hasta entonces había sido el mundo, ya que la vida instintiva, proveída de excesos y placeres, no había hecho otra cosa que conducirlos a una existencia concupiscente y vana. Esta casta de filósofos se aferró a la verdad, sin llegar a comprender que el mundo, la vida y el mismo hombre racional están condicionados por la ilusión, por la perspectiva, por la imaginación creativa.<sup>54</sup>

El deseo desmesurado de conocimiento, sumado al desprecio del cuerpo condujo a la humanidad hacia el otro extremo, el de la razón, un extremo igual de peligroso que aquel del que huían en ese momento. El conocimiento por sí mismo, valorado por encima de la vida, sin estar puesto a favor de la vida, y sin el control ni la medida del cuerpo, se convirtió en el nuevo tirano, en el nuevo gran valor

---

<sup>53</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 163.

<sup>54</sup> Cf. *Ibid.*, p. 175.

avasallador, destructivo, demoledor; convertido, sin más, en la nueva gran mole de fuerza. Entregándose a las tiranías de los instintos, se muere al servicio de la vida; en cambio, al ofrendarse a las tiranías de la razón, uno se conserva el máximo tiempo viviendo pero como un muerto, condenado al vacío.<sup>55</sup> Para estar dispuesto a la vida es *necesario tener coraje en el cuerpo; aun solamente para soportarlo*,<sup>56</sup> es necesario ser fuerte, no tener miedo, o al menos haber aprendido a superar el miedo. Es necesario afirmar el cuerpo para afirmar la vida.

#### 2.4 Nacimiento de la metafísica tradicional

Como resultado de la gran inversión de los valores, el mundo se hizo excesivamente lógico, y sin embargo, no dejaba de ser una ficción, producto de los hombres empobrecidos y disminuidos, incapaces de vivir más allá del miedo. Se trata de un mundo dispuesto como un gran telón de conceptos, un nuevo cosmos ordenado según principios formales basados en el conocimiento, en los organismos de la razón, en una nueva fe: la ciencia. Desde entonces el hombre se ha conducido a través de la proyección de su instinto de verdad, como si ésta estuviera fuera de él, como si existiera por sí misma y fuera una cosa ya dada en el mundo, algo que ellos únicamente deben saber buscar y descubrir. Se olvidaban que eran ellos quienes se anticipaban a crear aquella verdad que descubrirían más tarde.<sup>57</sup> Lo que triunfa es la creencia en la existencia de causas metafísicas que determinan el mundo y la verdad; estos hombres fieles a la ciencia están seguros de que una causa es efecto de otra causa, y así sucesivamente *ad infinitum*.

El nuevo discurso fundamental parte del supuesto de que existe algo superior que determina el mundo, una razón verdadera y pretendidamente ajena y previa, que es responsable de los efectos en la tierra a los que también se les llama

---

<sup>55</sup> V. *supra*, cita 40.

<sup>56</sup> Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo*, p. 120.

<sup>57</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 164.

imágenes, los cuales, si llegan a aprehenderse correctamente, permiten transitar hacia esa suma instancia. El mundo superior y verdadero postulado por esta metafísica no es más que un reflejo de los procesos racionales, una proyección intelectual; es, en resumen, el efecto consecuente del desarrollo de nuevos pensamientos.<sup>58</sup> El temor a la desmesura de los instintos despierta la necesidad de construir techos de certidumbre, domicilios fijos capaces de proporcionar refugio a los cuerpos gastados y enfermos. Pero, a los ojos de Nietzsche, este mundo ideal revela una racionalidad delirante.

---

<sup>58</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*, p. 56.

### 3. El cristianismo y el ideal ascético

La vida acaba donde comienza el «reino de Dios»...  
Friedrich Nietzsche.

El idealismo platónico, la metafísica y el despojo de los poderes corporales terminaron por arrebatarle a la tierra y a la vida todo su valor. La verdad se trasladó a las cosas ideales, la realidad se volvió trascendental. La mentira lógica, que afirma que existen los conceptos puros, se instauró como suprema verdad; fingió ser la respuesta y la solución de todo problema. El mundo fue absorbido y enfermado por el veneno de la razón. El hombre, mermado en su potencia, se acostumbró a vivir dentro del gran engaño ultraterreno y se procuró no sólo ficciones, sino que promovió el surgimiento de ídolos y pastores<sup>59</sup> que sirvieran de guías y les señalaran la dirección que debían tomar sus escasas fuerzas para dirigirse hacia mundos superiores.

Hasta ahora la mentira del ideal ha constituido la maldición contra la realidad, la humanidad misma ha sido engañada y falseada por tal mentira hasta en sus instintos más básicos – hasta llegar a adorar los valores inversos de aquellos solos que habrían garantizado el florecimiento, el futuro, el elevado derecho al futuro.<sup>60</sup>

El ímpetu vigoroso y la pluralidad, propios del antiguo mundo griego, quedaron cancelados ante la aparición de La Verdad. Esta modificación promovió la creencia sobre la existencia del conocimiento puro y absoluto, que poco a poco fue convirtiéndose en el principal objeto de búsqueda y valor. Los hombres fueron conquistados por un mismo ideal, consideraron cierto un sólo argumento y acabaron por transformarse todos en pequeños y dóciles animales domésticos,

---

<sup>59</sup> Nietzsche usa las palabras sacerdote y pastor para referirse a los líderes del movimiento cristiano y religioso, que promueven los valores del resentimiento, es decir, los portavoces de la “enfermedad” encargados de contagiar al mundo a través de discursos y razonamientos decadentes, que niegan el cuerpo.

<sup>60</sup> Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo*, p. 18.

sometidos a las mismas reglas, bajo los mismos principios. Una multitud de dioses fue derrotada por un sólo Dios.

Al politeísmo le sucedió el monoteísmo que, similar a la dialéctica, se encargó de censurar y destruir todo discurso distinto al suyo. El monoteísmo, opuesto al politeísmo en todos los sentidos, cancela las posibilidades, limita las valoraciones, destruye la perspectiva y rechaza todo supuesto diferente al que enuncia. Es una religión paralizante y excluyente, pues según sus dogmas existe una sola Verdad, por lo tanto un único Dios, una norma, un sólo camino.

En el politeísmo, por el contrario, permanecía prefigurada la libertad de espíritu y la variedad espiritual humana: la fuerza de proporcionarse nuevos ojos, ojos propios, y hacerlos nuevos y propios una y otra vez, cada vez más.<sup>61</sup>

Contrario a la religión griega, para Nietzsche, el cristianismo<sup>62</sup> niega la vida y el arte, y con eso suprime toda posibilidad de belleza; su conquista convierte al mundo en un ser feo y enfermo. Hereda de Platón una cosmovisión dualista y conserva la fe en un mundo ulterior en el que se puede vivir castamente, absuelto de todo sufrimiento. Retoma el intento socrático-platónico de mejorar al hombre y librarlo del cuerpo, de limpiar su espíritu y transformarlo en un alma pura capaz de ascender al 'supramundo' y adquirir la inmortalidad después de la vida.

Dios se convirtió en el equivalente de la Verdad, su palabra en conocimiento irrefutable y sus mandamientos en la única posibilidad de salvación y medio de encontrar el camino hacia el mundo fuera de este mundo. Su verdad –Verdad suprema–, se impuso por encima de cualquier otra, destruyendo toda voluntad diferente. Los hombres perdieron panorama y les quedó un sólo horizonte, un

---

<sup>61</sup> Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, pp. 232-233.

<sup>62</sup> El cristianismo es usado por el autor como el estandarte de las religiones que odian y niegan la vida e intentan “superarla” con la invención de otros mundos –también habla de otras doctrinas de la nada como el budismo, pero encuentra en los cristianos la máxima expresión del esclavo nihilista–. Su simbolismo: el de un Dios bondadoso y amoroso que sufre y es crucificado por aquellos a los que ama y salva, es la representación del abandono de la propia fuerza, del padecimiento redentor e impotente que únicamente espera y ya no desea más que la última de sus horas.

mismo propósito: alcanzar el mundo superior, sin importar que ello les obligase a cancelar su fuerza. Este ideal opuesto a toda potencia, promueve el dolor y el sufrimiento, afirmando que es la única forma de expiar la maldad contenida en el cuerpo.

### 3.1 La mala conciencia y el triunfo del resentimiento

Los dioses míticos permitían a los griegos vivir exentos de toda culpa,<sup>63</sup> no llevaban sobre sí la responsabilidad de sus actos ya que los procesos cósmicos se encargaban de determinar su destino y, por lo tanto, era inexorable que ocurriese todo lo que debía ocurrir.<sup>64</sup> Carecían de libertad, pero a cambio habían recibido ligereza. El surgimiento de la conciencia permitió a los hombres superar el irremediable destino mortal, haciendo posible la libertad, mas ese ‘despertar’ de la razón se convirtió en un gran peso doloroso. El hombre se volvió un ser moral, sufriente y resentido. Resentido con la vida efímera y fugaz, con el cuerpo y lo mutable, con todo lo terreno. Motivado por ese sentimiento, se propone encontrar a los responsables de su dolor. Convierte a todos en culpables, a todos menos a sí mismo. Su primer razonamiento le dice que fueron ellos: el cuerpo, la inconciencia, los otros los que le obligaron a vivir en la concupiscencia y los que le provocaron la gran pena que siente. Todo es malo, todos son malvados, desde esta óptica proveniente del castigo y de la culpa.

El hombre sufriente y débil no alcanza a comprender la causa de su aflicción, el intelecto no le basta para saber con certeza si algo o alguien ajeno es responsable de su pesar, o si es él mismo el culpable de lo que le pasa. Carente de razones que justifiquen su dolor, se ve necesitado de una explicación que haga soportable su martirio; al no saber la causa de su mal, se considera inhabilitado para descubrir un remedio. La desesperación por encontrar alivio le conduce a creer en

---

<sup>63</sup> V. *supra.*, pp. 22-23.

<sup>64</sup> Cf. Talía Morales “El paso del tiempo cíclico al tiempo lineal desde San Agustín” en <http://ow.ly/mlAXn> (10 de junio de 2013).

cualquier cosa. Una nueva fe lo acecha, una nueva corriente lo adormece y lo hipnotiza. La voz de un ideal le dice: no es nadie el culpable de tu tormento más que tú mismo. La causa de tu mal reside dentro de ti, es culpa tuya y de nadie más, por lo tanto es necesario que sufras.<sup>65</sup>

El resentimiento es una fuerza reactiva que se vuelve contra sí. No son los otros, no es el cuerpo por sí mismo, sino la maldad que se alberga dentro de cada hombre, su falta de control, que le ha hecho caer a lo más bajo y que probablemente le impedirá volver a la bondad suprema. Es él, que no ha sido bueno y por eso merece sufrir. ¡Soy yo!, clama finalmente el hombre, impulsado por su mala conciencia.

«Todo gran dolor, sea corporal, sea espiritual, enuncia lo que merecemos; pues no podría sobrevenirnos si no lo mereciésemos». [...] Están condicionados [los dolores] como consecuencias de acciones irreflexivas, que han salido mal [...].<sup>66</sup>

Esta moral enseña que todo sufrimiento es culpa nuestra, consecuencia de nuestros errores cometidos por no seguir a Dios; e invierte la dirección de nuestro resentimiento, lo convierte en una conciencia interna, en una mala conciencia que produce dolor contra uno mismo. Este cambio de dirección dota al sacerdote<sup>67</sup> cristiano de un inmenso poder: en él radica la posibilidad de liberación, cada hombre debe redimirse, perdonarse, redirigirse a sí mismo hacia el bien, pues todos cargan con el mismo peso: el pecado. Todos son culpables, todos malos. Nietzsche advierte en este cambio de dirección la enfermedad de los hombres. El sacerdote les hace creer que aceptar y sufrir su culpa es el primer paso hacia la salvación, de esta manera la humanidad entera cae en la cuenta de que sólo a través del propio dolor podrá redimirse.

---

<sup>65</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, pp. 180-181.

<sup>66</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 73.

<sup>67</sup> V. *supra*. cita 54.

El logos cristiano insiste en que la falta de moral nos ha conducido a caminos tortuosos, y señala que el único medio para librarnos de ese malestar consiste en pagar el castigo 'justo' para limpiar las penas. Este remedio tiene como resultado una nueva debilitación, el hombre fuerte del politeísmo se convierte en un enfermo disfrazado de bueno y justo. La bestia trágica se hace dócil, el miedo y el dolor se apoderan por completo del animal que habitaba en cada hombre y le suprimen la fuerza; a cambio, se convierte en alguien más civilizado, más lógico, más 'seguro'. El anhelo de Sócrates se cumple: se 'mejora' al hombre a través de la razón. "Dicho fisiológicamente: en la lucha con la bestia el ponerla enferma puede ser el único medio de debilitarla. Esto lo entendió la Iglesia: *echó a perder* al hombre, lo debilitó, pero pretendió haberlo «mejorado»".<sup>68</sup>

### 3.1.1. Sufrimiento y culpa

El peligro del sufrimiento, para los hombres blandos, consiste en que son incapaces de soportarlo sin necesidad de buscar y encontrar responsables del mismo. El sacerdote cristiano le enseña al doliente que en efecto hay culpables: cada uno es culpable de su propio pesar;<sup>69</sup> de esta manera el religioso logra sembrar la semilla de la mala conciencia en la humanidad, hasta que ésta se enferma y se llena de resentimientos. El padecimiento es al mismo tiempo la razón por la que el rebaño sigue a su pastor, por ser el único que ha ofrecido respuestas y además les ha dado una esperanza de salvación.

El sufrimiento venido de la culpa se opone al sufrimiento trágico; el primero se convierte en la principal causa para huir hacia trasmundos, mientras que el segundo es propio de la vida, "Eso es considerar al *ser lo bastante dichoso* para justificar hasta una enormidad de sufrimiento."<sup>70</sup> El hombre trágico era capaz de admitir incluso lo terrible, por medio del arte, era redimido todo dolor y lo

---

<sup>68</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 79.

<sup>69</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 165.

<sup>70</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 75.

espantoso transformado en algo bello; por el contrario, el hombre religioso y frágil padece la existencia, quiere una solución radical y absoluta para su tormento. Estos sufrientes tienen necesidad de un poder 'superior' para ser capaces de soportarse, ya que desconfían de sí, de su fuerza y su voluntad, son esclavos de sus condiciones, incapaces de superarlas sin un Dios que los socorra. Los creyentes consideran a la existencia misma como algo a la vez indigno e injusto, por eso desean escapar hacia otros mundos. El sufrimiento es el elemento que les permite explicar su odio hacia la vida, al mismo tiempo que les sirve de medio para justificar el mundo divino.<sup>71</sup>

En estos tiempos de ahora en que el sufrimiento aparece siempre el primero en la lista de los argumentos contra la existencia, como el peor signo de interrogación de ésta, es bueno recordar las épocas en que se juzgaba de manera opuesta, pues no se podía prescindir de hacer sufrir y se veía en ello un atractivo de primer rango, un auténtico cebo que seducía a vivir.<sup>72</sup>

El desgaste de los cuerpos, el cansancio correspondiente al ejercicio vital, los errores propios de nuestra naturaleza imprecisa e impredecible, el movimiento y todo aquello que implicaba el uso pleno de las potencias fisiológicas, dejó de resultar disfrutable ante los ojos fatigados y asustados por la fugacidad de todos los seres. El sufrimiento concerniente a la vida, lo que significa, las emociones vitales, las cuales implicaban el gozo de otras cualidades como los placeres físicos, se convirtió en un dolor insoportable y desgarrador para una humanidad que prefirió ocultarlo en medio de estructuras lógicas, predeterminadas y fijas. Las sensaciones vitales se disminuyeron, los impulsos se debilitaron y así se fortaleció el tipo de sufrimiento religioso, expiatorio y 'purificador'.

---

<sup>71</sup> Cf. Deleuze, Gilles. *Op. cit.*, p. 32.

<sup>72</sup> Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 88.

### 3.1.2 Venganza y resentimiento

La conciencia sobre la maldad, entendida sólo desde una perspectiva: la cristiana, constituye la nueva lógica dominante. Si yo soy malo, tú también debes serlo, si el cuerpo es malo, todos tenemos que pagar una condena por estar expuestos de manera directa al pecado. Lo justo es que todos sufran, que mi malestar cobre venganza,<sup>73</sup> ya sea contra los otros, contra el cuerpo o incluso contra la vida misma. El resentido no quiere únicamente acusar, además desea que el acusado se sienta culpable, que sepa que ha sido él mismo el culpable de su dolor. El peligro para el hombre religioso se encuentra en la fuerza que aún le queda, en el instinto que no ha destruido; su redención radica precisamente en convertirse en un ser frágil.

El deseo de castigar surge, y con él, el espíritu de venganza de los sufrientes.<sup>74</sup> El castigo es la venganza del enfermo, si él no es feliz, nadie debe serlo. La lógica del hombre del resentimiento dicta que lo 'bueno' es inseparable de la condición de víctima. El enfermo quiere vengarse de todo, pues siente que merece aquello que es incapaz de conseguir y que ha esperado desde siempre en una pasividad santa, pues su querer es tan débil que jamás atiza en su cuerpo el coraje para la acción. La debilidad es el síntoma que presenta aquel que no sabe gozar, que experimenta cómo sus potencias se han vuelto contra él mismo hasta el punto en que lo único que puede producir es dolor. El alimento de las almas vengativas es el resentimiento, una epidemia que se propaga con gran facilidad; una peste oculta bajo el disfraz del amor y la esperanza, una infección de odio y desprecio enlucida con caretas seductoras que logran engañar a cualquiera hasta hacerlo enfermar y convertirlo en un 'bueno' más.<sup>75</sup>

---

<sup>73</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 114.

<sup>74</sup> “[...] donde había sufrimiento, allí siempre debía haber castigo.” Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, p. 210.

<sup>75</sup> Deleuze, Gilles. *op. cit.*, p. 180.

Llena de odio y venganza, la sociedad se vuelve insaciable, pues nada de este mundo le resulta suficiente, al contrario, todo le genera, cada vez más, un mayor resentimiento. La moral del sacerdote le resulta favorable, representa un medio de resignación y alivio, porque la encuentra propicia para vengarse de la vida y de los hombres. El cristianismo introduce en la conciencia la miseria y el dolor a tal grado, que nadie logra mantenerse limpio tras pasar por el río de la misericordia divina. Al final todos se preguntan si su paso por la vorágine impasible de la vida ha sido el correcto; se avergüenzan, padecen su dicha, desprecian su felicidad y se sienten indignos de bienestar y de placer. El principio del sufrimiento vuelve sospechosa toda delicia. “[...] los afortunados, los bien constituidos, los poderosos de cuerpo y de alma, comienzan a dudar así de su derecho a la felicidad.”<sup>76</sup>

El resentimiento se desvela como el elemento sustancioso del Dios único, porque a fuerza de experimentarlo, los hombres alcanzan la fidelidad, la comunión que les imprime ser, y les abre paso en un camino que clausura todos los demás. Lo bueno es reconocido como algo a lo que únicamente pueden aspirar los creyentes, para quienes está reservada la ‘felicidad eterna’, considerada verdadera porque es imperecedera, y se sitúa en el reino transmundo. Lo malo, entonces, es un valor que se aplica para designar a quienes no se acogen a la fe religiosa y tienen como destino la condena del infierno. El cristianismo promulga la semejanza, la igualación que deja fuera las diferencias y el devenir; el odio es un instinto opositor que se sacia con la venganza más allá de la vida terrenal.

«Venganza queremos ejercer, y burla de todos los que no son iguales a nosotros» – esto se juran a sí mismos los corazones de tarántulas.

«Y “voluntad de igualdad” – éste debe llegar a ser en adelante el nombre de la virtud; ¡y contra todo lo que tiene poder queremos nosotros elevar nuestros gritos!»<sup>77</sup>

---

<sup>76</sup> Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 161.

<sup>77</sup> Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, p. 156.

### 3.1.3 Valores del resentimiento

El dominio del cristianismo suprime por completo los antiguos valores temerarios de los hombres trágicos. El refugio moral socrático, envuelto con los velos de mundos superiores, es acogido por el sacerdote cristiano cuya veneración se encamina fuera de la tierra. El resentimiento y el deseo de venganza son acoplados a la esperanza de trascender esta realidad. Esto es así, porque las nuevas valoraciones cristianas parten del supuesto de la existencia de un mundo superior en contradicción con este mundo bajo e inestable al que se dirige su desprecio. La escisión de la realidad que, en la filosofía de Platón es apenas un rasgo epistemológico, se convierte en lo esencial de la fe cristiana, que además, con su doctrina de la igualdad cancela todas las fuerzas que se le oponen, absorbiendo a su vez la energía de lo que destruye por contagio y por aplastamiento mayoritario. Su lógica consiste en negar y atribuirse el valor de lo negado. Lo otro, lo malo, da significado a su bondad: si este mundo de carne y hueso es malo y por tanto falso, el otro mundo es necesariamente bueno y por tanto verdadero.

¡La doctrina de la igualdad!... Pero si no existe veneno más venenoso que ése: pues ella parece ser predicada por la justicia misma, mientras que es el final de la justicia... «Igualdad para los iguales, desigualdad para los desiguales – ése sería el verdadero discurso de la justicia: y, lo que de ahí se sigue, no igualar jamás a los desiguales».<sup>78</sup>

Los valores cristianos se erigieron como únicos, verdaderos e inapelables, como “los Valores en sí”: valores ya dados, igual que las verdades. Valores que no contaban con ningún referente concreto, buenos en sí mismos. Por eso Nietzsche ve en ellos un gran peligro, una incitación hacia la nada, hacia la fatiga y la inactividad, pues representan una voluntad enferma, opuesta a la vida.<sup>79</sup> Esta nueva valoración favorece exclusivamente a los ‘buenos’, interesados en la utilidad y el beneficio, a aquellos que actúan por deber y no por placer, a esos

---

<sup>78</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 133.

<sup>79</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 27.

hombres mermados de poder que sin embargo se vanaglorian porque están seguros de encontrarse en el ascenso hacia la pureza de la Verdad.

«Bueno» es superior en valor a «el malvado», superior en valor en el sentido de ser favorable, útil, provechoso [...]. ¿Qué ocurriría si la verdad fuera lo contrario? ¿Qué ocurriría si en el «bueno» hubiese también un síntoma de retroceso, y asimismo un peligro, una seducción, un veneno, un narcótico, y que por causa de esto el presente viviese tal vez a costa del futuro? ¿Viviese quizá de manera más cómoda, menos peligrosa, pero también con un estilo inferior, de modo más bajo?... ¿De tal manera que justamente la moral fuese culpable de que jamás se alcanzasen una potencialidad y una magnificencia sumas, en sí posibles, del tipo hombre?<sup>80</sup>

Desde la endeble perspectiva de los lisiados, bueno es lo conveniente y oportuno para enaltecer sus ideales, para conservar su gran fatiga y la extenuación corporal. Malo o malvado son aquellos valores violentos que no conservan y que imponen nuevos órdenes; malo es el movimiento, todo lo que no es útil, sino placentero.<sup>81</sup> Resulta ser bueno todo lo contrario a la excitada violencia de los valores vitales; bueno es lo que no perjudica ni destruye, lo que permanecer inmóvil; no actuar para evitar toparse con el mal o con el error.

El cristianismo es la fuente de valores considerados como supremos y universales, a los que Nietzsche designa como decadentes, porque enseñan a renunciar a la dicha y a los propios ímpetus. La moral cristiana destruye las potencias activas en provecho de potencias reactivas; favorece la voluntad servil en detrimento de la voluntad guerrera. “Esta única moral enseñada hasta ahora, la moral de la renuncia de sí mismo, delata una voluntad de final, niega en su último fundamento la vida.”<sup>82</sup>

La voz del sacerdote anuncia los valores del resentimiento: los que se creían buenos son en realidad malos, por no preocuparse por el prójimo, por no

---

<sup>80</sup> *Ibid.* p. 28.

<sup>81</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 95.

<sup>82</sup> Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo*, p. 143.

detenerse ante el pecado, por no ser débiles. Convencido de que su juicio es el único, el sacerdote se convierte en un pastor de rebaños que no permite que ninguna de sus ovejas invente sus propios valores. El poder de la igualación seduce con la creencia de que la multitud se contenta con lo mismo, con lo bueno para todos. Este pastor ascético hace de su fe una ley universal, destruye todo ideal separado del suyo sin darse cuenta de que su meta no puede ser el ideal del mundo.

¡Este ideal, [su ideal] efectivamente, jamás podría ser el de otro, mucho menos el de todos! Quien todavía juzga [...], no ha dado todavía ni siquiera un paso en el conocimiento de sí mismo: pues sabría, de lo contrario, que no hay acciones iguales ni puede haberlas [...].<sup>83</sup>

### 3.2.1 La verdad divina

La Verdad<sup>84</sup> se instaure como única e inapelable y Dios en su portavoz. Esta verdad sostiene que bueno es aquél que confía en el Creador y deja en él la responsabilidad de su felicidad, una felicidad contradictoria, porque, a pesar de que el hombre se convierte en un ser libre, encargado de su propio bienestar, el “Padre eterno” dictamina cada una de sus acciones, así como todo acontecer. San Agustín declara que Dios sabe todo lo que ocurre, ha ocurrido y ocurrirá, además así lo quiso, pues desde el inicio de los tiempos él ya sabía lo que cada hombre iba a elegir.<sup>85</sup> Esta libertad es en realidad la condición para poder sufrir un castigo, pues sólo sufre aquel que es consciente de que hizo algo mal y sólo hace mal quien es libre de hacerlo.<sup>86</sup>

A los seres humanos se los imaginó «libres» para que pudieran ser juzgados, castigados, – para que pudieran ser culpables: por consiguiente, se tuvo que pensar que toda acción era

---

<sup>83</sup> Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 318.

<sup>84</sup> La verdad cristiana, sacerdotal.

<sup>85</sup> Cf. San Agustín. *Ideario*, p. 126.

<sup>86</sup> V. *supra*. cita 59.

querida y que el origen de toda acción estaba situado en la conciencia (con lo cual el más radical fraude *in psychologicis* quedó convertido en principio de la psicología misma).<sup>87</sup>

El cristianismo admite esta verdad como la más pura, como el único camino recto. Por lo tanto, quienes lo practican consideran que el cumplimiento de los mandatos divinos les permitirá, al final de los tiempos, llenarse de gloria y bienaventuranza, a pesar de que la vida les haga sufrir por su carácter lúbrico, lleno de maldad y pecado. Lo que guía sus vidas es la convicción de que su deber como fieles, consiste en obedecer y creer ciegamente en el Creador; dicho de otra manera, el cristianismo solicita una conversión decisiva, renunciar a la determinación del carácter y disminuir al máximo la propia voluntad para doblegarse ante lo que 'debe' ser. Desde este paradigma, todo espíritu libre, deseoso, fuerte, atrevido y ligero es mal visto y condenado.<sup>88</sup>

Esta Verdad es la del esclavo resentido que no quiere que nadie sea más fuerte ni más grande que él. Su anhelo de venganza le obliga a destruir, porque la destrucción, convertida en necesidad existencial, es la única vía para afirmarse como un ser sufriente, o enfermo, como dice Nietzsche; alguien disminuido que no duda de la existencia de un ser superior: Dios, el ser más puro, habitante del mundo verdadero, su propio reino. Todo cristiano pregona con regocijo: "¡Ved, lo que es grande existe ya! Se den cuenta o no, proceden en todo caso como si su divisa fuese: Dejad a los muertos que entierren a los vivos."<sup>89</sup> Su verdad les dice vivan, pero a la mínima potencia, pues en su *acto llevarán su penitencia*.<sup>90</sup>

La elección de una sola verdad provocó el debilitamiento de los instintos creativos y las capacidades artísticas, porque todo arte, toda invención, toda acción es una mentira, una herejía que condena al sufrimiento eterno. Por ello, esta verdad convertida en Ley, es hostil a la vida, vengativa y paralizante.<sup>91</sup> La palabra de Dios

---

<sup>87</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 75.

<sup>88</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 341.

<sup>89</sup> Nietzsche, F. *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida*, p. 104.

<sup>90</sup> Frase referente al dicho popular español: "En el pecado lleva la penitencia".

<sup>91</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, p. 33.

educa para vivir de acuerdo a las normas divinas y enseña a mantener la esperanza de ser bendecidos en el más allá, con la condición de permanecer fieles y observar con estricta seriedad esta Verdad única y real.

### 3.2.2 Negación del cuerpo y de la vida

El hombre completamente consumido por el dolor y la mala conciencia, es incapaz de afirmar positivamente su cuerpo y la vida. Según el cristianismo, la última de las horas<sup>92</sup> es la más decisiva, porque es el alma y no el cuerpo lo que importa, la vida eterna y no la terrena.<sup>93</sup> La sola existencia en un cuerpo corruptible es ya motivo de censura, porque el alma, que aspira a las alturas, implica hostilidad hacia la degradación de todo lo mundano, y a todo lo cambiante que se opone esencialmente al carácter eterno de los valores que promulga: todo lo diferente, sin importar que sea desconocido, es una falsedad, una invitación al pecado.<sup>94</sup> Por eso el cristiano prefiere mantener su cuerpo casto, ir contra-natura; los placeres corporales le parecen despreciables:

«La predicación de la castidad es una incitación pública a la contra-naturaleza. Todo desprecio de la vida sexual, toda impurificación de esa vida con el concepto de “impuro”, es el auténtico pecado contra el espíritu santo de la vida»<sup>95</sup>

La religión anula toda pasión al proclamar la negación del cuerpo como el remedio para el sufrimiento, destruye toda sensualidad, todo instinto, toda fuerza y con ello todo arte y belleza procedente de los impulsos creadores, provenientes de la potencia corporal; la fealdad proviene de la impotencia, de la negación de la existencia. El ascético es incapaz de actuar, lo único que sabe es reaccionar; todo le atemoriza y lo detiene, la realidad cruda lo paraliza, necesita sus trasmundos

---

<sup>92</sup> Entiéndase los últimos momentos de vida, el lecho de muerte, momento en que, de acuerdo a las doctrinas cristianas, el alma deja el cuerpo.

<sup>93</sup> Cf. San Juan, *Nuevo Testamento*, 2.15-17.

<sup>94</sup> Cf. Nietzsche, F. *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida*, p. 142.

<sup>95</sup> Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo*, p. 72.

para poder aceptar su existencia no como una vida plena, sino sólo como un paso hacia el más allá.

Los conceptos del cristianismo arruinan fisiológicamente a la humanidad, pues esta forma de pensamiento se olvida de considerar al cuerpo en su profundidad y belleza, y por ello deja de luchar por el aumento de sus fuerzas; en cambio, se concentra en el ideal divino, en la búsqueda de la Verdad. La inversión que opera inyecta la creencia de que las bondades fisiológicas son nocivas para el alma. Depauperado el cuerpo, toda la vida empobrece.

La Iglesia combate la pasión con la extirpación, en todos los sentidos de la palabra: su medicina, su «cura», es el *castradismo*. No pregunta jamás: «¿cómo espiritualizar, embellecer, divinizar un apetito?» – en todo tiempo ella ha cargado el acento de la disciplina sobre el exterminio (de la sensualidad, del orgullo, del ansia de dominio, del ansia de posesión, del ansia de venganza). – Pero atacar las pasiones en su raíz significa atacar la vida en su raíz: la *praxis* de la Iglesia es hostil a la vida.<sup>96</sup>

Desde su origen, la religión de Cristo se muestra como una doctrina de rechazo a la vida y al cuerpo; como náusea que no quiere más que huir a otra vida mejor: al ideal. Aparece como resultado de la decadencia humana, de la derrota frente al sufrimiento, ante el que ya nada podía hacer, pues su potencia creativa estaba destruida. La invención de vidas extrañas a esta vida se debe a esta anemia existencial, desde la cual, la vida, la única que tenemos, se vuelve innoble, falsa y malvada. “Entonces estos ingratos se imaginaron estar sustraídos a su cuerpo y a esta tierra. Sin embargo, ¿a quién debían las convulsiones y delicias de su éxtasis? A su cuerpo y a esta tierra”.<sup>97</sup>

---

<sup>96</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 60.

<sup>97</sup> Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, p. 62.

### 3.3. Fuerza del esclavo

La creencia unívoca permite el triunfo de la fuerza del enfermo. Esta fuerza que paradójicamente es débil, es el elemento a través del cual el esclavo se convierte en un ser capaz de dominar al fuerte e imponer sus valores como valores supremos. Nietzsche señala que los débiles llegan a gobernar a los fuertes con la ayuda de la promesa de un mundo trascendente donde sus cualidades espirituales resultan mejores que las cualidades corporales de los vigorosos. También señala que el enfermo, el débil, es un esclavo incapaz de adueñarse de sí mismo: “[...] los débiles han vencido, donde los fuertes son contaminados, donde el esclavo que no ha dejado de ser esclavo prevalece sobre un señor que ha dejado de serlo [...]”.<sup>98</sup> Ganan poder al separar a la fuerza de lo que puede, al destruirla y convertirla en una fuerza reactiva, incapaz de actuar.<sup>99</sup> Los débiles conquistan el poder a fuerza de sustraerlo de los fuertes mediante engaños y mentiras, con la amenaza de castigos morales y de esperanzas tramposas; todas las argucias de los esclavos que, lejos de emanciparlos, los fijan en su servidumbre, y los condenan a la contaminación y multiplicación de la bondad compasiva y temerosa. Su triunfo sobre los fuertes, no los hace más grandes. Su poder se encuentra en dividir, anular, suprimir a la potencia; en enfermar a los señores dueños de sí, a través de envenenamientos y hechizos de fe; a partir de una reorganización jerárquica en la que se sitúan por encima de todo.

[...] se llama “grande” a todo aquello que durante cierto tiempo ha removido a la masa, a todo lo que ha sido como se suele decir, un poder histórico. Pero ¿no es esto confundir voluntariamente la cantidad con la cualidad?<sup>100</sup>

Nietzsche indica el vuelco en la valoración, puesto que el débil se ampara con los beneficios de lo cuantitativo, a diferencia del fuerte, verdaderamente dotado para elegir, que opta por lo cualitativo. Enfermo el cuerpo, el hombre se ve privado de

---

<sup>98</sup> Deleuze, Gilles. *op. cit.*, p. 88.

<sup>99</sup> Cf. *Ibid.*, p. 93.

<sup>100</sup> Nietzsche, F. *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida*, p. 157.

su fuerza, vuelto hacia adentro, contra sí mismo, se convierte en una fuerza igualmente enferma. Los instintos reprimidos explotan hacia el interior, incapaces de actuar sólo reaccionan autodestruyéndose.<sup>101</sup>

El hombre dejó de ser una bestia feroz, se convirtió en un pequeño y dócil cordero, adaptado a los nuevos valores y formas que no requerían la actividad de ningún instinto, pulsión o potencia. Los fuertes fueron incapaces de imponerse y conservar su poder, se contaminaron, se hicieron anémicos, enfermos de náusea y sufrimiento. Los hábitos enfermos llenaron todos los rincones de la tierra, el gran cansancio contagió al mundo entero. El arte como potencia creativa, como la fuerza creadora de la *poiesis* desapareció. El excesivo temor e impotencia ante la vida convirtió a la humanidad en una masa de seres impotentes, privados de su naturaleza, vueltos hacia un objetivo común: conservarse a toda costa y dirigirse hacia una supuesta inmortalidad.

Los *enfermizos* son el gran peligro del hombre: no los malvados, no los «animales de presa». Los de antemano lisiados, vencidos, destrozados –son ellos, son los más débiles quienes más socavan la vida entre los hombres, quienes más peligrosamente envenenan y ponen en entredicho nuestra confianza en la vida, en el hombre, en nosotros.<sup>102</sup>

El esclavo se valió de ficciones ultraterrenas nacidas de los malos instintos, de naturalezas perniciosas, de la negación del cuerpo y de la tierra para enaltecer una vida después de la tierra, en la que ellos poseían los rasgos más convenientes, engrandecida con la bandera de la Verdad, la Bondad y la Pureza.<sup>103</sup>

---

<sup>101</sup> Cf. Deleuze, Gilles. *op. cit.*, p. 180.

<sup>102</sup> Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 158.

<sup>103</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo*, pp. 59-60.

### 3.3.1 Nihilismo e ideal ascético

El dominio del resentimiento sobre la inocencia de la vida, el insaciable deseo de venganza y la jerarquía que sitúa por encima de cualquier otro valor la fe en un mundo superior, obliga a los hombres a sustraer su cuerpo, a rebajar toda su sensibilidad. Esta disminución de la corporalidad, llamada por Nietzsche *ideal ascético*, traslada al hombre hacia una degenerada ilusión que le obliga a negarse a sí mismo, negar su realidad y su propia vida, en fin, a desear la nada. Esta nada representa la oposición de los ideales frente a la voluntad, la voluntad de poder.<sup>104</sup> Dicha valoración de nada o *nihilismo* es también una reacción contra el mundo y sus valores. El decadente en lugar de decir que él mismo no vale nada, enuncia la sentencia más peligrosa, más llena de veneno y contagiosa en el hombre: *nada vale nada, ni la vida misma*.<sup>105</sup>

*Nihil* no significa el no-ser, sino en primer lugar un valor de nada. La vida toma un valor de nada siempre que se la niega, se la deprecia. La depreciación supone siempre una ficción. La vida entera se convierte entonces en irreal, es representada como apariencia [...]. La idea de otro mundo, de un mundo suprasensible, con todas sus formas [...] la idea de valores superiores a la vida, no es un ejemplo entre otros, sino el elemento constitutivo de cualquier ficción. Los valores superiores a la vida no se separan de su efecto: la depreciación de la vida, la negación de este mundo. [...] porque tienen por principio una voluntad de negar, de depreciar.<sup>106</sup>

El ideal ascético es el complejo resultado del desarrollo lógico de la conciencia, transformada en resentimiento; un resentimiento que se vuelve contra sí mismo y genera dolor. No obstante, este sufrimiento logra convertirse a su vez en un medio para conservar la vida, en una forma de conquistar la vida a través de las fuerzas más débiles. El ideal supraterráneo permite al hombre resentido despreciar la vida y convertirla en una voluntad de nada; dicha conversión necesita del esclavo para

---

<sup>104</sup> V. *Infra*, cita 186.

<sup>105</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 115.

<sup>106</sup> Deleuze, Gilles. *Op. cit.*, p. 207.

sobrevivir. El ascetismo promueve el deseo de dirigirse hacia una misma meta<sup>107</sup> que unifica y universaliza los intereses y cancela toda interpretación distinta, igual que la dialéctica, sólo gana cuando niega. Sin embargo, es la negación la que dota de un gran poder a los enfermos, la que les permite tener la supremacía sobre toda fuerza, la que les deja conducir toda existencia hacia su ilusión, y otorgarle sentido y existencia a las cosas, de modo que todas se dirijan hacia el mismo final.

El esclavo quiere ser señor, pues finalmente todos desean ejercer su propia voluntad, pero no puede llegar a serlo, por eso culpa y castiga al mundo; esto alimenta su rencor contra la vida y contra todo lo que existe en ella, por eso huye hacia el trasmundo, el único lugar en el que le es posible dominar. Para alcanzar su victoria intoxica, intentando suprimir las fuentes de la fuerza e impedir el desarrollo fisiológico y todas sus expresiones: la alegría, la belleza, la felicidad; genera el sufrimiento, la resignación ante la desventura y el fracaso, es por ello que promueve el sacrificio.<sup>108</sup> “Y esto es lo que les ocurre siempre a los hombres débiles: se pierden a sí mismos en sus caminos. Y al final, todavía su cansancio pregunta: «¿para qué hemos recorrido caminos! ¡Todo es igual!»<sup>109</sup>

Este ideal de nada, de la igualdad, de lo mismo, se propaga hacia todos los terrenos: se apodera de la fuerza del cuerpo y la cancela, se adueña de las estructuras de la razón y las conduce hacia una lógica conveniente para su desarrollo, se apropia de las sensaciones y oculta todas las formas de sentir diferentes a las que enseña. Dios se transforma en un símbolo que ocupa el sitio más privilegiado dentro de la estructura humana, a partir de Platón, aunque en aquél entonces se le designaba como «conocimiento de la verdad», y hasta la época contemporánea. Esta figura se convierte en un signo, denominado de diversas maneras: razón, ciencia, verdad, pero que al final conserva las mismas estructuras que limitan las potencias de la vida, disminuyen las capacidades y desaparecen nuestras opciones de ser, de sentir y de valorar.

---

<sup>107</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, pp. 187-188.

<sup>108</sup> Cf. *Ibid.*, pp. 152-153.

<sup>109</sup> Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, p. 290.

#### 4. Lenguaje, Ciencia y Verdad

¿Debe dominar la vida al conocimiento y a la ciencia, o bien es la ciencia la que debe dominar la vida?

Friedrich Nietzsche.

El ideal ascético es el complejo resultado del desarrollo lógico de la conciencia transformada en resentimiento, promotora de un deseo unitario que cancela toda interpretación distinta. Gracias al ascetismo, la lógica y la razón, establecidas desde los tiempos platónicos, la moral cristiana pudo afirmar la existencia de un mundo ultraterreno en el que se encuentra la única Verdad, la cual es poseída por el único Dios, es decir, que tiene existencia y no cualquier existencia, sino que es el mismo Dios. “«La verdad ha sido siempre planteada como esencia, como Dios, como instancia suprema.»<sup>110</sup> Dios es La Verdad. Este sitio supremo en el que se colocó a la verdad no permitió que se le viese jamás como un problema, ya que al situarla junto a la divinidad no fue lícito cuestionarla en absoluto.<sup>111</sup> Debido a la desmesurada confianza religiosa, ningún hombre se atrevió a poner en entredicho ‘lo verdadero’ y tampoco se propuso examinarlo, pues eso hubiera sido lo mismo que dudar de Dios. Mucho menos se llegó a concebir siquiera que la verdad no tuviese existencia positiva. La humanidad entera se encontraba, y aún se encuentra, unificada y uniforme, por lo que difícilmente algún hombre ha podido llegar a pensar distinto a la masa, más aún, no se llega siquiera a sospechar, a tener una curiosidad por encima de la norma.

Resueltos en un gran ser unificado, con los mismos deseos, gustos y propósitos, todos los hombres se han concentrado, históricamente, en una sola búsqueda: la de la Verdad, que implica el descubrimiento de la Felicidad y la “Gloria eterna”.<sup>112</sup>

---

<sup>110</sup> *Apud.* Deleuze, Gilles. *op. cit.*, p. 134.

<sup>111</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. p. 193.

<sup>112</sup> V. *supra*, pp. 31-47.

Las pequeñas felicidades individuales, las verdades, los valores propios, se transformaron en grandes conceptos universales. Lo importante ya no era encontrar verdades particulares, sino la Verdad que trasciende, la Bondad suprema, la Felicidad eterna. Esta búsqueda unificada de los iguales, es la clara expresión del declive de las fuerzas que ya no son capaces de soportar y afirmar la diferencia; es resultado de un largo período de doctrinas que buscan el dominio de los impulsos y del cuerpo, para hacer sobrevenir el ascenso hacia 'el más allá', 'la iluminación'. La oscura enseñanza de Sócrates es que la muerte constituye la posesión de la más pura verdad ascética: la nada.

La «igualdad» [...] es parte esencial de la decadencia: el abismo entre unos hombres y otros, entre unos estamentos y otros, la multiplicidad de los tipos, la voluntad de ser uno mismo, de destacarse – eso que yo llamo *pathos de la distancia*, es propio de toda época fuerte.<sup>113</sup>

Al confundirse las voluntades dentro de una misma voluntad colectiva, se redujo también la perspectiva; el individuo se acostumbró a pensar como masa, se perdió la visión particular. A partir de la organización a través de conceptos universales, la humanidad comenzó a entender de la misma forma. Al hacer parte de sí a las rígidas estructuras lógicas inventadas formalmente y usadas desde la época de la Grecia clásica, la memoria las trae a la conciencia al momento de elaborar nuevos pensamientos; de esta manera todo se universaliza, todo se comprende del mismo modo.

El discurso organizado conforme a estas mismas estructuras, promueve y sostiene la uniformidad del pensamiento. El razonamiento sistemático, la fe que convierte a la igualdad en justicia y el hastío por la vida, terminaron por convertir la avidez de conocimiento en otra expresión ascética, tendiente hacia la nada. Reducido en todos los aspectos, el hombre se condujo solamente hacia lo provechoso, fuese para la religión o para el Estado, para el comercio o para la ciencia. El conocimiento se convirtió en un elemento práctico, buscado con un propósito

---

<sup>113</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 120.

definido: 'facilitar' o 'mejorar' la vida del hombre, y al hombre mismo; es decir, dejar el sufrimiento causado por el cuerpo y lo mundano.

#### 4.1 El desarrollo del lenguaje

Uno de los rasgos distintivos de la filosofía de Nietzsche es su genuino interés por el ser del lenguaje. Elabora una genealogía que denuncia las impugnaciones a lo figurativo en provecho de principios ascéticos a partir de los cuales solamente puede decirse lo común, lo semejante, lo universal en las cosas, pero que no alcanza a indicar las diferencias; lo distintivo de cada ser se pierde, y lo que prevalece y reina es una representación arquetípica de lo designado, como si en realidad existiese aquel mundo ideal descrito por Platón, del cual proviene todo y cada cosa fuese una mala copia de algún original.<sup>114</sup>

Para los antiguos griegos, es decir, para los presocráticos, el lenguaje era un proceso artístico, debido a que el concepto en formación necesitaba de cierto procedimiento creativo para lograr simbolizar un fenómeno, cuya conversión en imagen representaba algo bello y ordenado, aunque finalmente resultaba en un símbolo proveniente del instinto. Una y otra vez, Nietzsche subraya la génesis del pensamiento en las fuerzas vitales. Pero el intelecto de los hombres modernos y cristianizados no llega a concebir lo abstracto como producto de la pasión.<sup>115</sup>

Los símbolos pueden y tienen que ser muchas cosas; pero brotan de una manera instintiva y con una regularidad grande y sabia. Un símbolo notado es un *concepto*: dado que, al retenerlo en la memoria, el sonido se extingue del todo, ocurre que en el concepto queda conservado sólo el símbolo de la representación concomitante.<sup>116</sup>

Considerar el lenguaje como puramente objetivo, representa no sólo el olvido del instinto como productor de lenguaje, sino que cancela la posibilidad de expresar

---

<sup>114</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, p. 24.

<sup>115</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*, p. 18.

<sup>116</sup> Nietzsche, F. *La visión dionisiaca del mundo*, en *El nacimiento de la tragedia*. p. 270.

los signos del acontecer vital. El pensamiento debió recorrer un largo camino antes de separarse de su aspecto sensible, pero una vez alejado enfermó y junto con él, el lenguaje, negándose la mitad de todas sus posibilidades. Gracias a esta contaminación del *logos*, el hombre pudo reafirmar su propia falta de salud y seguir negando el cuerpo y sus pulsiones. Al ser inconsciente, el sentimiento sólo puede trasladarse parcialmente a representaciones conscientes del lenguaje, por lo que siempre queda un residuo que no se deja resolver. Es imposible expresar sensaciones a través del lenguaje conceptual, pues con él únicamente podemos mostrar formas, metáforas y metonimias que intentan señalar lo enigmático; la mayoría de nuestras experiencias quedan ocultas bajo la máscara del concepto. La conciencia no toca el ser de cualquier cosa, fenómeno o emoción, porque este ser, esta esencia, es corporal, y por tanto de índole diferente a la conciencia, que es formal o lógica, y cuya obstinación devalúa todo aquello que no se ciñe a su principio.

El lenguaje se ha convertido por doquier en una fuerza en sí que ahora aferra con brazos espectrales a los hombres [...], apresados por la locura de los conceptos generales [...]. Así la humanidad añade a todos sus dolores el sufrimiento de la *convención*, es decir, concordar en palabras y acciones, pero no en sentimientos.<sup>117</sup>

La palabra no consigue designar todo lo vivido. “El lenguaje, parece, ha sido inventado sólo para decir lo ordinario, mediano, comunicable. Con el lenguaje se vulgariza ya el que habla.”<sup>118</sup> El lenguaje gramatical es una expresión totalmente lógica y consciente, por lo tanto alejada de todo lo instintivo que no alcanza a expresarse más que a través de gestos y sonidos inteligibles, provenientes del reflejo.<sup>119</sup> Toda expresión del cuerpo se esfuma con el olvido del instante, por ello es delegada en importancia, nadie se interesa por aquello que quiere decir el impulso, lo efímero y, más bien se educa al hombre para mantenerse ajeno a ese decir, pues según cánones lógicos, toda manifestación del cuerpo es falsa. Todo ‘buen’ filósofo, pensador, científico, se mantiene por ello alejado y desinteresado

---

<sup>117</sup> *Apud.* Luis Enrique de Santiago Guervós, en *Introducción Escritos sobre retórica*, p. 34.

<sup>118</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, pp. 109-110.

<sup>119</sup> Cf. Nietzsche, F. *La visión dionisiaca del mundo*, en *El nacimiento de la tragedia*, p. 266.

de todo lenguaje distinto al conceptual, a partir del cual construyeron grandes edificios del conocimiento, en los que únicamente se acomodan y reacomodan términos universalmente convenidos, que sirven para mantener vigente el viejo discurso sobre lo verdadero.

Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real. Matan, rellenan de paja, esos señores idólatras de los conceptos, cuando adoran. [...] La muerte, el cambio, la vejez, así como la procreación y el crecimiento son para ellos objeciones, – incluso refutaciones. Lo que es no *deviene*; lo que deviene no es. Ahora bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en lo que es. Mas como no pueden apoderarse de ello, buscan razones de por qué se les retiene. «Tiene que haber una ilusión, un engaño en el hecho de que no percibamos lo que es: ¿dónde se esconde el engañador? – «Lo tenemos, gritan dichosos, ¡es la sensibilidad! Estos sentidos, que *también en otros aspectos son tan inmorales*, nos engañan acerca del mundo *verdadero*.<sup>120</sup>

#### 4.1.1 El desarrollo de la verdad

La creencia en la Verdad es resultado de la fe metafísica que contempla la existencia de un ser inmutable, imperecedero, eterno, de una Idea, Dios en religión. Dicha fe oculta los miedos humanos al disfrazar y hacer soportable el constante flujo de vida y muerte sobre la tierra. El hombre desea lo inmóvil porque lo inmutable le permite conocer, descansar, hace posible la verdad, la predicción y la prevención.

El ferviente deseo humano de encontrar la Verdad, nos ha obligado a rechazar el testimonio de los sentidos y considerarlos engañadores y falsos; sin embargo, los sentidos no mienten de ninguna manera. “Lo que nosotros hacemos de su testimonio, eso es lo que introduce la mentira [...]”.<sup>121</sup> El hombre es mentiroso por naturaleza, añade interpretaciones, palabras, recuerdos, y omite fragmentos de

---

<sup>120</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, pp. 51-52.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 52.

instantes sensitivos condenándolos al olvido. Los sentidos no hacen más que sentir y transmitir impulsos a la piel donde explotan en reacciones fisiológicas: dilataciones, contracciones, emisiones sonoras, flujos de sangre, palpitaciones, pero no son estas estimulaciones corpóreas las que introducen ficciones en el mundo, somos nosotros que, intentando expresar nuestras impresiones generamos conceptos falaces y argumentos ordenados que no corresponden de ninguna manera a la vorágine de energías recibidas por el cuerpo. Se ha dejado de hacer experiencia del mundo para reducirlo a conceptos.

La verdad es por lo tanto resultado de la ‘traducción’ interpretativa y lógica de la sensación a términos conceptuales. Hemos tenido que buscar acuerdos para poder referirnos a ‘sensaciones universales’ a través de designaciones comunes. Nos hemos habituado a emplear estas designaciones y el hábito nos ha conducido a pensar gramaticalmente mucho más que instintiva u oralmente. “El mayor trabajo de los hombres hasta el momento ha sido ponerse de acuerdo entre sí acerca de muchas cosas y establecer una *ley de acuerdo común*, sin saber si estas cosas son verdaderas o falsas.”<sup>122</sup> No poseemos, sin embargo, ningún órgano para descubrir verdades, simplemente creemos encontrarlas en la medida en que la comunidad acepta ciertos referentes conceptuales y por lo tanto los conceptos se vuelven útiles para la sociedad.

La Verdad no es entonces algo que pueda realmente descubrirse a partir de la observación, o con el uso de ciertos métodos. La verdad no se descubre porque no preexiste. La verdad es creada por necesidad; es lo que nos permite ordenar y dotar de sentido al mundo. Y, en tanto creada, la verdad es una mentira, una figura inventada, una imagen que se ha olvidado que es una imagen. Sólo gracias al olvido se puede creer haber alcanzado la verdad.<sup>123</sup> La Verdad es una ilusión que ha llenado todos los discursos y por lo tanto se ha vuelto irrefutable; no obstante, señala Nietzsche, algo puede ser irrefutable más no por eso es ya

---

<sup>122</sup> Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 159.

<sup>123</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, p. 21.

verdadero. Los discursos que apelan a la verdad son únicamente un conjunto de opiniones comunes, preestablecidas a partir de acuerdos previos, de civilizaciones anteriores. Ni el 'discípulo del conocimiento', ni el hombre de ciencia, pretenden contradecir o refutar las verdades resueltas, únicamente buscan y aceptan aquellas verdades que complementan a la suya, a partir de las cuales pretenden haber adquirido mayores saberes. Sin embargo, con este desarrollo conceptual en realidad no se llega a conocer nada, pues las argumentaciones con las que se defiende cada nuevo descubrimiento verdadero, se limitan a continuar dentro del sentido de la verdad más próxima anterior a ella y no contienen nada realmente valioso para la 'Verdad', sino sólo sentencias puramente prácticas dentro del ámbito humano y por lo tanto ilusorio.

El mundo es una gran fantasía y el hombre es una ficción aún más grande, sumergida dentro de aquella otra que representa su universo. El mundo aparente es por lo tanto el único existente. El mundo entero es una mentira; hecho de añadiduras y censuras de hombres igualmente mentirosos,<sup>124</sup> instruidos dentro de esa gran falsedad. No obstante, el hombre se empeña en encontrar verdades y sólo cree en aquello que puede comprobar. La lógica argumentativa ha trascendido los valores de tal forma que el concepto se ha situado en el lugar supremo, antes ocupado por los mitos y por dioses, ahora es llenado por una palabra: verdad, la cual tiene prohibido realizar actos de fe, ya que debe guiarse únicamente por el razonamiento.

El ateísmo incondicional y sincero (y su aire es lo único que respiramos nosotros, los hombres más espirituales de esta época) no se encuentra, según esto, en contraposición a aquel ideal ascético, como a primera vista parece; antes bien, tan sólo una de sus últimas fases de desarrollo, una de sus formas finales y de sus consecuencias lógicas internas, es la *catástrofe*, que impone respeto, de una bimilenaria educación para la verdad, educación que, al final, se prohíbe a sí misma la *mentira que hay que creer en Dios*.<sup>125</sup>

---

<sup>124</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 52.

<sup>125</sup> Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 202.

#### 4.1.2 Lógica y retórica

La depreciación de los lenguajes fisiológicos es consecuencia de la propia desvalorización del cuerpo que, al ser considerado 'mentiroso', convierte a todo lo proveniente de él, en algo falso. El discurso lógico, calificado en oposición al mundo irracional e 'inconsciente', es decir, el mundo mutable, se convirtió, gracias al hombre, en una gran ilusión creadora de imágenes permanentes (conceptos). La razón y la consciencia le permiten al hombre estructurar formas rígidas que le dan la oportunidad de otorgar sentido epistemológico a aquello que no lo tiene y de esta manera convertirlo en algo comprensible y abstracto. Nietzsche entiende este movimiento como una transferencia de lo extraño a lo propio, por ello señala que todo discurso es metafórico, es decir, la designación de lo real a partir de lo irreal. Dichas consideraciones le permiten estudiar una vuelta a la retórica, y plantear un lenguaje activo. Hacer de la palabra una acción del que habla y afirma, y no una mera reacción pasiva del que escucha. Nietzsche se percató de que, en realidad, el lenguaje es trópico, debido a que en el fondo todo concepto y toda oración tienen una mínima relación con lo verdadero y son, más bien, figuras, literatura.

La 'esencia' de las cosas está lejos de aparecer a través de la palabra, por lo que se puede decir, de acuerdo a lo que el propio Nietzsche afirma, que finalmente no se instruye ni se llega a conocer por medio de las estructuras lógicas argumentativas; ellas sirven solamente para transmitir interpretaciones formales y generales. El lenguaje solamente designa relaciones entre las cosas y lo percibido de ellas, es decir, interpretaciones. Desde el punto de vista de las interpretaciones, pierden consistencia la Idea, la Verdad, la cosa en sí, pues detrás de cada interpretación se adivina algo equívoco, un *precursor oscuro*.

¡En primer lugar, un impulso nervioso extrapolado en una imagen! Primera metáfora. ¡La imagen transformada de nuevo en un sonido! Segunda metáfora. Y, en cada caso un salto total desde una esfera a otra completamente distinta.<sup>126</sup>

Es bien sabido el rechazo de Nietzsche a los llamados ‘hombres de ciencia’, para quienes sus discursos se encontraban lo más cercano posible a lo ‘natural’ por ser más claros y precisos que los discursos trágicos o poéticos. Al no estar cargado de opiniones ni ornamentos retóricos, tan característicos de la épica y la lírica antiguas, el discurso lógico, pensado como más objetivo, resulta sin embargo, mucho más burdo y grosero, pero no por ello menos ficticio. Comparados con los poetas trágicos, “[...] somos mucho menos brillantes y más abstractos”.<sup>127</sup> La institucionalizada objetividad permite creer que se sabe algo certero de las cosas cuando se habla de ellas a partir de los ‘grandes conceptos’. Pero esta objetividad no es más que un revestimiento metafórico. El engaño de la razón consiste en creer que sus argumentaciones proceden de la comprensión de causas fuera de nosotros, cuando no poseemos más que metáforas de las cosas.

Somos seducidos por los errores de la razón y estamos atrapados en las redes del lenguaje, pues «cada palabra es una máscara» y lo que produce el lenguaje no es más que un falseamiento de la realidad [...] nuestro conocimiento no crea más que ficciones. Nuestra creencia en el conocimiento se quiebra cuando reconocemos que todo concepto es una metonimia y que todo tipo de inferencia causal es pura «mitología».<sup>128</sup>

Los modelos que pretenden apartar a la retórica del ámbito de la verdad son el producto de hombres que no recuerdan que la palabra, y con ella los discursos y los conceptos; es una ilusión que hace mucho tiempo se olvidó que lo es.<sup>129</sup> La discontinuidad entre la antigua oralidad y nuestros razonamientos gramaticales, radica precisamente en que ya no se pretende seducir al oído o persuadir a los sentidos, sino únicamente mantener el encadenamiento del sentido de una idea para poder seguir afirmándola dentro de una misma dirección, y poder sostener

---

<sup>126</sup> Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, p. 22.

<sup>127</sup> Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*, p. 91.

<sup>128</sup> *Ibid.* p. 60.

<sup>129</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, *passim*.

cierta 'verdad'. El surgimiento de la palabra que cautiva tiene que ser sensual y por ello proveniente de la pasión corporal; mientras que la palabra que argumenta únicamente tiene que ser lógica, es decir fría, racional, objetiva y alejada de toda pasión. Creer en la verdad de la palabra nos conduce a mantener la fe en los trasmundos, a conservar ideales, a ser ascéticos. La conceptualización a través de términos lingüísticos presupone la existencia de una característica esencial a partir de la cual es posible englobar determinado número de elementos y, al hacerlo, suprimir toda particularidad y diferencia entre ellos. "Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática."<sup>130</sup>

Distinta a los modelos conceptuales, la retórica permite la pluralidad, deja abierto el lenguaje y no lo convierte en un esqueleto conceptual, sino en un cuerpo vivo que cambia y constantemente aparece y desaparece, surgiendo a partir de impresiones o sensaciones que explotan en intensidades intempestivas y fugaces para perderse nuevamente en el olvido y así poder resurgir con otra fuerza cada vez. Para Nietzsche la falsedad de los conceptos no es una cualidad negativa; por el contrario, es una instancia afirmativa e incluso necesaria para la vida. Aun la lógica, con su pretensión de realidad verdadera es favorable.<sup>131</sup> Sin una medida que permitiese al hombre estructurar un mundo, éste no podría mantenerse vivo; por lo que negar la ficción es negar la propia vida.

Consciente de la verdad intuida, ahora el hombre ve en todas partes únicamente lo espantoso o absurdo del ser [...] Aquí en este peligro supremo de la voluntad, se aproxima a él el *arte*, como un mago que salva y cura: únicamente él es capaz de retroceder esos pensamientos de náusea sobre lo espantoso o absurdo de la existencia convirtiéndolos en representaciones con las que se puede vivir [...].<sup>132</sup>

---

<sup>130</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 55.

<sup>131</sup> "El concepto de fuerza es *victorioso* por naturaleza, porque la relación de la fuerza con la fuerza, tal como está entendida en el concepto, es la de la dominación: de dos fuerzas en relación, una es dominante, la otra dominada." [Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, p. 75] Sin embargo, la topología de las fuerzas no tienen un valor pre-asignado, sino que su valor se asigna a partir de la relación entre las propias fuerzas, que permanecen indeterminadas hasta que aparece un elemento interno, es decir, la voluntad de poder que es la que genera su cualidad (activas o reactivas), su sentido (afirmativas o negativas) y su cantidad de diferencia (dominantes o dominadas).

<sup>132</sup> Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, p. 81.

Suprimir el lenguaje retórico representa la clausura de parte importante de los procesos vitales que no pueden persistir sin ayuda de la ilusión. La verdad se convierte, en este punto, en problema, debido a que, tal y como la plantea la metafísica tradicional, no admite el cambio, pero al confrontarla con el movimiento es preciso que se pongan en duda todos sus valores preestablecidos, y con ellos cualquier mundo superior. “El valor de la verdad debe ser puesto en entredicho alguna vez, por vía experimental”.<sup>133</sup>

Nietzsche enseña que el cuestionamiento que debe realizarse ante cualquier lenguaje o discurso es: “¿hasta qué punto favorece la vida, conserva la vida y el tipo?”<sup>134</sup> Su preferencia por el lenguaje retórico se debe a la vitalidad que lo preña y le ayuda a retomar al cuerpo, revalorizarlo y restituirle su potencia para expresarse. El hombre es un creador de ilusiones, un intérprete que precisa de formas para poder crear conceptos y valores, sólo que ha olvidado el origen no solamente de sus palabras, sino de su conciencia, de su alma y de su pensamiento abstracto, los cuales son también síntomas e impulsos del cuerpo que desbordan a los conceptos, los cuales son la ‘sombra’ de la sensación. Los conceptos suprimen demasiado, simplifican, generalizan.<sup>135</sup>

#### 4.2. La educación y sus implicaciones en el conocimiento y la valoración

Educados bajo principios lógicos, los hombres aprendimos a colocar la razón por encima de todo lo demás, a tal grado que, considerándonos los seres más racionales sobre la tierra, nos situamos, erróneamente, en la cúspide de una jerarquía, por encima de toda naturaleza, sólo por suponernos más sabios y por lo tanto dotados para decidir por todos los seres, aún sin cuestionar el origen y el riesgo de los excesos de la inteligencia. Acostumbrados a no cuestionar, a creer

---

<sup>133</sup> Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*, p. 175.

<sup>134</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 160.

<sup>135</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 248.

en la Verdad, aprendimos los errores del pasado. De la doctrina socrático-platónica aprendimos y enseñamos una realidad incompleta, idílica, estrictamente racional; aunado a ello, nos ha sido preciso dotar a las cosas con propiedades falsas, con el fin de poder conocerlo todo pura y absolutamente, en una palabra: lógicamente. Venerada la razón como el valor más alto, se consideró natural dirigir el estudio y la educación con fin hacia su desarrollo, dejando de lado las funciones del cuerpo y cancelando toda confianza en el instinto.

El hombre comenzará su educación aprendiendo lo que es la cultura, no aprenderá lo que es la vida, y con mayor razón ignorará la experiencia de la vida. Esta ciencia de la cultura le será infundida al joven bajo la forma de ciencia histórica, es decir, su cerebro será rellenado de una enorme cantidad de nociones sacadas del conocimiento indirecto de las épocas pasadas y de los pueblos desaparecidos, y no de la experiencia directa de la vida.<sup>136</sup>

La sociedad promueve el 'progreso' a través de la razón, con el propósito de adquirir ventajas y privilegios, es decir, adornos y comodidades para el hombre que cuestan muy caro a la vida y que nos convierten en hombres débiles y faltos de actividad.<sup>137</sup> Querer el conocimiento puro se convierte, en este punto, en el anhelo de nada, en quietud que sólo observa y analiza, pero no cambia, no vive. Si el hombre que pretende el conocimiento puro alcanza la Verdad superior, entonces ¿qué buscaría?, ¿cuál sería su objetivo? Los hombres anhelantes de conocimiento se mantienen en un perpetuo estudio contemplativo, pasivo, reactivo. Desear la Verdad absoluta se convierte en una forma que impide la actividad en el hombre, que le priva de su instinto de crear; el conocimiento, que es también una expresión de voluntad de poder, de vida, termina por negar a la propia vida y suprimir el poder. "El conocimiento mata el obrar, para obrar es preciso hallarse envuelto por el velo de la ilusión [...]".<sup>138</sup> La educación se da dentro de un sistema que enseña a negar y a ser uniforme antes que cualquier otra cosa; nos convierte en seres automáticos, carentes de creatividad e

---

<sup>136</sup> Nietzsche, F. *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida*, p. 163.

<sup>137</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 81.

<sup>138</sup> Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, p. 80.

incapaces de generar imágenes por nosotros mismos. Esta formación está basada en la supresión del instinto y de las capacidades creativas, en el aburrimiento y la indolencia que se permite con la excesiva comodidad; para ser efectiva es reforzada con el principal concepto moral: el deber.

#### 4.2.1 Los valores

El intelecto se desarrolla a partir de la actuación, primero se finge lo que no se es, hasta que se termina por adoptar la postura simulada y uno se convierte en aquello que representa. Esta mentira consiste entonces en actuar *como si...* engañándonos y también engañando a otros, al dotarnos de cualidades fascinantes que encubren toda carencia. Así, el engaño termina convirtiéndose no sólo en verdad, sino en un sincero anhelo de verdad. De esta forma también se han creado muchos valores, primero haciendo como si algo realmente fuese importante, hasta que finalmente llegó a serlo. Resulta pues, que tanto el intelecto como el valor son producto de nuestra necesidad de sobrevivir. El bien y la verdad son producto de una creencia masificada, de la búsqueda de una utilidad común. El bien de los más se convirtió en 'El Valor', que no es más que una convención de los iguales que aprenden a sacar provecho de cada cosa y enseñan a los otros a valorar su propia utilidad. Por eso Nietzsche dice que la justicia es un valor completamente inalcanzable y totalmente falso que varía de acuerdo a cada época y circunstancia.

No sólo la utilidad y el placer, sino todo tipo de instintos tomaron partido en la lucha por las «verdades»; la lucha intelectual se convirtió en ocupación, atracción, profesión, deber, dignidad: el conocimiento y la aspiración a la verdad encontraron finalmente su lugar, como una necesidad entre otras. A partir de aquí, no sólo la creencia y la convicción fueron un *poder*, sino también la prueba, la negación, la desconfianza, la contradicción; todos los «malos» instintos quedaron subordinados al conocimiento, puestos a su servicio,

recibiendo así el prestigio de lo permitido, distinguido, útil y, a la postre, el aura y la inocencia de lo *bueno*.<sup>139</sup>

Al comprender que ningún valor es un valor en sí mismo, sino sólo la apreciación de un elemento útil, resulta absurdo enunciar una moral suprema que sugiera ser el camino hacia lo realmentepreciado; es también absurdo enunciar un deber ser, pues en realidad la tipología de caracteres no puede ni debe suprimirse, quien diga que se debe ser de un modo u otro está enfermo, cargado de pesados deberes que le cancelan. Toda moral es una jerarquía de los valores que pretende convertirse en la regidora de todos los hombres; una escala que ordena las necesidades de la comunidad, lo que beneficia. La moral enseña al hombre a ser parte de un rebaño.<sup>140</sup>

Si bien hoy se ha conquistado un tipo de sabiduría diferente a la de épocas remotas en las que las luchas cuerpo a cuerpo implicaban dolor y crueldad, desde la perspectiva de Nietzsche tal sabiduría no garantiza ningún progreso, sólo un cambio en las valorizaciones, puesto que se dice 'humanizado' en el sentido de la dudosa distinción entre lo justo y lo injusto, lo negligente de lo correcto. Esta civilización de la justicia nos ha obligado a aceptar con tal naturalidad los castigos y sanciones, que pareciera que lo punitivo es inherente a nuestros seres; hemos olvidado que la justicia sólo es el resultado de una inteligencia forzosamente desarrollada, que ha debido castigar al fuerte para poder alimentar y conservar al débil, y ha logrado implementar en todos la creencia firme de juzgar y sentenciar.<sup>141</sup> Hoy se ha perdido el derecho y la capacidad de crear nuestras propias leyes, de determinar nuestra alegría y tristeza, de vivir con nuestras potencias al máximo. Tal parece que estamos convencidos de que formarse un propio ideal es idolatría y pérdida de tiempo, pues los otros ya han inventado lo que vale la pena, los otros ya han descubierto el camino, nosotros sólo debemos

---

<sup>139</sup> Nietzsche, Friedrich. *La ciencia jovial*, p. 205.

<sup>140</sup> Cf. *Ibid.* p. 210.

<sup>141</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 82.

seguirlo para poder alcanzar nuestro objetivo: algún día llegar a conocer más. La intención es nuevamente conservar, alimentar a la misma gran estructura antivital.

#### 4.2.2 Cuerpo e instinto

El impulso sensitivo se despliega sobre el hombre como un flujo de velocidades y fuerzas indescifrables que al traducirse en pensamientos se pierden para siempre en un abismo ilusorio y fantástico de definiciones. De acuerdo a la propuesta nietzscheana, la ilusión no es un aspecto deleznable; por el contrario, es una cualidad necesaria para la vida, pues se trata del medio por el que nos conservamos en la acción, ya que la ilusión está al servicio de la vida. La ilusión, que con Nietzsche hay que comprender como ficción, nace en los juegos afectivos, justo allí, en los entramados de las fuerzas, en la constitución incesante de los cuerpos.

Nietzsche denuncia que la mayoría de los hombres prefiere mantener su cuerpo al margen de la vida, atados a la creencia de que cualquier inclinación hacia el instinto es una enfermedad, un acto vergonzoso. Al postergar el cuerpo y contener los instintos vitales, los hombres son incapaces de darse cuenta de que las pulsiones mismas son las que interpretan el mundo y que de ellas proviene todo saber y conocimiento. Estos enfermos son los que han mantenido el dogma de la maldad y la censura, ellos son los injustos que enseñan a otros a ser injustos, que reprimen al hombre sano y le impiden afirmarse en sus inclinaciones, haciéndole creer que todo lo que desea es producto de su esencia malvada. Por eso los placeres de la carne traen consigo tanto sufrimiento.

La conciencia mata el instinto que es la manifestación de la fuerza vital, deseo de actividad, anhelo que al verse contenido se vuelve hacia adentro y enferma al cuerpo. Los instintos se destruyen cuando no pueden realizarse, pues ellos mismos son voluntad activa que se ha visto cancelada por una voluntad reactiva.

La conciencia es una de las ficciones más desfavorables para el cuerpo, si bien es su propia obra; ella es reactiva, y su dardo más venenoso es el que nos impide amar con todas las fuerzas, pues amar es un movimiento activo cuando no está sometido a la razón. Amar razonablemente es ya una incapacidad: la incapacidad para crear belleza. Así muere el artista y nace la ciencia. “Desde que se obliga a alguien a no amar de una manera absoluta, se ha cortado la raíz de su poder; desde entonces se secará, es decir, ya no será sincero.”<sup>142</sup>

### 4.3 El desarrollo de la ciencia

Del miedo, que surge con la moral, y de la culpa nacen todas las religiones y doctrinas de la decadencia. “Del miedo brotó también mi virtud, la cual se llama: ciencia.”<sup>143</sup> La época trágica se llevó consigo todo arte del placer, todo gozo por el simple acontecimiento. La muerte de la tragedia permitió el desarrollo de las ciencias que buscan el ‘progreso’, ya que con él se cree haber alcanzado un estadio más alto en la escala del ser, los hombres se contemplan entonces más cercanos a la pureza divina. La ciencia conduce hacia caminos vacíos y tortuosos. El cuerpo sufre, la fisonomía se contempla con desprecio, desde lejos y sólo con el afán de llegar a comprenderlo para poder dominarlo y minimizar sus procesos. La humanidad sufre: sufre la muerte, la vida, el cuerpo, el alma, y no lo soporta. Dios parecía ser la cura para la desdicha, la vía hacia la vida eterna, pero resulta ser sólo un discurso lejano, desierto para aquellos que alejados de la fe ya no encuentran en él consuelo, para aquellos intelectos demasiado desarrollados que no quedan satisfechos con sólo creer en lo inverosímil. El discurso religioso deja de ser suficiente y creíble.

Nietzsche señala el poderío conquistado por la ciencia una vez que el pensamiento había desplazado la hegemonía de los valores trascendentes

---

<sup>142</sup> Nietzsche, F. *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida*, p. 134.

<sup>143</sup> Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, p. 410.

centrados en el concepto de Dios. La ciencia, dice, se ha convertido en un nuevo escondite, en una nueva esperanza de salvación. Toda incredulidad, mala conciencia, ignorancia, sufrimiento, insuficiencia, ausencia, es ocultada por el saber científico. Los mejores estudiosos se ocupan día y noche en encontrar justificaciones cada vez mejores y más refinadas, más irrefutables para poder mantener los 'ojos cerrados'. Para poder subsanar a los lisiados de la sociedad se tiene a la ciencia como medio para 'aturdirse a sí mismo'.<sup>144</sup> A pesar de que los hombres de la razón se creen cada vez más cercanos a la Verdad y alejados de toda falsa ilusión, no hacen más que reposar sobre otro tipo de fe metafísica. A pesar de que se llamen ateos, sus principios reposan sobre los mismos supuestos de los que parte toda fe en Dios y la verdad sobre los trasmundos. A pesar de que los doctos creen encontrarse muy lejos de toda la fe ascética, su ciencia reposa sobre los mismos principios de ese ideal: empobrece y enferma a la vida, niega el instinto; afirma, sentencia y juzga seriamente.

Aquel ideal es precisamente también su ideal, ellos mismos, y acaso nadie más, lo representan hoy, ellos mismos son su más espiritualizado engendro, su más avanzada tropa de guerreros y exploradores, su más insidiosa, delicada, inaprensible forma de seducción [...] Se hallan muy lejos de ser espíritus libres: *pues creen todavía en la verdad.*<sup>145</sup>

Enfatiza que la verdad se ha convertido en el elemento primordial de esta nueva religión científica, a partir de la cual se adquieren conocimientos de manera inmoderada y se sostienen discursos ficticios elevados a la categoría de verdaderos. Esta necesidad de verdad es reflejo de la creencia ciega en el conocimiento que alimenta a los hombres haciéndoles pensar que con el entendimiento del mundo la vida quedará resuelta y descifrada, por lo tanto su existencia será susceptible de modificación y mejoramiento; este es el mismo principio acariciado por Sócrates. Esta excesiva fe en el conocimiento representa en sí misma un gran peligro para la vida, ya que provoca el fin de la creación

---

<sup>144</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 189.

<sup>145</sup> *Ibid.*, p. 191.

artística, pues limita a la búsqueda de la verdad. La vida, concebida por los hombres de ciencia como algo que no vale nada, aparece nuevamente mermada en sus potencias, contenida ya no sólo por la moralidad cristiana, sino también por el dogma científico.

La ciencia y el arte se excluyen: desde este punto de vista resulta significativo que sea Sócrates el primer gran heleno que fue feo; de igual manera que en él propiamente todo es simbólico. Él es el padre de la lógica, la cual representa con máxima nitidez el carácter de la ciencia pura: él es el aniquilador del drama musical, que había concentrado en sí los rayos de todo arte antiguo.<sup>146</sup>

Al oponerse al arte, la ciencia se opone a la vida; es otro síntoma de la enfermedad del hombre, de su falta de ánimo y coraje para la vida. Los griegos de la época mítica deseaban vivir, sin importarles que para ello se necesitara la mentira; Sócrates no quiere el engaño y de esa forma prefiere no vivir. El conocimiento de nuestra cultura no nos convierte en hombres vivos, dice Nietzsche, al contrario, lo único que tenemos es el puro conocimiento de una cultura y no la cultura viva.<sup>147</sup> Todos los pueblos y todos los hombres necesitan conocer en cierta medida su pasado y su origen; sin embargo, el exceso de estos estudios se convierte en la mera contemplación de los acontecimientos, en un saber que se estudia, pero no experimenta. El hombre sólo aprendió a conocer, pero nunca aprendió a vivir ni a olvidar.

La ciencia afirma la existencia de un mundo causal, ordenado, comprensible, estructurado, lineal; un mundo que puede conocerse y aprehenderse. Al afirmar los científicos su propio universo descubierto, niegan los enigmas del universo. Toda la ciencia es el desarrollo lógico argumentativo de los conceptos creados con ayuda del lenguaje, a partir de los cuales nos hemos figurado un mundo, sostenido a base de la pura fe en estos conceptos e interpretaciones. Así, la ciencia no hace más que acomodar y reacomodar los conceptos en un '*gran colmenar*' en el que

---

<sup>146</sup> Nietzsche, F. *Sócrates y la tragedia*, en Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, p. 238

<sup>147</sup> Cf. Nietzsche, F. *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida*, p. 112

se esfuerza por ordenar el mundo, visto desde una perspectiva humana. Por este motivo, la gran estructura científica puede sostenerse introduciendo nuevas categorías o conceptos, pues todas ellas parten de un mismo principio prefijado en el que el hombre sólo descubre aquello que le es permitido descubrir, aquello que encaja en lo que él mismo ya ha descubierto y aceptado antes. Esto conduce a la ciencia a no ser más que un acuerdo entre hombres, una *democracia*.

El hombre se ha convencido con la claridad necesaria de la consecuencia, ubicuidad e infalibilidad de las leyes de la naturaleza; y ha sacado esta conclusión: aquí, cuanto alcanzamos en la alturas del mundo telescópico y en los abismos del mundo microscópico, todo es tan seguro, tan elaborado, tan infinito, tan regular, tan exento de lagunas; la ciencia cavará eternamente con éxito en estos pozos, y todo lo que encuentre habrá de concordar entre sí y no se contradirá.<sup>148</sup>

#### 4.3.1 Historia y cultura

La sociedad está formada por una cultura muerta, estudiosa y racional que conviene democráticamente los usos y desusos de verdades y conceptos. De este modo toda cultura está basada en el conocimiento de la historia, es decir, en la búsqueda y uso de términos y verdades previamente establecidas por hombres más antiguos. Búsqueda que no hace más que debilitar la vida y alimentar la creencia en la caducidad y la 'vejez humana',<sup>149</sup> convicción que repercute en la falta de creatividad, pues se considera que todo ha sido ya creado (herencia de la religión, para la que todo fue creado 'en un principio'). La fe en el conocimiento histórico nos obliga a prejujgar, a disminuir lo venidero, a tratar de vivir hacia atrás, sin llegar jamás a sentir el presente, pues se cree que al dilucidar todo pasado se llegará a comprender todo presente y a mejorar por ello todo futuro.

---

<sup>148</sup> Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, p. 31.

<sup>149</sup> Cf. Nietzsche, F. *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos, para la vida*. pp. 118-141.

El hombre no mítico, completamente abstracto, carece de toda figura luminosa, como eran los olímpicos, por ello tiene necesidad de andar buscando en todos lados, ciencia o religión, algo que lo alimente.

El hombre no-mítico está, eternamente hambriento, entre todos los pasados, y excavando y revolviendo busca raíces, aun cuando tenga que buscarlas excavando en las más remotas Antigüedades. El enorme apetito histórico de la insatisfecha cultura moderna, de coleccionar a nuestro alrededor innumerables culturas distintas, el voraz deseo de conocer.<sup>150</sup>

#### 4.4 Arte

La ciencia mató al arte y así destruyó toda belleza, la vida se convirtió en un espectro feo y desagradablemente lógico. En la actualidad se vive dentro de una superficialidad intelectual, en una ilusión conceptual, que como tal necesita del arte, pero que lo niega. La naturaleza nos muestra constantemente que no podemos conquistar ningún saber absoluto sobre ella; sin embargo, nos empeñamos en descubrirla y para ello solemos apropiarnos de ciertas imágenes, de las palabras, los conceptos y del lenguaje en general, ya que con él desarrollamos nuestro conocimiento. El lenguaje moderno es el desarrollo estético de las figuras-palabras hasta llevarlas al punto de su petrificación en conceptos, en las argucias de un arte muerto: la gramática. La petrificación del único arte conservado lo convierte en un arte degenerado que no permite la creación, sino que se vuelve moral y apela al conocimiento; se convierte en una voluntad que tiende a destruirse, al proteger las figuras menguadas y enfermas de la vida. Pero, “el artista, a diferencia de los científicos y los filósofos, actualiza las cosas en su vitalidad individual, pues no forma conceptos muertos, sino imágenes vivas”.<sup>151</sup>

Un verdadero artista precisa de una fuerza y un ánimo sano y vital que lo conduzcan a la superación de lo terrible, a la afirmación máxima de su poder

---

<sup>150</sup> Nietzsche, F. *El nacimiento de la tragedia*, p. 190.

<sup>151</sup> Nietzsche, Friedrich. *Escritos sobre retórica*, p. 41.

sobre las cosas para poder transformarlas en bellas cosas; necesita del olvido para poder crear y no copiar, no aprender, sino hacer nacer nuevas figuras. “La belleza comienza en todas las artes sólo cuando la pura lógica es superada.”<sup>152</sup> La creación no puede partir del conocimiento como pensaba Aristóteles,<sup>153</sup> tampoco de la transmisión de saberes a través de formas preestablecidas como estéticamente bellas; la creación es un proceso complejo, doloroso, amoroso, que implica una donación, una pérdida del propio ser con lo creado, una ‘metamorfosis de las fuerzas’.<sup>154</sup> El artista es un hombre fisiológicamente fuerte y estimulado, vivo, semejante a un animal sensual, solapado y mentiroso, pues le resulta imposible distinguir entre las apariencias y lo verdadero.

Los artistas son una especie intermedia; al menos establecen una metáfora de lo que debe ser, son productivos en cuanto que cambian y transforman realmente; no como el hombre de conocimiento, que todo lo deja como está.<sup>155</sup>

Para transformar se necesita ser artista, dotar de belleza al mundo, ponerlo en movimiento. Prestamos a las cosas nuestras propias dotes, nuestra fuerza y jovialidad o nuestra carencia y cansancio. Cuando tenemos un excedente de fuerzas, una sobreplenitud, tenemos entonces la capacidad de dar forma al mundo, de crear grandes obras, al otorgarnos a nosotros mismos, pues somos ya obras bellas y por ello emanamos belleza. La plenitud y la fuerza son los elementos necesarios para el desarrollo de todo arte genuino, para el embellecimiento del mundo y una santificación de la mentira como medio para el gozo; por lo tanto, la carencia y la debilidad son los móviles para el desarrollo de todo arte ‘romántico’ y fútil, que pretende ocultar la realidad porque no le satisface, de aquel arte que engaña por cobardía a través de una gran ilusión, que pretende ser verdad; mientras que el arte ‘verdadero’ no oculta el horror ni salva de la náusea. Nietzsche insiste en que es preciso analizar el arte de cada época y cultura para poder descifrar el impulso de su acontecer. “«¿Es el arte una

---

<sup>152</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 81.

<sup>153</sup> Cf. *Ibid.*, p. 133.

<sup>154</sup> Cf. *Ibid.* pp. 39-64.

<sup>155</sup> *Ibid.*, p. 147.

consecuencia de la *insatisfacción por la realidad*? ¿O una expresión del reconocimiento *por la felicidad gozada?*»<sup>156</sup>.

La *poiesis* es belleza, poder, fuerza y afirmación; mientras que lo feo es lo opuesto a ella, lo débil y agonizante. La afirmación de la fuerza consigue convertir al mundo en algo bello. La belleza así surgida, es resultado de un aumento en la potencia que intensifica a la voluntad y regocija. La fealdad permanece tal cual porque carece de poder para otorgarse belleza: lo feo disminuye el poder. El hombre que se encuentra frente a lo feo se derrumba, se pone en peligro y se debilita a causa de la impotencia de transformar.<sup>157</sup> Lo bello es por sí mismo un estimulante para la vida y para el cuerpo; sin embargo, lo feo también posee cierta fuerza que nos hace desear, como enfermos, la violencia contra nosotros mismos, una crueldad que daña, pues sólo en estas pulsiones se logra encontrar aún un “sentimiento de poder” sobre nosotros mismos.<sup>158</sup> “En general cuando el hombre está deprimido es que ventea la proximidad de algo «feo». Su sentimiento de poder, su voluntad de poder, su coraje, su orgullo, todo eso baja con lo feo, sube con lo bello.”<sup>159</sup>

Entonces podemos preguntarnos, al igual que Nietzsche, ¿por qué la fealdad en el mundo? Probablemente la fealdad sirva como tónico para la creación. Una imagen, una figura; todo se vuelve feo con el tiempo, pierde sentido, la fealdad, en este caso, puede ser un indicador de que se precisa una renovación; de ese modo la fealdad se convierte en un estímulo para la creación. Toda fealdad perturba, enoja, molesta, por ello mismo desea producir belleza; el problema con la fealdad moderna es que es una fealdad ordenada, estructurada de acuerdo a los cánones estéticos de la armonía, pero ya no es producto de ninguna sobreabundancia, sino de una carencia. En nuestros días —escribe con frecuencia Nietzsche— se tiene

---

<sup>156</sup>*Ibid.*, p. 39.

<sup>157</sup> La fealdad indica el desprecio por la vida, no la falta de simetría y proporción estéticas.

<sup>158</sup> Cf. *Ibid.*, *passim*.

<sup>159</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 105.

una necesidad extrema de belleza, pero esto se debe sólo a que nos hemos vuelto incapaces de crearla.<sup>160</sup>

La formulación de las fuerzas activas y reactivas en el terreno de lo bello y lo feo, da a su pensamiento un matiz artístico muy sugerente para las filosofías post-nietzscheanas que han reformulado las relaciones entre lo apolíneo-dionisiaco. Cuando afirma que toda belleza posee en el fondo algo horrible, caótico, abismal, no dice otra cosa que la experiencia bella es una experiencia de la cosa a través de una forma falsa que le otorga armonía. El artista debe ser fuerte para poder mirar lo terrible, poderoso para poder transformarlo y gozar incluso en el sufrimiento por el placer que otorga la capacidad de transmutarlo en algo bello.

Allí donde tropezamos en el arte con lo «ingenuo», hemos de reconocer el efecto supremo de la cultura apolínea: la cual siempre ha de derrocar primero un reino de Titanes y matar monstruos, y haber obtenido la victoria, por medio de enérgicas ficciones engañosas y de ilusiones placenteras, sobre la horrorosa profundidad de su consideración del mundo y sobre una capacidad de sufrimiento sumamente excitable.<sup>161</sup>

#### 4.4.1. Relación entre arte y ciencia

En el fondo la salud de la vida depende del arte, si éste se cancela el hombre se aleja de la vida, se aniquilan las ilusiones y se detiene la creación. La ciencia está orientada a destruir toda ilusión, es promotora del quietismo, de la nada. La ciencia es nihilista. El nihilismo hace que todo pierda su sentido, y no permite que el arte continúe creando nuevos sentidos. La vida necesita del arte, de la mirada alta, de lo noble.

El hombre noble y dotado tropieza de manera inevitable, ya antes de llegar a la mitad de su existencia, con tales puntos límites de la periferia, donde su mirada queda fija en lo imposible de esclarecer. Cuando aquí ve, para su espanto, que, llegada a estos límites, la

---

<sup>160</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, pp. 98-113.

<sup>161</sup> Nietzsche, Friedrich. *El nacimiento de la tragedia*, p. 56.

lógica se enrosca sobre sí misma y acaba por morderse la cola –entonces irrumpe la nueva forma de conocimiento, el *conocimiento trágico*, que, aun sólo para ser soportado, necesita del arte como protección y remedio.<sup>162</sup>

A lo largo del camino de la razón, el ideal ascético se ha mantenido y modificado, ha significado tantas cosas para el hombre que presenta una “realidad fundamental de la voluntad humana, su *horror vacui* [horror al vacío]: esa voluntad *necesita una meta*, y prefiere querer la *nada a no querer*.”<sup>163</sup> El nihilismo ha significado en este mismo sentido el deseo de la nada, pues la razón ha arruinado las ilusiones que permitían querer la vida y aun las ilusiones que llevan a desear el ‘más allá’. La ciencia nos convierte en frías conciencias que saben que en el mundo nada acontece de manera divina, como tampoco justa o racionalmente, que la naturaleza es inmoral e inhumana, pero aun así sentimos el deseo de venerar, pues somos indigentes en tierra infértil, en la que se ha secado todo arte, toda capacidad de crear.

El hombre, un ser inclinado a la mentira, quiere el engaño, vive del engaño;<sup>164</sup> se encuentra: “hechizado por la felicidad cuando el rapsoda le narra cuentos épicos como si fuesen verdades”.<sup>165</sup> La ciencia le arrebató la inocencia, la razón le impide seguir creyendo en mitos, en historias, en mentiras; se ha vuelto un hombre seco y triste, un hombre al que el intelecto no le permite ya ser artista, y no puede por eso comprender el mundo de otra manera. Nietzsche escribe largas páginas elogiando el olvido, al que define como una virtud, como una forma de mantenerse saludable. Pero también denuncia que el olvido no es algo frecuente, que gana con mucho el sentido histórico gracias al cual se desarrolla la memoria como una enfermedad que carcome y limita.

---

<sup>162</sup> *Ibid.*, p. 136.

<sup>163</sup> Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 128.

<sup>164</sup> V. Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 35.

## 5. Pensar desde el cuerpo

Es necesario tener coraje en el cuerpo aún sólo para soportarlo, es necesario no haber aprendido a tener miedo...  
Friedrich Nietzsche.

Las enseñanzas de Nietzsche nos permiten comprender que la ciencia y la razón nos han arrebatado no sólo la capacidad de crear, sino también la capacidad de vivir. Durante siglos se ha perseguido un sólo fin: encontrar la verdad y el conocimiento con el propósito de reducir nuestros sufrimientos y dolores, y aumentar nuestros niveles de comodidad y seguridad; sin embargo, este fin nos ha llevado a disminuir también la capacidad para la alegría y la vida. Convertidos en medianía, aletargados por una conciencia que aleja de todo lo grande, fuerte y valioso, sólo podemos conservar la vida bajo sus formas más débiles.

La filosofía misma se ha encargado de configurar valores y significados rígidos e históricos, es decir, enfermos. Nuestra ciencia, nuestras morales y religiones se han basado en supuestas Verdades universales o supremas que predicaban un sólo camino hacia el bien y lo divino; todas ellas se han instaurado como doctrinas de los valores superiores<sup>166</sup> y al hacerlo han deteriorado la vida, apagándola. Todos los valores 'superiores' nos alejan de la vida y nos hacen odiarla. Para restablecer la salud, como indica Nietzsche, es preciso abandonar la valoración tradicional y la perspectiva de la ciencia reactiva e intentar concebir una nueva interpretación del mundo: considerar a la vida como una multiplicidad de elementos. Una realidad dinámica, inacabada y diversa nos otorga la posibilidad de constituirnos y construir el mundo; es decir, de convertirnos en artistas, pues sólo es posible crear artísticamente. Reconocer la necesidad de permanecer en una continua construcción del mundo, nos permitiría restaurar nuestras potencialidades corporales y admitir una pluralidad de sentidos.

---

<sup>166</sup> Cf. Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, p. 137.

La aportación de Nietzsche consiste en una ruptura con la dialéctica hegeliana que le abre paso a la multiplicidad, desde la cual propone un pensamiento de la Tierra, activo y afirmativo, correspondiente a fuerzas creadoras. El acto de pensar no es producto de un sólo recurso, no es unívoco como había sostenido la tradición filosófica occidental, que así había monopolizado la configuración del mundo y el sentido de la vida. Pero, ¿qué sabe hoy el hombre, tras todos estos siglos de búsqueda de la verdad?, ¿cuáles han sido hasta hoy sus aspiraciones, sus victorias?, ¿cuáles han sido sus momentos de mayor gloria y felicidad? Hasta ahora el ideal ascético ha gobernado, fundado en la negación de la pujanza de nuestra existencia, regula nuestras construcciones: conocimiento, moral, religión, todas en oposición a la vida. Hemos hecho del cambio, del devenir, de la voluntad y del poder algo maldito y de esa forma hemos establecido distinciones radicales entre razón y vida. La historia del hombre es la historia de la negación, de la nada, del nihilismo.

En realidad, ¿qué sabe el hombre de sí mismo? ¿Acaso no le oculta la naturaleza la mayor parte de las cosas, incluso su propio cuerpo, de modo que, al margen de las circunvoluciones de sus intestinos, del rápido flujo de su circulación sanguínea, de las complejas vibraciones de sus fibras, quede desterrado y enredado en una conciencia soberbia e ilusa?

La conciencia nos oculta la crueldad, la insaciabilidad y todo aquello que no quiere admitir porque le desagrada. La actitud conciente ante la maldad es la indiferencia, se pretende que no existe, que no está, se prefiere ser ignorante antes que admitir algún rasgo inconciente y bestial. Entonces, “¿De dónde procede en el mundo entero, en esta constelación, el impulso hacia la verdad?”<sup>167</sup>

El hombre, sea por debilidad o por necesidad, o por naturaleza, tiende a la verdad, mas esa tendencia se realiza de acuerdo al grado de valor que tenga. La realidad es para el fuerte; el ideal para el débil. No obstante, ambos tipos de hombre, fuerte y débil, necesitan de la *mentira*, uno para conformar su realidad y el otro su

---

<sup>167</sup> Nietzsche, Friedrich. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, pp. 19-20.

idealidad. La verdad no es algo que pueda encontrarse, aprenderse o descubrirse, sino algo que se crea a base de valor y de fuerza.<sup>168</sup> En uno de sus discursos, Zaratustra afirma que: *Quien no puede mentir no sabe qué es la verdad.*

La necesidad de conformarnos un mundo que nos otorgue sentido, ha hecho del conocimiento una fuerza imponente, pues, más allá de su grado de verdad, un viejo discurso incorporado a la vida en muchos aspectos, se vuelve importante porque explica y sostiene la realidad. Así, la verdad se convierte en un conocimiento 'verdadero' tras muchos años de haberse creado, cuando se hace habitual, por lo que, erróneamente, como advierte Nietzsche, se le considera suficientemente familiar como para cuestionarla. En el fondo no se buscan verdades, sino explicaciones, que apenas son meras descripciones.

El reproche de Nietzsche a la modernidad filosófica lo lleva a resaltar los rasgos del hombre moderno, el cual es resultado de la degeneración de las capacidades naturales del cuerpo, de un excesivo temor hacia el sufrimiento y hacia lo desconocido. El debilitamiento del cuerpo dio paso al dominio de la conciencia, que tuvo que desarrollarse para salvarlo del peligro. Así desprotegido, la necesidad obligó a saber en torno a nuestros padecimientos y nuestros pensamientos. Pero el conocimiento no era suficiente, también era preciso poder expresarlo, y así se dio a la tarea de crear conceptos.<sup>169</sup> La necesidad de razón se extendió a tal grado, que pronto se convirtió en la característica principal y más desarrollada. Sócrates convertido en humanidad. Esta decadencia vista por Nietzsche explica el surgimiento de críticos que, a falta de creatividad, intentan justificar la vida a partir de aquello que es lo único que conservan y comprenden: la idea.

La vida aparece indigna ante los ojos conscientes de una humanidad enferma que pregunta: *¿Tiene algún sentido la existencia?*<sup>170</sup> Pero cualquier interrogante se ve

---

<sup>168</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 21.

<sup>169</sup> Cf. *Ibid.*, p. 351.

<sup>170</sup> Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, p.32.

sometida, aun en nuestros días, a las categorías clásicas del sentido de la historia, a partir de las cuales sólo es posible buscar respuestas desde el precedente de la carencia o de la culpa, en detrimento de la pluralidad. La solución que se le dio a este problema es la instauración de un trasmundo, un lugar más allá de lo que molesta, de lo que indigna, de lo que no nos favorece; y, con el trasmundo, un Dios capaz de prometer alguna esperanza. Luego, este espacio metafísico lo ocupó la ciencia, que no es más que un trasmundo disfrazado de conciencia, de saber, de respuestas. Esta tendencia *humana, demasiado humana*, muestra que la Muerte de Dios no garantiza el comienzo de la salud, porque Dios muere, pero su sitio es ocupado por otra figura venerada. Estos cambios son propios de una vida reactiva, que se mantiene siempre bajo las mismas formas, a pesar de incluir algunas modificaciones en el discurso. La Muerte de Dios no constituye, por sí sola, una salida, pero es indispensable para afirmar nuestra propia fuerza, una vez emancipados del sometimiento de valores trascendentes.

La muerte de Dios es un acontecimiento, pero que todavía espera su sentido y su valor. Mientras no cambiemos nuestro principio de evaluación, mientras no reemplacemos los viejos valores por otros nuevos, señalando tan sólo nuevas combinaciones entre las fuerzas reactivas y la voluntad de nada, nada ha cambiado, estamos siempre en el reino de los valores *establecidos*.<sup>171</sup>

## 5.1 El *eterno retorno* y la transvaloración de todos los valores

Hay que replantear el problema de la verdad, hacerlo un verdadero problema; también se necesita reconsiderar el pensamiento y la razón, abrir sus posibilidades, atreverse a pensar de otro modo, desde otro lugar; revisar los modos de valoración, poner en entredicho los valores establecidos, cuestionar las jerarquías que los deciden. Según Nietzsche, los valores no pueden conservarse, tienen que cambiar, porque no son universales ni eternos; es necesario indagar el motivo de su aparición, y sobre todo, preguntar si han frenado o estimulado el

---

<sup>171</sup> Gilles, Deleuze. *Spinoza, Kant, Nietzsche*, pp. 222-223.

desarrollo del hombre, si han empobrecido o enriquecido la vida.<sup>172</sup> Esto supone que no se trata de prescindir de los valores, sino de producirlos de acuerdo a otros criterios y apreciarlos en su dinámica esencial. Ningún pueblo podría vivir sin antes realizar valoraciones; mas si quiere conservarse, no le es lícito valorar como valora el vecino.<sup>173</sup>

La doctrina de la igualdad nos ha enseñado que la verdad es una y que los valores son los mismos para todos. La moral y la teoría de los valores establecieron un conformismo universal. Sin embargo, no puede haber una igualación de los valores, como tampoco puede haber una real supresión de la diferencia. Una justicia *más justa* respetaría la diferencia entre cada hombre y entre cada existencia. «los hombres no son iguales». ¡Y tampoco deben llegar a serlo!<sup>174</sup> Los hombres no deben, ni pueden realmente respetar una misma tabla de valor universal. No obstante, los fatigados, partidarios de las *doctrinas de invierno*<sup>175</sup> afirman que igual que la verdad, todos los valores ya han sido creados, de esta manera niegan toda voluntad y aseguran el triunfo de las fuerzas enfermas.

Valores milenarios brillan en esas escamas, y el más poderoso de todos los dragones habla así: «todos los valores de las cosas brillan en mí». «Todos los valores han sido ya creados, y yo soy todos los valores creados. ¡En verdad, no debe seguir habiendo ningún «Yo quiero»! Así habla el dragón.<sup>176</sup>

No se puede vivir a través de otro y tampoco se puede valorar a partir de una experiencia ajena, hacerlo sería repetir el eco de una música ya compuesta: hacernos estériles. Pero la tendencia moralizante no consideró a los particulares y se estructuró a partir de un consenso que igualó a todos, que minimizó, negó y destruyó la diferencia. La ciencia y el conocimiento se oponen a todo arte, a la

---

<sup>172</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, *passim*.

<sup>173</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, p. 99.

<sup>174</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>175</sup> Nietzsche se refiere a los sistemas acabados, estériles y secos como doctrinas de invierno.

<sup>176</sup> Nietzsche, Friedrich, *Así habló Zaratustra*, p. 54.

vida, a la voluntad, porque mantienen la creencia moralizante de la razón, para poder mantener una cuadratura en la que se pueda esquematizar su universo.

La ciencia y la razón nos han hecho creer que existen 'valores en sí', más altos y más divinos que cualquier pequeña jerarquía personal; más allegados a la pureza, a la Verdad, a la buena acción y al juicio correcto. Pero al descubrir que incluso la razón, la ciencia, Dios y la verdad no son más que ficciones, ilusiones, se cae también en la cuenta de que no hay valores superiores y puros que estemos obligados a apreciar. A pesar de eso, no se vive por sí mismo, no es posible hacerlo; tampoco se valora por sí mismo; hay una conformidad con todo lo preestablecido, un respeto por la ley del más débil, consistente en imitar, copiar, repetir, rebuznar,<sup>177</sup> decir sí incondicionalmente a aquello que se presenta. Se cree que la vida es así y que no hay nada que se pueda hacer al respecto.

Nietzsche es particularmente reacio a la gente acostumbrada a no pensar, a no sentir, a no crear ni valorar por sí misma; a aquellos incapaces de alzarse sobre la medianía, tanto que quedan paralizados por causa del miedo, temerosos a sus propias potencias. A quienes están convencidos de actuar 'naturalmente', como si sus movimientos fueran producto de sus propias afirmaciones. Hoy somos 'buenos' y 'caritativos' pero indiferentes a los problemas, al dolor, al peligro, a nuestros propios deseos, porque la carencia y el sufrimiento son dos estados que nos resultan inconcebibles, bañados como estamos en las aguas más turbias de la comodidad, en una pesadez del espíritu.

Si un hombre quisiera vivir su vida plena y completamente, si quisiese dar una forma de todo sentimiento suyo, una realidad a todo sueño propio, el mundo ganaría tal empuje de nueva alegría, que olvidaríamos todas las enfermedades medievales [...]. Pero el más valiente de nosotros está asustado de sí mismo. La mutilación del salvaje tiene su trágica supervivencia en la propia negación que corrompe nuestras vidas. Nos vemos castigados

---

<sup>177</sup> *Ibid.*, pp.423-427

por nuestras negaciones. Cada impulso que intentamos aniquilar germina en la mente y nos envenena.”<sup>178</sup>

En el prólogo de su *Zaratustra*, Nietzsche escribe: *La gente ya no se hace ni pobre ni rica: ambas cosas son demasiado molestas. ¿Quién quiere aún gobernar? ¿Quién aún obedecer?* Todos somos iguales, todos marchamos tras el mismo pastor, siguiéndolo como un rebaño. Todos somos dóciles corderos, habitantes de un mundo dominado por enfermos. Para reformar la vida, para hacernos fuertes y restituir la plenitud de la vida, se necesita hacer un desplazamiento de perspectivas, trasmutar todos los valores, destruir todas las jerarquías para construir nuevas. No obstante, para poder crear nuevamente es menester dejar atrás todo trasmundo, reconocer que el bien y el mal y todo valor son una creación, no un hallazgo; que nuestra conservación y plenitud no dependen del cielo, sino del sentido humano que somos capaces de otorgar a las cosas. Zaratustra dice que no hay mayor poder que el de las palabras bueno y malvado.

Nuestro tiempo necesita afirmarse, volver a crear, asentar nuevos valores, aunque para ello se precise aniquilar todo lo viejo, destruir todas las tablas de valor existentes hasta hoy. “Siempre aniquila el que tiene que ser un creador.”<sup>179</sup> Pero hasta hoy no hemos sido más que *bestias de carga*, la cultura nos ha impuesto, por nuestra debilidad, vivir transportando pesados bultos llenos de historia, temores, conceptos, valores enfermos que fatigan y cansan al espíritu que no se libera de ellos, porque no es capaz siquiera de notar que lleva tanto peso a cuestas. No podemos cambiar mientras llevemos esas obligaciones. Es imposible volver a crear si se tiene tanta fatiga en el cuerpo. “[...] no hay nada más opuesto al creador que el portador. Crear es aligerar, descargar la vida, inventar nuevas posibilidades de vida.”<sup>180</sup> Para recobrar la salud, y hacernos activos y afirmativos nuevamente, hay que revalorar, es decir, volver a crear, dejar de ser rebaño y

---

<sup>178</sup> Wilde, Oscar. *El retrato de Dorian Gray*, p.102.

<sup>179</sup> Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, pp. 100-101.

<sup>180</sup> Deleuze, Gilles. *Spinoza, Kant, Nietzsche*, p. 214.

cargador. Hay que llegar a ser un *espíritu libre*, porque las valoraciones universales nos mantienen separados de nuestro poder.

La tarea a la que nos incita Nietzsche es la de renunciar a todo aquello que la historia nos ha echado auestas, perder el respeto por los valores supremos. Convertirnos en feroces leones capaces de decir no,<sup>181</sup> de sacudirnos todos los valores y sentidos que se nos han impuesto desde la *cuna*. El hombre necesita aprender a amarse a sí mismo para poder vencer al *espíritu de la pesadez*. Es preciso dejar de ser cargas nosotros mismos, liberarnos e imponer nuestra propia fuerza. Sólo aquél que afirma su propio bien y su propio mal se ha descubierto a sí mismo y ha ganado el derecho de gobernarse. Sin embargo, el león no es capaz aún de crear valores, pero sí de conquistar la libertad para crear, de pelear contra todo deber y liberarse de sus pesadas cargas. El león dice: «*yo quiero*», y al hacerlo se libera de todo «*tú debes*». *El querer hace libres: pues querer es crear: así enseña Zaratustra.*<sup>182</sup>

Afirmar es crear, desplegar las fuerzas de la vida. Sólo el creador puede otorgar sentido al mundo. Mas no se puede crear a partir de la negación, aún se tiene que conquistar la afirmación y tener la fuerza de afirmar para poder crear; de otra manera lo único que se hace es asumir, asumir el valor, el sentido, el poder de otro sobre el propio poder. Para ganar la libertad y el poder de afirmar y de crear, debemos alejarnos de la lógica del beneficio y del provecho. La tradición nos enseñó que sólo lo útil es bueno. El cristianismo dice que seremos recompensados en el cielo, por ello aprendimos a actuar siempre en relación a los beneficios pero sin arriesgar nunca, sin salir de lo permitido. Ahora es tiempo de actuar sin esperar recompensas, sin temor a perder, sin la debilidad del esclavo que necesita, sino desde la fuerza del que se desborda y conquista, del que ya no necesita más que dar. *Jugar por jugar.*

---

<sup>181</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, pp.53-55.

<sup>182</sup> Cf. *Ibid*, p. 291.

### 5.1.1 Afirmación y voluntad de poder

La sociedad se desarrolló en función de la obediencia, la noción de falta y los conceptos de bien y mal; por eso el hombre se ha movido a partir de los términos de culpabilidad, odio y resentimiento. Para liberarnos de estos pesos es preciso dejar la postura de la negación y la obediencia, abandonar el sitio, el lugar de la veneración y hacernos nuevamente creadores. Afirmar es liberar, decir sí a la vida con todos sus matices, incluyendo los problemas y el dolor. Afirmar es disfrutar, gozar en el placer del devenir, en el placer de *retornar*. Afirmar es aceptar la propia diferencia, la sobreplenitud, el juego.

La *afirmación suprema*, nacida de la abundancia, es un decir sí sin reservas aun al sufrimiento, aun a la culpa misma, aun a todo lo problemático y extraño de la existencia [...] No hay que sustraer nada de lo que existe, nada es superfluo –los aspectos de la existencia rechazados por los cristianos y otros nihilistas pertenecen incluso a un orden infinitamente superior, en la jerarquía de los valores, que aquello que el instinto de *décadence* pudo lícitamente aprobar, llamándolo *bueno*.<sup>183</sup>

La afirmación es una valoración estética que nace de la actividad, que proviene de una voluntad que goza su diferencia: viene de una forma de la voluntad de poder, de la creación como devenir. Gilles Deleuze da una lectura de la voluntad de poder como elemento genealógico y genético a la vez, la síntesis de las fuerzas en relación.<sup>184</sup> La negación en cambio es el padecimiento de los valores, de la diferencia, de todo lo extraño. Por ello, la transmutación exige no un simple cambio del valor, sino un cambio de lugar, de origen. La transvaloración tiene no sólo que destruir los antiguos valores, sino también a las fuerzas enfermas, reactivas, que surgen de todo lo negativo y así restaurar la actividad de la afirmación.

---

<sup>183</sup> Nietzsche, Friedrich. *Ecce Homo*, p. 77.

<sup>184</sup> Cf. Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, *passim*.

La voluntad de poder se manifiesta en todo lo que existe, pues es creación y se revela en la capacidad de crear. Existen dos formas bajo las cuales se presenta esta voluntad, una afirmativa, que se apodera de una fuerza dominante y activa, y otra negativa que domina a las fuerzas reactivas. Hasta hoy el mundo ha sido dominado por la reacción y la negatividad. Pero ambas son inseparables, conciernen a la vida. Nietzsche propone afirmar las fuerzas activas e ir hasta sus últimas consecuencias.

Con la transmutación se cambia el origen de los valores, los cuales no surgen ya de lo negativo, sino de lo afirmativo; la vida entonces deja de despreciarse y se afirma. Pero para llegar a este punto es preciso acabar con todo tipo de moralización humana, con el *último hombre* que aún pertenece al dominio de las fuerzas enfermas que sólo reaccionan. Es necesario acabar con el nihilismo, llevarlo a su culminación para que sea él mismo quien se destruya. La negación se transforma en su punto culminante y se pasa al sitio de la afirmación: en éste momento de su transformación se convierte en la “«despiadada destrucción de todo lo que presenta caracteres degenerados y parasitarios».”<sup>185</sup>

Se precisa destruir los valores enfermos y crear unos más fuertes y vitales. Cada valoración tiene que destruir los valores antiguos. Una época más sana y más fuerte requerirá de valores más nobles, así la valoración se presenta como un movimiento de destruir y construir, pues: “el valorar mismo, ¡cómo podría ser destruido! Es la propia vida, ¡valorar!”<sup>186</sup> Cada época y cada sociedad tienen el valor que merecen. En cada valor se refleja el arte de cada pueblo. La voluntad de poder es un constante crear y destruir, necesidad de mostrar la fuerza como instinto creador. Es la tendencia hacia nuevas fuerzas, el deseo de nuevos apoderamientos que le permitan llegar hasta las últimas consecuencias de su querer. “la voluntad de poder es «caos, el primer fundamento de lo informe no es

---

<sup>185</sup> Apud. Deleuze, Gilles, *Nietzsche y la filosofía*, p. 245.

<sup>186</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 158.

materia, sino fuerza que subyace al cosmos, que precede a las formas y las hace posibles»<sup>187</sup>.

Lo que Nietzsche llama transmutación o transvaloración no es un cambio de valores, sino un cambio en el elemento del que deriva el valor de los valores. La apreciación en lugar de la depreciación, la afirmación como voluntad de poder, la voluntad como voluntad afirmativa. Mientras se permanece en el elemento de lo negativo es fácil cambiar los valores o incluso suprimirlos, es fácil matar a Dios; se conservan el lugar y el atributo, se conserva lo sagrado y lo divino [...] Pero cuando se cambia el elemento, entonces, y solamente entonces, se puede decir que se han invertido todos los valores *conocidos o cognoscibles hasta este momento*. Ha sido vencido el nihilismo: la actividad recupera sus derechos.<sup>188</sup>

En el momento en que se cambia el sentido de las fuerzas, el hombre redescubre el placer de la destrucción, desea entonces deshacerse de todo lo negativo, incluso de sí mismo; Zaratustra ama a los hombres que quieren su ocaso, pues de esa manera finalmente se estará afirmando. La transmutación otorga a la existencia el poder de afirmar, poder con el que se abre paso a la alegría del juego y del gozo en la diferencia. Se libera a la voluntad de poder<sup>189</sup> y ésta puede explorar lo que había desconocido hasta entonces: todo un universo afirmativo, una nueva forma de ser. La actividad se convierte en la cualidad de la fuerza, ahora se posee un carácter capaz de querer y de crear, pues el espíritu liberado ha conquistado su propio poder, el derecho y la fuerza para mandar; ha alcanzado la plenitud del creador y por ello puede entonces forjarse su propio valor. El hombre liberado ha conquistado el poder de gobernarse, de crear sus propios valores, no sólo se ha convertido en artista, sino también en su propio juez, capaz de crear su propia ley.<sup>190</sup>

---

<sup>187</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>188</sup> Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, p. 240.

<sup>189</sup> La voluntad de poder es la potencia de dar, de crear, de ser... Todo lo que existe posee una voluntad de poder, pues todo en el mundo desea realizarse; sin embargo, no toda la voluntad es activa-afirmativa y por lo tanto no toda voluntad puede gobernar, sino que tiene que obedecer. Hay también, voluntades enfermas, reactivas, que merman su propia potencia con tal de conservarse, voluntades que disminuyen su propio poder. ««voluntad de poder», es decir, un ansia insaciable de manifestar el poder; o empleo, ejercicio de poder como instinto creador...» Nietzsche, F. *Estética y teoría de las artes*, p.70.

<sup>190</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, pp. 175-282.

La voluntad de poder es la relación de una pluralidad de fuerzas que tienden a la apariencia; cuerpos capaces de crear, que interpretan gracias a su propia pulsión fisiológica, que producen sentido y valor. Sólo en el devenir se advierte el sentido y el valor, dentro de la producción de apariencias. La voluntad de poder es quien quiere, la fuerza es la que puede. Toda voluntad requiere de cierta potencia, en otras palabras, conquistar la fuerza necesaria para lo que quiere. Por ello el ser es voluntad de poder; sin embargo, aún hay que volver a esa voluntad en un querer afirmativo, eliminar todo sesgo de negatividad a esta primera afirmación, a este primer querer. La voluntad es la libertadora del hombre, pero el hombre tiene primero que tener una voluntad libre y fuerte.<sup>191</sup>

El hombre liberado, que posee la fuerza para afirmar toda su potencia y acción, aún tiene que liberarse de su última cadena, del atormentador pasado que ya *fue*, de todo hecho que surgió de lo negativo, ante el cual se observa, en principio impotente, hasta que le es posible enunciar una afirmación que le da poder incluso sobre lo pasado: 'así lo quise'. Todavía ese querer debe quererse siempre, una eternidad, tomar el propio peso de su afirmación y eliminar todo querer a medias. "Todo 'Fue' es un fragmento, un enigma, un espantoso azar, hasta que la voluntad creadora añade: "¡pero yo lo quise así!" Hasta que la voluntad creadora añade: "¡Pero yo lo quiero así! ¡Y lo querré así!"<sup>192</sup>

Afirmar un mismo instante, una afirmación de la voluntad bajo el peso de lo eterno es desear que se repita, convertir al querer en una voluntad que sobrepasa sus límites y llega hasta sus últimas consecuencias, pues la fuerza reactiva no es ya capaz de quitarles su poder. El sí que fortalece esta afirmación es producto de un querer activo y poderoso que quiere la eternidad, que quiere y retorna a un nuevo querer siempre, es un aspecto de lo que Nietzsche denomina *Eterno retorno*, pues la afirmación de cualquier instante implica la aceptación de todos los demás instantes como condiciones para la vida. En esta magnitud del querer, todo acto se convierte en una afirmación, en poder, en creación, en valoración, en acción.

---

<sup>191</sup> *Ibid.*, p. 209.

<sup>192</sup> *Ibid.*, pp. 209-211.

“«¿Qué es lo que es activo? Tender al poder». Apropiarse, apoderarse, subyugar, dominar, son los rasgos de la fuerza activa. Apropiarse quiere decir imponer formas, crear formas explotando las circunstancias.”<sup>193</sup>

La transmutación implica entonces convertirse hacia lo activo, hacia la afirmación que se afirma a sí misma, *la doble afirmación*; hacer de la vida un constante actuar, afirmar, valorar, retornar, crear y por ello también destruir. Construir un mundo más allá de lo humano, más allá de todo bien y de todo mal. Sólo a partir de esta doble afirmación, del eterno retorno, se puede comenzar a vivir a partir de las fuerzas activas de la voluntad de poder y ya no desde la enfermedad. Crear nuevos valores en esta tierra afirmativa, significa desplazar la trascendencia, hacer de lo ‘bueno’ y lo ‘malo’ valores *más allá del Bien y del Mal*.

La voluntad de poder quiere forma. El eterno retorno destroza todas las formas. La voluntad de poder se proyecta al futuro; el eterno retorno convierte todo futuro en repetición y, por tanto, en pasado [...] La voluntad de poder y el eterno retorno se relacionan entre sí, como lo apolíneo y lo dionisiaco [...] Todos los productos de la voluntad de poder son en verdad ‘apariencia’. No hay cosas; sólo existe el devenir, la vida.<sup>194</sup>

## 5.2 El cuerpo: potencias y pulsiones

El cuerpo es un sitio inexplorado para el hombre, censurado en el mundo enfermo por el resentimiento y la mala conciencia. Baruch Spinoza señaló en su *Ethica more geometrico: nadie sabe lo que puede un cuerpo*, lo que significa que somos ignorantes dentro de ese gran aspecto de la vida. Hablamos de conciencia y de razón, incluso podemos decir que de algún modo somos capaces de dominar las pasiones del cuerpo, pero en realidad, no sabemos nada de él. Gran parte de nuestras potencias corporales y terrenas se encuentran ocultas para nosotros, hombres limitados a la razón. “Mil senderos existen que aún no han sido nunca

---

<sup>193</sup> Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, p. 63.

<sup>194</sup> Fink, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*, pp.248-250.

recorridos; mil formas de salud y mil ocultas islas de la vida. Inagotados y no descubiertos continúan siendo siempre para mí el hombre y la tierra del hombre”.<sup>195</sup>

Nietzsche retomó y reafirmó la idea spinozista y propuso al cuerpo como un nuevo indicador que permite acceder a otra forma de concebir el mundo. Este índice corporal nos conduce hacia los senderos de la inconciencia y la sinrazón, se precisa desvalorar, revalorar la conciencia y descubrir nuevas formas del pensamiento a partir del cuerpo desconocido. El viejo modelo implicaba vivir en la ilusión de la conciencia y del conocimiento que nos hacían creernos capaces de penetrar en las causas cuando en realidad únicamente hemos sido presa de los efectos. Somos esclavos de los efectos y por ello vivimos en la reacción. La conciencia ha albergado durante años la ilusión que toma por causas a los efectos y a las reacciones las considera acción.<sup>196</sup>

El cuerpo ha estado prohibido durante siglos, fue cancelado, mutilado y contagiado por el peor de los males humanos: la tristeza y la mala conciencia. La tradición enseñó a los hombres no sólo a despreciar lo material, sino a enaltecer ese desprecio. La sociedad de la razón aprendió a destruir al cuerpo, a hacerlo débil, feo y famélico, con la creencia de que dichas decisiones les permitirían engrandecer el alma; sin embargo, su alma fue condenada con el cuerpo, pues resultó igual de enferma y empobrecida.<sup>197</sup> Los hombres sin llegar a entender que su alma no es ajena a su cuerpo, se deterioraron física y espiritualmente. Nietzsche indica que incluso el alma y la razón son cuerpo; en su *Zarathustra* menciona que ambos: espíritu y razón, son sólo instrumentos del cuerpo. Detrás de cada pensamiento y de cada sentimiento siempre se encuentra un cuerpo, una pulsión que interpreta el mundo, que le da sentido, que crea mundo.

---

<sup>195</sup> Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, pp.125-126.

<sup>196</sup> En *La ciencia jovial* Nietzsche explica que no existen causas y efectos, sino un *continuum*, es decir, el devenir.

<sup>197</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, p. 37.

De acuerdo a la propuesta nietzscheana, razón y conciencia son productos del cuerpo. El acto de pensar procede de los cuerpos desbordantes y no de la razón, la cual sólo representa para Nietzsche una parte mínima de la vida. Cada cuerpo y cada idea se constituyen a partir de relaciones que los unen o separan de acuerdo a leyes complejas, conforme al materialismo, un cuerpo o una idea se hace más fuerte cuando encuentra algo que la hace crecer, es decir, que la impulsa a desarrollar toda su potencia y por lo tanto le otorga la posibilidad de exponer su fuerza entera. El impulso que necesitan tanto el cuerpo como el alma radica en la belleza. Todo lo bello estimula y enaltece; en cambio, cualquier cuerpo disminuye su potencia al encontrarse con algún cuerpo o idea destructor, o sea, con lo feo, ya que lo feo encarece y debilita.

La alegría y la tristeza, de acuerdo a sus propias características, se convierten en potencias que estimulan a la acción o a la reacción, según sea el caso. Aquello a lo que conduce la belleza es a la actividad, mientras que la fealdad sólo permite la reacción. Lo bello promueve las capacidades creativas, mientras que lo feo estimula las capacidades reactivas y enfermas, que no crean y sólo conservan. En relación a estas fuerzas surge el concepto de bueno y malo. Bueno será todo aquello que conviene al desarrollo de la naturaleza de cada cuerpo, aquello que aumenta su potencia y que actúa para engrandecerlo, como lo bello; malo será entonces todo lo que debilita, todo lo esclavo, insensato e impotente, lo que disminuye.

El aumento de poder conlleva a una plenitud física, cercana a lo animal. Ese exceso de fuerza corporal se derrama en el mundo configurando imágenes, excitando a la sensualidad y estimulando, de esa manera, a la vida. Todo lo grande ha nacido del exceso de fuerza corporal, pues esa energía provoca un sentimiento de potencia creadora; sin embargo, la fuerza puede llegar a ser cruel, destructora y aplastante, por eso es preciso que la vida quiera inevitablemente también el dolor, pues siempre se desea el aumento del poder y de la fuerza. "El sí-mismo creador [el cuerpo] se creó para sí el apreciar y el depreciar, se creó

para sí el placer y el dolor. El cuerpo creador se creó para sí el espíritu como una mano de su voluntad.”<sup>198</sup>

No obstante, los siglos de tradición metafísica atrofiaron nuestra potencia muscular y el hombre de hoy se encuentra no sólo débil, sino alejado del dolor y del sufrimiento. La razón ha servido de guarida y nos ha ocultado una buena porción del mundo: ha ocultado lo sufriente y lo cruel, ambos sentimientos vitales para el desarrollo óptimo de las fuerzas físicas. Nuestra escasa visión ante el sufrimiento y nuestro odio hacia el dolor, nos hacen ser débiles frente a ellos, incluso en el pensamiento: simplemente se evitan. Así la más mínima presencia de dolor es causa de indignación y de reproche; en nuestra sociedad, estos padecimientos no enaltecen la vida, no acrecientan las fuerzas, no despiertan el instinto de poder y sólo se sufren como la peor de las condenas, en las que aparecen al rescate la conciencia, o la fe: tranquilizadoras, hipnotizantes, evasivas.

Trayendo a nuestros días la visión que Nietzsche tuvo de sus contemporáneos, hay que decir que somos técnicos, tecnológicos y globalizados, estamos intercomunicados y sobre-informados; sin embargo, somos cada vez más vulnerables. Se nos ha acostumbrado a compadecer y a justificar, a ser ‘buenos’ según reglas destructivas. En pocas palabras, se nos ha enseñado a mantener la pereza propia de los débiles esclavos. Nuestros hábitos nos conducen hacia la indiferencia y la falta de acción, cuando no se puede ser bueno se es indiferente, se trata al sufrimiento y a la crueldad como algo ajeno, sobre lo cual no se tiene ningún poder y no se puede más que intentar ignorar, pues el dolor nos rebasa. Somos vencidos por la pesadez y la enfermedad y nos convertimos en seres incapaces de superarlas, por lo que nos conformamos con *hacer oídos sordos* y ojos ciegos. El horror que nos causa el sufrimiento provoca una reacción evasiva. Los hombres de la actualidad no soportamos la realidad, ya que nuestra constitución débil fue construida a partir de una moral enferma, incapaz de adquirir

---

<sup>198</sup> *Ibid.*, p. 65.

las fuerzas necesarias para superarse. “todo nuestro ser moderno, en cuanto no es debilidad, sino poder y consciencia de poder, se presenta como pura *hybris* [orgullo sacrílego] en impiedad.”<sup>199</sup>

La debilidad de nuestra voluntad y nuestra incapacidad de actuar frente a lo deforme, son el reflejo de nuestra degeneración corporal. Nuestra enemistad hacia lo sensual es un síntoma de enfermedad que debiera exigirnos diversos cuestionamientos, ¿qué hemos sido hasta hoy?, ¿de qué ha servido nuestro excesivo desarrollo intelectual (un desarrollo cobarde) y nuestra negligencia contra las potencias musculares?<sup>200</sup> Se precisa una reorientación del pensamiento, conducirlo hacia la *physis*, reencontrar la fuerza de los antiguos presocráticos y hacernos sanos y valientes tanto a nivel físico como mental. Hacer de todas nuestras potencias una fuerza poderosa y glorificadora de la vida. Pero antes se necesita aprender a ver la verdad como creación, considerando que, sin importar su grado de abstracción, debemos incluir a los sentidos corporales para poder crearla y también para poder verla. Debemos contemplar al cuerpo dentro del esquema de desarrollo intelectual y espiritual, ya que de él proviene, en primera instancia, toda figura y todo saber, pues es mucho más profundo y sabio que toda razón, más perfecto que cualquier pensamiento, más elevado incluso, que cualquier obra de arte.<sup>201</sup> “Toda belleza del alma es sólo una metáfora y algo superficial al lado de esa cantidad de armonías profundas [armonías corporales].<sup>202</sup>

### 5.3 Crear desde el cuerpo

La verdad es una composición estética: ficción y metáfora. Quien quiere verdades, debe convertirse en un artista y no buscarlas fuera de sí. La verdad es una

---

<sup>199</sup> Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*, p. 146.

<sup>200</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 60.

<sup>201</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 144.

<sup>202</sup> *Ibid.*, p. 93.

creación, una afirmación activa que da sentido al mundo, que crea el mundo, al hacerlo, al expresarlo, al soñarlo. Es preciso ser creador de nuevas verdades, de bellas verdades que configuren nuevos mundos más sanos, más alegres. Hay que hacer de nuestras verdades realidades hermosas, existencias placenteras y dejar atrás el camino de la tortura religiosa, de aquella que pretende verdades fijas, viejas, rancias, que pudren tanto al alma como al cuerpo. Debemos dejar atrás toda verdad fea y desagradable, pues lo feo debilita y enferma. Un mundo con verdades feas es un mundo decadente, carente de salud.

La belleza tiene tan poca existencia como la verdad. En particular se trata otra vez de unas *condiciones de conservación* de una determinada clase de hombre: así, el *hombre gregario* tendrá el sentimiento del valor de la belleza en cosas diferentes que el *hombre excepcional* o superhombre.<sup>203</sup>

El vigor de los presocráticos fue absorbido por densas nubes de argumentos y razones; por la conciencia enferma, por la culpa y los resentimientos del gran período metafísico de la humanidad. Para volver a recuperar nuestras potencias, conferirle poderes al cuerpo y superar nuestras debilidades, se necesita del olvido, aligerar las cargas, aprender a volar<sup>204</sup>, deshacerse de los resentimientos y comenzar de nuevo. Sin embargo, el hombre de hoy, extremadamente acostumbrado a aprender, a proveerse de nuevos conocimientos y a hacer crecer únicamente lo viejo, no es ya apto para entregarse al olvido. Su degenerada mente ya no concibe formas distintas a las que mantienen su universo unificado y uniforme. Precisa entonces, desde sus propios medios, volver a aprender, aprender algo tan radical y al mismo tiempo racional que le permita destruir todo su mundo, e inevitablemente demoler el gran edificio metafísico, pero al mismo tiempo apoderarse de esa fuerza destructora para construir nuevas bases más sanas, más cercanas al cuerpo, al arte, a la creación. En resumen, hacer del mundo una deconstrucción artística.

---

<sup>203</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>204</sup> En el vuelo Nietzsche expresa la voluntad afirmativa, la danza del creador, el dominio de sí mismo, la libertad y la ligereza. V. Bachelard, G. Nietzsche y el psiquismo ascensional, en *El aire y los sueños*.

### 5.3.1 Potencias artísticas de la vida

Para Nietzsche, el arte trasciende los terrenos de las artes tradicionales como la danza, la pintura y la literatura; dice que el mundo y la existencia son *poiesis*, es decir, una composición estética; por ello el hombre debe hacerse un artista. Proclama la necesidad de rescatar el arte de los cuerpos, interpretarlos como obras, como compuestos. Hacernos fuertes para poder transformar el mundo y para poder crearlo. La vida es arte, esto es, se mueve de acuerdo a principios plásticos y no a leyes divinas, inmutables o supremas, pre-existentes o antepuestas. La vida es derramamiento, movimiento, expresión pulsante de una voluntad de poder, una voluntad de arte que sufre y goza, que actúa y padece.<sup>205</sup>

“«Y lo que habéis llamado mundo, tenéis que empezar por crearlo: vuestra razón, vuestra imaginación, vuestra voluntad, vuestro amor, deben convertirse en este mundo»”.<sup>206</sup>

Crear mundos sólo es posible si se vira el pensamiento hacia la vida, si se despierta el instinto artístico-afectivo del hombre. El pensamiento metafísico nos convirtió en reproductores de ideas e ideales. Para poder transformarnos en seres sanos y fuertes antes debemos hacernos productores, es decir, hacer del pensamiento algo vivo, muscular, material; convertir el cuerpo en pensamiento, afirmándolo y gozándolo con placer. De este modo es posible ver a la vida como potencia, como actividad, como *physis*, como algo que constantemente fluye, se diseña y cambia, y crece. Cuerpo y pensamiento se relacionan, se componen uno al otro en relaciones que se expresan de múltiples formas y desde diferentes profundidades. Se hace posible una realidad capaz de conjuntar la sensualidad material y la idealidad incorpórea.

El arte ocioso y distante a la vida es una idea de decadencia, tal como lo menciona Antonin Artaud, en congruencia con el pensamiento nietzscheano. Para establecer nuevos valores que permitan el restablecimiento de la salud, se precisa

---

<sup>205</sup> Cf. Torres Ornelas, Sonia. *Deleuze y la sensación. Catástrofe y germen*, p. 22.

<sup>206</sup> Apud. Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, p. 258.

hacer un arte vital, romper con todo discurso que resguarde *lo inmutable, lo completo, el no querer*, ese es el más grande mal, porque ese tipo de discurso no nos deja crear; por el contrario, nos inclina a conservar y permanecer en la pereza. La falsa seguridad instaurada por valores y verdades acabadas, preestablecidas, genera realidades finitas, igualmente acabadas, que permiten al hombre implantarse cómodamente en algún sitio dentro de la gran cadena estructural, la cual no puede modificarse, pues tiene un sólo principio y un sólo fin. La humanidad se libera entonces de los grandes peligros del pensar y se sitúa en el confort; ya no tiene necesidad de imponer su voluntad, pues todo, según este paradigma, ya está hecho y decidido.

Nietzsche mira la vida en su constante lucha de fuerzas donde todo se juega en subyugar o ser subyugado. El mundo se genera a partir de los ajustes y reajustes causados por las fuerzas que son capaces de enseñorearse y por aquellas que no. El mundo se conforma a partir de organizaciones y desorganizaciones, de nacimientos y de muertes, construcciones y derrumbamientos, conquistas. Sin embargo, no siempre gana la fuerza más grande, también lo débil domina: esa es la causa de la enfermedad de hoy. Los débiles han conquistado, o mejor dicho, han arrebatado las fuerzas de los poderosos, en eso radica su poder y su dominio, en disminuir, en dividir a las otras fuerzas y transformarlas en débiles. Ese es el mal de la humanidad. Nuestras potencias más endebles nos han destruido, han apagado el vigor y la energía del hombre, nos han conducido a una vida confortable y segura que no permite descubrir ya ninguna fuerza en el cuerpo porque no se necesita. La debilidad se ha diseñado, para facilitarse su dominio, un mundo que conserva, protege y permite más debilidad; todo un universo destructivo que la alimenta.

Es el peligro, dice Nietzsche, lo que nos hace descubrir nuestras fuerzas, lo que hace resaltar todos nuestros recursos, lo que nos hace enfrentarnos y desear vencer, imponer nuestra potencia sobre el enemigo, o sea, sobre todo aquello que representa nuestro mal; pero: *hay que tener necesidad de ser fuerte: de lo*

*contrario, jamás se llega a serlo.*<sup>207</sup> El carácter fisiológico que exige el mundo científico-metafísico es tan pobre que en realidad no reclama nada del cuerpo, al contrario, permite que se le descuide, pues para este modelo, el cuerpo incluso estorba y es absolutamente negativo. El prototipo artístico en cambio, exige sobreabundancia y plenitud para poder desbordarse a través de la creación artística.<sup>208</sup>

El mundo se forma a partir de las figuras logradas por las fuerzas. Cada una de las representaciones humanas del mundo es el reflejo de la fuerza dominante dentro de una cierta época y sociedad. El mundo no es más que caos, necesita de las fuerzas para poder ordenarse y organizarse, para poder adquirir alguna forma, y sólo el arte es capaz de dotarle de belleza y figura. Las fuerzas plásticas no necesitan de la razón para poder ordenar, como ha necesitado el hombre durante milenios, tampoco las precede la moral o divinidad alguna. El mundo se produce a sí mismo cada instante en el devenir de las potencias; es por ello una obra artística inacabable. Negar el carácter artístico del mundo y rechazar nuestra potencia creativa es por tanto asumir una postura negativa frente a la vida y la existencia, hacer de la voluntad la propia destructora de la voluntad. “La voluntad de poder no consiste en codiciar ni siquiera en *tomar*, sino en *crear y dar*”.<sup>209</sup>

Cuando alguna forma de voluntad de poder se sitúa en el sitio de la verdad y niega la actividad estética, entonces sus fuerzas se vuelven en su contra. La vida se niega a sí misma, se asigna como realidad aquello que es pura ficción y cree en ella como una verdad más allá de la actividad estética. Las cosas se convierten en seres, el devenir se denigra y pierde su sentido. El ser se perpetúa en la inactividad, en la muerte. La interiorización de las fuerzas sólo representa aniquilamiento. De este carácter es el ideal ascético, una forma de arte también, pero arte enfermo que protege únicamente a la vida degenerada, que es casi muerte y reduce todo instinto vital a la mínima potencia.

---

<sup>207</sup> Nietzsche, Friedrich. *Crepúsculo de los ídolos*, p. 122

<sup>208</sup> Cf. Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, comp. Agustín Izquierdo p. 20

<sup>209</sup> Deleuze, Gilles. *Spinoza, Kant, Nietzsche*, p. 217

Sólo en el crear se encuentra la plenitud del hombre, sólo a partir del arte saludable se alcanza la dicha más desbordante. El hombre se ha creado ya un mundo, pero no sabe que ese mundo es obra suya. Según esta filosofía vitalista nietzscheana, no es únicamente necesario reconocer al mundo como composición estética, sino también reconocer que es obra de nuestras propias potencias físicas; sólo entonces, al apreciarnos como artistas, podemos empezar a amar nuestra obra, es decir, al mundo, y al hacerlo afirmar y gozar de toda la vida.

El arte sano exige artistas recios y valientes. Hoy en día no se encuentran artistas capaces de soportar los desgarramientos provocados por la creación, la crueldad y la soledad que implica dicha actividad. El crear estético es un desborde de fuerzas, dádivas de un artista sobreabundante. La creación implica traspasarse a sí mismo, crear más allá de sí. El artista olvida, tergiversa, inventa, da sentido a las cosas, pero no las conoce, nunca sabe nada con absoluta certeza, sólo crea belleza. Finalmente, la tarea del hombre es crearse a sí mismo, componerse a través del ejercicio y no del conocimiento. “Mi única ocupación es rehacerme; crear espacios para el deseo en nosotros, puntos donde lo real se recupera, pero diferente, transfigurado”.<sup>210</sup>

La transfiguración conlleva a la destrucción de los órdenes preestablecidos, de figuras e imágenes. Nuestro instinto creativo y nuestra potencia artística no son otra cosa que violencia, igual que toda expresión de la vida a través de sus múltiples formas. Toda transfiguración es violenta y sin embargo necesaria: vital. La enfermedad humana ha radicado siempre en el intento de apagar esa capacidad de transformar y de crear, de convertir y embellecer. Se nos ha enseñado a conservar las figuras y a alejarnos de todo peligro, de toda crueldad, de toda violencia, en fin, de toda la vida. Sin embargo, lo cruel es también un elemento creativo, el mundo también necesita la violencia, pues es ésta a su vez un elemento vital y productivo que permite alcanzar las profundidades más terribles.

---

<sup>210</sup> Apud. Torres Ornelas, Sonia. *op. cit.* p. 7.

Transmutar el mundo es ya embellecerlo; para ello es preciso recuperar la crueldad; no la crueldad del crucificado, tampoco la del castigo o la culpa, sino la más primitiva, proveniente de una dulce animalidad ingenua. La crueldad que sacude y duele pero que es necesaria porque provoca y renueva. Esta necesidad de lo cruel, como menciona Artaud, es una expresión causada por la urgencia de rescatar el cuerpo consciente y bestial a la vez. La crueldad necesita de lucidez y conciencia para ejercerse sobre el cuerpo y también sobre la razón, sólo así es posible desorganizar, fragmentar y descomponer lo establecido. La crueldad nos permite superar nuestros horizontes y acceder a nuevos paisajes, a los que sólo se llega por los caminos de la muerte;<sup>211</sup> pues a partir de la violencia ejercida, somos forzados a pensar, sentir e interpretar desde una perspectiva diferente.

Es posible ver que los conocimientos que han sostenido al mundo durante siglos han surgido a partir de verdades consideradas inmutables y, sin embargo, construidas sobre bases ilusorias. Las verdades, dice Nietzsche, son ilusiones que se ha olvidado que lo son, mentiras que promovieron la debilidad y finalmente, tras haberse conservado mucho tiempo, terminaron por enfermar a la vida. Hay que saber morir a tiempo enseña Zarathustra, pues conservar en demasía enferma. No habla de morir físicamente, sino de dejar morir las ilusiones, para que surjan otras nuevas. El conocimiento, las verdades que lo nutren, y aun nuestro mundo, son el reflejo del tipo de decadencia de una época. Para poder girar el curso de nuestras potencias requerimos de un conocimiento sano, o sea afirmativo y fuerte, que nos ayude a inventar nuevas posibilidades de vida y no sólo a conservar las existentes.<sup>212</sup> Hay que convertir el pensamiento en algo activo, capaz de crear, de destruir para recrear y así afirmar y disfrutar la vida.

---

<sup>211</sup> Dice Nietzsche, a través de Zarathustra, que hay muchos que mueren demasiado tarde y otros muy pronto, que es preciso aprender a morir a tiempo; sin embargo, ¿cómo morir a tiempo, si no se sabe vivir? El socratismo, la religión y la metafísica en todas sus expresiones nos han conducido a desear morir, a vivir muertos, sin hacer nada. Conservarse aun a costa de la vida, enfermo y sin valores propios, es decir, la vida del ascético o del nihilista significa morir demasiado tarde. Se debe aprender a decir no cuando ya no es tiempo de decir sí. En otras palabras significa la superación de lo negativo, de uno mismo, de todo aquello que nos hace correr el peligro de envenenarnos por haberse conservado demasiado tiempo. (Cf. De la muerte libre en *Así habló Zarathustra*)

<sup>212</sup> Cf. Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*, pp. 137-141.

“El pensamiento recupera su potencia artística cuando el cuerpo no sometido ya a la función designativa queda a merced de los afectos, simulando que está dormido, aunque en realidad se encuentra ebrio y celebrando orgías saturnales con la vida”.<sup>213</sup>

Activar el pensamiento, acercarlo hacia la vida, significa recuperar el cuerpo, re-descubrir el cuerpo como pretendía Spinoza, que ya enunciaba las desconocidas potencias del mismo, razón por la cual también son desconocidos los discursos provenientes de un cuerpo más profundo, más inconsciente, más vivo. Todo discurso proviene de las profundidades del cuerpo, pero al estar éste inexplorado, se cree que se genera de lo otro, de lo diferente al cuerpo, lo considerado en polaridad, es decir, de la conciencia la cual todavía es, como anunció Nietzsche, mala conciencia.

Recuperar al cuerpo para sanar y afirmar la vida, es un acto que no se resuelve simplemente con una inversión del esquema, situando al cuerpo por encima de la razón, sino que se debe alcanzar todo aquello que ha sido inalcanzable, para así poder hacer surgir un nuevo pensamiento de características singulares y diferentes. *Nadie sabe lo que puede un cuerpo*, porque nadie se ha situado en el cuerpo para poder saber cuáles son los efectos que produce, cuáles son las formas que genera; porque nadie ha podido ingresar a ese mar insondable, a ese abismo de silencio, del cual hay que hacer surgir voces todavía inarticuladas, forzar el nacimiento de nuevos lenguajes para poder abrir las fronteras de lo que hasta hoy ha sido considerada la realidad. Artaud señala que todavía puede nacer aquello que no ha nacido, siempre que no seamos sólo órganos de repetición.

“El cuerpo no piensa, pero obstinado y terco fuerza a pensar la vida, que es lo que escapa al pensamiento. Ya no haremos comparecer la vida ante las categorías del pensamiento, arrojaremos el pensamiento en las categorías de la vida. Las categorías de la vida son las actitudes del cuerpo, sus posturas: dormido, ebrio, esforzándose.”<sup>214</sup>

---

<sup>213</sup> Torres Ornelas, Sonia. *op. cit.*, p. 40.

<sup>214</sup> Apud. *Ibid.*, p. 41.

De este modo se hacen surgir las potencias vitales, las voluntades violentas, las capacidades artísticas, todas las fuerzas. El cuerpo se transforma, se convierte en cuerpo-retórica, cuerpo-poesía, cuerpo-figura, en un cuerpo inocente. Este cuerpo sano indica el sentido del superhombre nietzscheano: lo que se encuentra más allá de lo humano, en la superación de todos los elementos negativos que son vencidos, en la realización de la voluntad que quiere crear y afirmarse, que quiere ser. Nietzsche alza el emblema que dice: Nuestro propósito, santificar al cuerpo y con él a la vida. “Objetivo: santificación de las fuerzas más poderosas, más terribles y más desacreditadas; dicho con una imagen antigua: la divinización del diablo”.<sup>215</sup>

El hombre debe construirse, afirmarse, ser ya no sólo hombre, sino la superación de sí mismo, la afirmación de sus potencias más activas. Hacerse o más bien construirse es la tarea del hombre contemporáneo, pues sabe que no ha sido creado por ningún ser divino, ni por la moral, ni por leyes universales; sino que él mismo es responsable de sus formas de ser. El hombre sabe ahora que no le es *lícito* condenar, juzgar o medir, pues no existe en el mundo una sustancia, causa o atributo responsable del acontecer universal, sino que sólo hay inocente devenir, un devenir ahora liberado del edificio metafísico que contrariaba la existencia plena, alegre y desbordante.

Así, el hombre se revela como creador de mundos, de formas, de ideales, de figuras bellas, todas ellas producto de potencias creativas, incluso aquellas figuras veneradas. En estas creaciones encuentra Nietzsche la más admirable potencia humana, su más *grande apología*.<sup>216</sup> El hombre deja de ser un esclavo de Dios y del destino, de las leyes científicas y lógicas para convertirse en poeta, en artista, para explotar su poder de creador. Con este hombre se acerca el tiempo de la Tierra, el momento de *llegar a ser los que somos*, aquellos que pueden darse leyes a sí mismos, que pueden crear valores, en fin, que se crean a sí mismos.

---

<sup>215</sup> Nietzsche, Friedrich. *Estética y teoría de las artes*, p. 97.

<sup>216</sup> *Ibid.*, p. 89.

## Conclusiones

Desde los tiempos remotos, el hombre ha hablado de verdades; sin embargo, éstas no tenían relación directa con el conocimiento, mucho menos con la ciencia. El hombre de la antigüedad encontraba los fundamentos de la existencia a través de los misterios revelados en la adivinación, el relato, la poesía y el canto. Inicialmente la Verdad se situaba en el tiempo mítico, conocida por los grandes sabios como Homero, y era una revelación. Los hombres tenían acceso a ella gracias a la inspiración regalada por las musas. Durante el período mítico, el hombre accedía a la verdad, poseída por los dioses, a través de medios sensuales más que racionales. Pero, tras el período trágico, el mito deja de ser suficiente para el hombre convertido ahora en un ser racional y lógico. Sócrates y Platón aparecen en el escenario como entidades racionales sofisticadas que poco a poco trastocan los sentidos y valores de la vida. La revelación de la verdad divina queda velada por el olvido y el conocimiento deja de ser resultado de la inspiración para convertirse en una búsqueda racional.

El hombre pierde por completo el contacto con sus fuentes sensitivas y reacciona sólo a aquello que le transmite su conciencia, ya que además se ha cancelado la mitad de sus posibilidades, pertenecientes al cuerpo. La verdad buscada a partir de ese momento se convierte en una metafísica que poco a poco va transformándose en una religión enferma que no sólo niega el cuerpo, sino a la Tierra y con ellos a la Vida. Así se desarrolla la filosofía posterior, hasta que Spinoza y después Friedrich Nietzsche proponen rescatar el cuerpo y con él las potencias fisiológicas y creativas de la vida. Nietzsche afirma la tierra y desea reafirmar la vida, llevar al hombre al desarrollo de todas sus potencias y no sólo de la mitad de ellas.

El hombre siempre ha temido a lo desconocido, a lo profundo e inexplicable, por ello ha necesitado de ilusiones para poder vivir, por eso se ha creado una verdad y más aún, una ultra-verdad accesible a nuestras categorías lógicas, a pesar de que siempre se encuentre un paso adelante de nuestro entendimiento. Nietzsche enseña que la verdad no es más que una mentira; una obra de arte, una *hueste de metáforas y metonimias*, tropos o ficciones, imágenes bellas, máscaras. Esta observación permite advertir, que el filósofo no debe ir tras la verdad, sino convertirse en artista, en creador de verdades. Embellecer al mundo bajo la ilusión de un orden estético, no ocultar lo temible, sin por ello negar el dolor, sino haciendo de todo esto una experiencia más hermosa, apetecible y alegre.

*El mundo no es ni verdadero ni real, sino viviente,*<sup>217</sup> es voluntad de lo falso. No existe Verdad, el mundo es únicamente valoración, aún lo real, y desde luego el conocimiento; pues, finalmente, si lo que existe es verdadero, lo es en términos de devenir inocente, de ilusión que constantemente se modifica, pues no existe ninguna verdad mayúscula, ningún *deber ser*, ninguna regla que obligue a ser de tal o cual modo, sino una libertad que debe ser conquistada una y otra vez.

Nietzsche nos presenta una nueva posibilidad, al compartir la sospecha de que el camino que eligió nuestro mundo occidental ha estado equivocado. Nos propone levantarnos del confort y alejarnos de la pasividad histórica que nos permite mantener nuestras figuras lógicas y científicas; situarnos en un ambiente más activo, en la libertad de movimiento que nos ofrece la danza y el vuelo, lejos de toda tierra fija, de todo estancamiento conceptual, para lo cual se necesita renunciar a todo lo que hasta hoy se ha considerado bueno y verdadero. Libres de todo pasado, somos impulsados hacia el presente, a vivir el instante, a crear el ahora, a configurar nuevos valores. Nietzsche nos enseña a querer, a afirmarnos fuerte, a ser ligeros para decir sí y no, a tener peso para poder valorar y crear, a encontrar siempre nuevos impulsos.

---

<sup>217</sup> V. Deleuze, Gilles. Nietzsche y la filosofía, pp. 257-258.

Nietzsche afirma que el vivir se sitúa muy por encima de cualquier conocer, que las relaciones establecidas con el mundo son meras ilusiones, persuaciones; entonces resulta urgente retomar el arte, convertirnos en plásticos vitalistas, moldeadores de entornos más alegres, de mundos más joviales en los que se pueda vivir plenamente, porque la vida ha alcanzado a valer, por fin, por sí misma para el hombre valiente y fuerte que se afirma como tal, pues vivir es querer y ahí donde se quiere sin duda hay creación.

## Bibliografía

Agustín de Hipona. *De la gracia y del libre albedrío*. Obras de San Agustín [Tomo VI] Trad. Gerardo Enrique de Vega. B.A.C., Madrid, 1949.

\_\_\_\_\_. *Ideario*. Trad y Selección de Agustín Martínez. España, Espasa-Calpe, 1957.

\_\_\_\_\_. *La ciudad de Dios*, s/trad. XII, México, Porrúa, 1998.

\_\_\_\_\_. *Las confesiones*. LXI. Trad. Agustín Corti, Madrid, Trotta, 2011.

Artaud, Antonin. *El teatro y su doble*, Trad. Enrique Alonso y Francisco Abelanda. México, Sudamericana, 1983.

Canals Vidal F. "El tiempo" en San Agustín. *Textos de los grandes filósofos. Edad Media*. Barcelona, Herder, 2002

Conrado Eggers Lan. *Las nociones de tiempo y eternidad de Homero a Platón*, México, UNAM, 1984

Colli, Giorgio. *El nacimiento de la filosofía*. Trad. Gilbert Mathieu, Universidad del Valle, 1990.

Deleuze, Gilles. *Nietzsche y la filosofía*. Trad. Carmen Artal. Barcelona, Anagrama, 2008.

\_\_\_\_\_. *Spinoza, Kant, Nietzsche*, Barcelona, Labor, 1974.

*De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos*. Trad. Alberto Bernabé, España, Alianza Editorial, 1988.

Eliade, Mircea, *Mito y realidad*. Trad. Luis Gil, Barcelona, Labor, 1983.

Fink, Eugen, *La filosofía de Nietzsche*. Trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Universidad, 1976.

García, Gual. *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza, 1999.

Morey, Miguel. *Los presocráticos, del mito al logos*. España, Montesinos, 1988.

- Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*, Trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- \_\_\_\_\_. *El crepúsculo de los ídolos*, Trad. Andrés Sánchez Pascual Madrid, Alianza Editorial, 2011.
- \_\_\_\_\_. *El nacimiento de la tragedia*, Trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- \_\_\_\_\_. *Ecce homo*, Trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2010.
- \_\_\_\_\_. *Escritos sobre retórica*. Trad. Luis Enrique de Santiago Guervós. Madrid, Trotta, 2011.
- \_\_\_\_\_. *La ciencia jovial*. Trad. Germán Cano, Madrid, Colofón, 200
- \_\_\_\_\_. *La genealogía de la moral*, Trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2004.
- \_\_\_\_\_. *Poesía completa*. Trad. Laureano Pérez Latorre, Madrid, Trotta, 2008.
- \_\_\_\_\_. *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Trad. Luis ML. Valdés y Teresa Orduña. Madrid, Tecnos, 1990.
- Platón. *Fedón*. Trad. Luis Gil Fernández. Madrid, Editorial Tecnos, 2002.
- \_\_\_\_\_. *El Banquete*. Trad. Fernando García Romero. Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- \_\_\_\_\_. *Hippias mayor y Fedro*. Trad. Juan David García Bacca. México, UNAM, 1966.
- \_\_\_\_\_. *Lisis en diálogos*. Trad. E. Lledó Iñigo. Madrid, Editorial Gredos, 1985.
- \_\_\_\_\_. *Menón*. Trad. Ute Schmidt Osmanczik. México, UNAM, 1986.
- \_\_\_\_\_. *República, La*. Trad. Antonio Gómez Robledo. México, UNAM, 2002.
- \_\_\_\_\_. *Teetetes*, en diálogos. s/trad. México, Porrúa, 1986.
- \_\_\_\_\_. *Timeo* en diálogos VI. Trad. Ma. Ángeles Durán y Francisco Lisi. Madrid, Gredos, 1992

Sagols Sales, Lizbeth. *¿Ética en Nietzsche?* México, Fontamara, 2006.

Torres Ornelas, Sonia. *Deleuze y la Sensación. Catástrofe y germen*, México, Editorial Torres y Asociados, 2008

Vernant, Jean-Pierre; Vidal-Naquet, Pierre. *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, Barcelona, Paidós, 1989 [vol. II]

Wilde, Oscar. *Obras Completas*, Trad. Julio Gómez de la Serna. Madrid, Aguilar, 1991.

### **Selecciones y compilaciones.**

Friedrich Nietzsche. *Estética y teoría de las artes* de Agustín Izquierdo. Madrid, Alianza-Tecnos, 2007.

### **Artículos, ensayos y cartas.**

Bachelard, Gaston. "Nietzsche y el psiquismo ascensional", en *El aire y los sueños*. Trad. Ernestina de Champourcin, México, FCE, 2010.

"Carta apostólica Augustinum hipponensem" de Juan Pablo II, noviembre 05, 2011.

[http://www.vatican.va/holy\\_father/john\\_paul\\_ii/apost\\_letters/documents/hf\\_jpii\\_apl\\_26081986\\_augustinum-hipponensem\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apost_letters/documents/hf_jpii_apl_26081986_augustinum-hipponensem_sp.html)

"Dos visiones del tiempo y la eternidad" de Verónica Benavides Gonzáles, agosto 18, 2011.

<http://arpa.ucv.cl/archivum4/historia%20antigua/dos%20visiones%20del%20tiempo...v.benavides.pdf>

"El mito griego" de Samadi Aguilar Rocha, en *A parte Rei*, Revista de filosofía, octubre 03, 2011. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/aguilars55.pdf>

"*Sobre el pathos de la verdad*" de Friedrich Nietzsche, en Nietzsche en castellano, mayo 23, 2009. <http://www.nietzscheana.com.ar/>